80

GEORG LUKACS

lukács sobre lenin

1924 - 1970

grijalbo

colección 70

Georg Lukács

LUKACS SOBRE LENIN 1924 - 1970

EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D. F.
1974

LUKACS SOBRE LENIN 1924-1970
LENIN: LA COHERENCIA DE SU PENSAMIENTO

Versión al español de Jacobo Muñoz, de la primera edición de Hermann Luchterhand Verlag, Neuwied, República Federal Alemana, 1967.
El trabajo titulado «Lenin y los problemas del período de transición», ha sido traducido por Manuel Sacristán.

©, 1967, Hermann Luchterhand Verlag, Neuwied, República Federal Alemana.

D. R. ©, 1970, sobre la versión española por Editorial Grijalbo, S. A., avenida Granjas, 82, México 16, D. F.

© 1974, Ediciones Grijalbo, S. A.,
Deu y Mata, 98, Barcelona, 14 (España)

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-253-0493-8.
Depósito legal: B. 34.910 - 1974

Impreso en España
Printed in Spain

LENIN: LA COHERENCIA DE SU PENSAMIENTO

Prólogo 7
I. La actualidad de la revolución 9
II. El proletariado como clase dominante . . . 16
Notas 30
III. El partido dirigente del proletariado . . . 34
Notas 54
IV. El imperialismo: guerra mundial y guerra civil 58
Notas 87
V. El Estado como arma 90
Notas 106
VI. «Realpolitik» revolucionaria 107
Epílogo 131

LENIN Y LOS PROBLEMAS DEL PERIODO DE TRANSICION 151

Lenin:
La coherencia de su pensamiento

Traducción castellana de
Jacobo Muñoz

PROLOGO

Las breves observaciones que a continuación expongo jamás se han propuesto constituir un estudio exhaustivo de la teoría y de la praxis de Lenin. Su objeto no es otro que mostrar —a grandes trazos— la conexión existente entre ambas, partiendo de la idea básica de que, en realidad, dicha conexión no está presente de manera suficientemente clara ni siquiera en la conciencia de buen número de comunistas. Un estudio a fondo de todos estos problemas haría, por una parte, necesario un espacio muy superior al de estas pocas páginas y, por otra, en la medida en que pretendiera exponer la obra completa de Lenin exigiría una serie de documentos que en modo alguno resultan hoy disponibles, sobre todo a quien no tiene acceso directo a la bibliografía rusa y se ha de contentar con traducciones. La historia de Lenin debe ser situada en el contexto histórico, por lo menos, de los últimos 30 ó 40 años. Esperemos que la correcta exposición del mismo no se retrase demasiado. El autor de estas observaciones —de naturaleza meramente alusiva— es de todo punto consciente de la enorme dificultad que conlleva el estudio de unos problemas particulares cuando el todo al que pertenecen aún no ha sido dilucidado, así como la vulgarización de algo que antes de ser vulgarizado debería haber sido tratado de manera científicamente rigurosa. De ahí que no hayamos pretendido en absoluto ocuparnos de la totalidad

de los problemas que llenaron la vida de Lenin, ni hayamos tampoco observado la exacta sucesión histórica de su aparición. En la elección de problemas, en el estudio y orden de presentación de los mismos, nos hemos guiado exclusivamente por el propósito de presentarlos, de la manera más clara posible, en toda su coherencia. Las citas han sido asimismo elegidas, como es obvio, desde esta perspectiva y no en exclusiva atención a la exactitud cronológica.

Viena, febrero de 1924.

I LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION

El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria. Y lo es porque su esencia es la síntesis conceptual de ese ser social al que se debe la producción del proletariado y que determina el ser entero del mismo; lo es porque el proletariado que lucha por su liberación encuentra en él su más clara autoconciencia. La grandeza de un pensador proletario, de un representante del materialismo histórico, se mide, en consecuencia, por la amplitud y profundidad de su penetración en estos problemas. Se mide, asimismo, por la intensidad con que es capaz de percibir adecuadamente, más allá de los fenómenos de la sociedad burguesa, esas tendencias de la revolución proletaria que en ellos y por medio de ellos van elaborándose hasta adquirir un ser eficaz y una clara conciencia.

De acuerdo con este criterio, Lenin es, sin duda, el pensador más grande que, desde Marx, ha producido el movimiento obrero revolucionario. Los oportunistas, ya que no pueden ocultar o simplemente trivializar su importancia ante el mundo, tienen a bien decir que Lenin ha sido un gran político ruso, pero que para llegar a líder del proletariado mundial le ha faltado el necesario conocimiento de la diferencia existente entre Rusia y los países capitalistas avanzados; que ha hecho extensibles de manera nada crítica —y ésta habría de ser su gran limitación desde una perspectiva histórica— los problemas y soluciones de la realidad rusa a la generalidad, intentando su aplicación al mundo entero.

Olvidan —y es algo que hoy se olvida con razón— que este mismo reproche le fue hecho a Marx en su tiempo. Se decía que Marx había convertido, de manera nada crítica, sus observaciones en torno a la vida económica inglesa y a las fábricas inglesas en leyes generales de la evolución social; las observaciones podían ser, en cuanto a tales, de lo más justas, deformadas y planteadas, sin embargo, como leyes generales, no podían menos de resultar necesariamente falsas. Actualmente no es ya en modo alguno necesario refutar detenidamente este error, ni ponerse a evidenciar que Marx, en realidad, jamás "generalizó" experiencias aisladas, limitadas en el tiempo y en el espacio. Marx vislumbró, por el contrario, tanto histórica como teóricamente —y de acuerdo con el método de trabajo de los auténticos genios históricos y políticos— en el microcosmos de la fábrica inglesa, en sus supuestos básicos, condiciones y consecuencias de orden social, en las tendencias históricas conducentes a su surgimiento y en las que hacían problemática su existencia el macrocosmos del capitalismo en la totalidad de sus dimensiones.

Porque esto es, precisamente, lo que distingue al genio del simple rutinario en la ciencia o en la política. A este último sólo le es dado comprender y distinguir los momentos del proceso social en sus datos inmediatos, aislados unos de otros. Y si pretende remontarse a conclusiones generales no hace, en definitiva, sino interpretar —de manera totalmente abstracta— ciertos aspectos de un fenómeno limitado en el espacio y en el tiempo como "leyes generales", aplicándolas como tales. El genio, por el contrario, que penetra en la verdadera esencia de una época, en su verdadera tendencia primordial, viva y efectiva, percibe más allá del conjunto de los acontecimientos de su tiempo la vigencia, precisamente, de esta misma tendencia, de tal modo que aun cuando su intención no sea otra que hablar de los problemas del día tan sólo, está en realidad ocupándose de los problemas decisivos.

Hoy sabemos que la grandeza de Marx estriba, precisamente, en esto. A partir de la estructura de la fábrica inglesa captó e interpretó todas las tendencias decisivas del capitalismo moderno. Tuvo siempre ante los ojos la totalidad del desarrollo capitalista. He ahí por qué pudo vislumbrar a un tiempo en todos y cada uno de sus fenómenos la totalidad del proceso, y en su estructura, el movimiento del mismo.

Pero pocos son hoy los que saben que Lenin ha conseguido respecto de nuestro tiempo lo mismo que Marx llegó a conseguir respecto de la evolución general del capitalismo. En los problemas de la evolución de la Rusia moderna —desde los problemas del surgimiento del capitalismo en el marco de un absolutismo semifeudal hasta los de la realización del socialismo en un país rural atrasado— ha vislumbrado Lenin en todo momento los problemas de la época entera: **la entrada en la última fase del capitalismo y las posibilidades de orientar la lucha decisiva, convertida ya en inevitable entre burguesía y proletariado a favor de éste, para la salvación de la humanidad.**

Lenin jamás generalizó —de igual modo a como tampoco lo hizo Marx— experiencias locales privativas de Rusia, limitadas en el tiempo o en el espacio. Con la mirada del genio supo percibir, por el contrario, en el lugar y en el momento de sus primeros efectos, el problema fundamental de nuestra época: la inminencia de la revolución. Y todos los fenóme-

nos, tanto rusos como internacionales, los comprendió e hizo inteligibles a partir de esta perspectiva, la perspectiva de la actualidad de la revolución.

La actualidad de la revolución: he ahí el pensamiento fundamental de Lenin y el punto, al mismo tiempo, que de manera decisiva le vincula a Marx. Porque el materialismo histórico, en tanto que expresión conceptual de la lucha del proletariado por su liberación, no podía ser captado y formulado teóricamente sino en el momento histórico en que por su actualidad práctica había accedido al primer plano de la historia. En un momento en el que, por citar las palabras mismas de Marx, en la miseria del proletariado no se muestra únicamente la miseria en cuanto a tal, sino su aspecto revolucionario "llamado a derrocar la vieja sociedad". Por supuesto que también entonces era necesaria la mirada imperturbable del genio para vislumbrar la actualidad de la revolución proletaria. Porque al hombre medio la revolución proletaria sólo le resulta visible cuando las masas obreras se encuentran ya luchando en las barricadas. Y si este hombre medio ha recibido una formación marxista vulgar, ni siquiera entonces. Porque a los ojos del marxista vulgar los fundamentos de la sociedad burguesa son tan inamovibles, que aun en los momentos de su conmoción más evidente no desea otra cosa que el regreso de la situación "normal", no viendo en sus crisis sino episodios pasajeros y considerando la lucha, incluso en tales períodos, como la nada razonable rebelión de unos cuantos irresponsables contra el, a pesar de todo, invencible capitalismo. Los que luchan en las barricadas le parecen, pues, extraviados; la revolución aplastada un "error" y los constructores del socialismo en una revolución victoriosa —aunque

a los ojos de los oportunistas sólo pueda forzosamente serlo de manera efímera—, incluso, criminales.

En el materialismo histórico figura, pues, como condición previa —ya en la teoría— la actualidad histórico-universal de la revolución proletaria. En este sentido, como fundamento objetivo de toda la época y como clave para su entendimiento, constituye el núcleo de la doctrina marxista. Sin embargo, a pesar de la restricción, impuesta por el tajante repudio de todas las ilusiones no fundadas y la condenación severa de todas las tentativas de **putsch,** la interpretación oportunista se aferra, atendiendo especialmente a los detalles, a los llamados errores de las previsiones de Marx, con el fin de extirpar de manera total y radical la revolución, por medio de este rodeo, del edificio general del marxismo. Y en esto los defensores "ortodoxos" de Marx se encuentran a medio camino con sus "críticos". Kautsky replica a Bernstein que la decisión acerca de la dictadura del proletariado es asunto que hay que abandonar al futuro (a un futuro muy lejano, por supuesto).

Lenin **ha restaurado en este punto la pureza de la teoría marxista.** Y la ha captado, precisamente en lo que a esto concierne, de manera más clara y concreta. No es que haya intentado corregir de un modo u otro a Marx. Se ha limitado a introducir en la teoría —a raíz de la muerte de Marx— la marcha viva del proceso histórico. Lo cual significa que la actualidad de la revolución proletaria no es ya únicamente un horizonte histórico-universal tendido por encima de la clase obrera que pugna por liberarse, sino que **la revolución se ha convertido en el problema crucial del movimiento obrero.** Lenin podía soportar tranquilamente el reproche de blanquismo,[1] etc., que le valió esta

postura suya fundamental. Y no sólo por estar en buena compañía, en este punto, ya que compartía dicho reproche con Marx (con "ciertos aspectos" de Marx) sino porque en realidad no se ganó esta buena compañía sin merecimientos por su parte. Por un lado, ni Marx ni Lenin se plantearon nunca la actualidad de la revolución proletaria y sus objetivos finales como si su realización fuera posible en cualquier forma y en cualquier momento. Por otro, la actualidad de la revolución llegó a convertirse para ambos en el seguro criterio de acuerdo con el cual tomar las decisiones pertinentes en todos los problemas cotidianos. La actualidad de la revolución determina el tono fundamental de toda una época. Tan sólo la relación de las acciones aisladas con este punto central, que únicamente puede ser encontrado mediante el análisis exacto del conjunto histórico-social, hace que dichas acciones aisladas sean revolucionarias o contrarrevolucionarias. Como actualidad de la revolución hay, pues, que entender: el estudio de todos y cada uno de los problemas particulares del momento en su concreta relación con la totalidad histórico-social; su consideración como momentos de la liberación del proletariado. El enriquecimiento que, en este sentido, el marxismo debe a Lenin, consiste simplemente —¡simplemente!— en la vinculación íntima, evidente y cargada de consecuencias de las acciones individuales al destino global, al destino revolucionario de toda la clase obrera. Significa simplemente que todo problema actual —por de pronto ya como tal problema actual— se ha convertido, a la vez, en un problema fundamental de la revolución.

Con el desarrollo del capitalismo la revolución proletaria se ha convertido en el problema del día.

Lenin no ha sido el único en prever la inminencia de esta revolución. De todos modos, no sólo se distingue por su valor, abnegación y su entrega de todos aquellos que en el momento en que la revolución proletaria, cuya actualidad habían pregonado ellos mismos en el plano teórico, entraba en su fase práctica prefirieron huir cobardemente, sino también por su claridad teórica de los mejores, más lúcidos y heroicos de entre los revolucionarios contemporáneos. Porque ni siquiera éstos fueron capaces de otra cosa que de reconocer la actualidad de la revolución proletaria del modo mismo en que Marx la concibió en su período histórico: como problema fundamental de la época. No les fue posible convertir este exacto conocimiento suyo —exacto en la perspectiva histórico-mundial, pero sólo en ella— en el hilo conductor indiscutible de todos los problemas del día, tanto de los políticos como de los económicos, de los teóricos como de los tácticos, de los concernientes a la agitación como de los relacionados con la organización. Lenin fue el único en consumar este paso hacia la concretización del marxismo, un marxismo actualmente convertido en algo eminentemente práctico. De ahí que —en el plano histórico-mundial— haya sido el **único teórico comparable a Marx** que hasta la fecha ha producido la lucha del proletariado por su liberación.

[1] Se da el nombre de blanquismo a la tendencia política representada por Louis Auguste Blanqui (1805-1881), uno de los revolucionarios franceses más importantes del siglo XIX, y sus seguidores. Creía en la necesidad de una dictadura revolucionaria que reeducara a las masas implantada por un pequeño partido armado y muy disciplinado. (N. del E.)

Lo insostenible de la situación rusa se reveló mucho tiempo antes del verdadero desarrollo del capitalismo, mucho tiempo antes de la aparición de un proletariado industrial. La disolución del feudalismo agrario y la descomposición del absolutismo burocrático no sólo eran desde hacía ya mucho tiempo hechos innegables de la realidad rusa, sino que habían dado origen, además —en la agitación campesina y en el aliento revolucionario de la llamada intelectualidad **déclassée**—, a capas sociales que se alzaban periódicamente contra el zarismo, aun cuando de modo oscuro, confuso y meramente elemental. Es evidente que el desarrollo del capitalismo —por muy ocultos que tanto el hecho en sí como su importancia quedaran incluso ante los ojos más penetrantes— no podía menos de aumentar considerablemente esta conmoción objetiva y sus consecuencias ideológico-revolucionarias. En la segunda mitad del siglo XIX fue viéndose con claridad creciente que Rusia, todavía en 1848 el más seguro baluarte de la reacción europea, caminaba progresivamente hacia una revolución. ¿Qué carácter tendría ésta? ¿Qué clase iba a desempeñar en ella el papel dirigente? He aquí los únicos interrogantes, estrechamente relacionados entre sí, de la cuestión.

No hace falta subrayar que las primeras generaciones de revolucionarios se plantearon estos problemas de manera harto confusa. En los grupos que se alzaban contra el zarismo veían ante todo un conjunto unitario: el pueblo. La división entre intelectuales y obreros no podía, en última instancia, pasar inadvertida ni siquiera en este estadio del proceso, pero carecía de peso decisivo, ya que el "pueblo" aún no estaba en condiciones de ofrecer un carácter suficientemente pronunciado como clase y de entre los intelectuales sólo los revolucionarios sinceros se habían adherido al movimiento, revolucionarios conscientes, sin ninguna vacilación en lo concerniente a su deber primordial: integrarse en el "pueblo" y ponerse al exclusivo servicio de sus intereses.

De todos modos, la evolución europea no podía menos de influir de alguna manera, incluso en esta etapa del movimiento revolucionario, sobre el curso de los acontecimientos y, en consecuencia, sobre la perspectiva histórica desde la cual efectuaban los revolucionarios su valoración de aquéllos. En este punto no podía menos de plantearse una cuestión ineludible: la evolución europea, es decir, la evolución capitalista, ¿constituía también el destino inexorable de Rusia? ¿Había de pasar Rusia también por el infierno del capitalismo para encontrar su salvación en el socialismo? ¿O iba a ser más bien capaz de saltar por encima de estas etapas evolutivas, en virtud de la especificidad original de su situación y de las comunas campesinas aún existentes en el país, encontrando directamente el camino del comunismo evolucionado a través del comunismo primitivo?

La respuesta no era entonces tan evidente como puede parecérnoslo hoy. He aquí cómo el propio Engels respondía en 1882 a esta cuestión: si una revolución en Rusia desencadenase al mismo tiempo una revolución proletaria en Europa, "la actual propiedad comunitaria rusa podría constituir el punto de partida de una evolución comunista".[1]

No es este el lugar más adecuado para describir,

ni siquiera por vía de esbozo, la historia de las luchas teóricas en torno a esta cuestión. Ocurre, tan sólo, que hemos tenido que escoger este problema como punto de partida de nuestro trabajo precisamente porque con él se planteó para Rusia la cuestión de la clase dirigente de la evolución en ciernes. Porque es evidente que el reconocimiento de la comuna campesina como punto de partida y fundamento económico de la revolución ha de convertir a los campesinos en la clase rectora de la transformación social. Paralelamente a la diferencia existente entre esta base social y económica de la revolución rusa y de la de Europa, aquélla habría de procurarse también una fundamentación teórica distinta, una fundamentación heterogénea respecto del materialismo histórico, que no es, en definitiva, sino la expresión conceptual del necesario tránsito del capitalismo al socialismo que la sociedad realiza bajo la dirección de la clase obrera. De manera, pues, que tanto el debate en torno a si Rusia está en condiciones de culminar un desarrollo de tipo capitalista, es decir, en torno a si el capitalismo puede o no desarrollarse en Rusia, como la controversia científico-metodológica sobre si el materialismo histórico puede ser, en definitiva, considerado como una teoría de la evolución social con validez universal, y, la discusión, por último, acerca de la clase social llamada a convertirse en el verdadero motor de la revolución rusa, giran, indiscutiblemente, en torno al mismo problema. No son todas ellas sino formas ideológicas de expresión de la evolución del proletariado ruso: momentos del desarrollo de su autonomía ideológica (y su autonomía, en cuestiones de táctica y organización, etc.) respecto de las otras clases sociales.

Se trata de un penoso y largo proceso que todo

movimiento obrero ha de vencer. En este caso únicamente son específicamente rusos los problemas particulares en los que el carácter específico de la situación de clase y de los intereses de clase del proletariado tienen una especial importancia. (En Alemania, durante el período de Lasalle, Bebel y Schweitzer la clase obrera se encontraba en este mismo estadio, siendo a este respecto la unidad alemana un problema de decisiva importancia.) Ahora bien, estos problemas locales, de carácter particular, han de ser verdaderamente solucionados, precisamente como tales, si el proletariado pretende alcanzar autonomía de acción. La mejor formación teórica, si se limita a lo general, no sirve aquí de nada; si quiere tener eficacia práctica, ha de traducirse en la solución, precisamente, de estos problemas particulares. (Así, por ejemplo, el ardiente internacionalista Wilhelm Liebknecht, discípulo inmediato de Marx, tarda mucho más en tomar la decisión justa en este tipo de problemas, y lo hace, por otra parte, con bastante menos seguridad que los seguidores de Lasalle,[2] mucho más confusos, por el contrario, en el plano puramente teórico.) En esta ocasión es también específicamente ruso el hecho de que esta lucha teórica por la autonomía del proletariado, por el conocimiento de su papel dirigente en la revolución ascendente no haya encontrado en parte alguna una solución tan clara y precisa como la que encontró en Rusia. De tal modo que el proletariado ruso se ahorró, en buena medida, las vacilaciones y retrocesos que podemos encontrar en todos los países desarrollados (y no precisamente en las conquistas de la lucha de clases, en la que son inevitables, sino en la claridad teórica y en la seguridad táctico-organizatoria del movimiento obrero.) Dicho proletariado pu-

do —al menos en su capa más consciente— desarrollarse teórica y organizatoriamente de manera clara y rectilínea, del mismo modo que su situación objetiva de clase se desarrolló a partir de las fuerzas económicas del capitalismo ruso.

Lenin no ha sido el primero en emprender esta lucha. Pero sí ha sido el único en pensar todas estas cuestiones de manera radical, llevándolas hasta el final, el único que puso radicalmente en práctica sus puntos de vista teóricos.

Lenin era tan sólo uno de los portavoces teóricos en la lucha contra el socialismo ruso autóctono, contra los **narodniki**.[3] Lo cual no es difícil de comprender, ya que su lucha teórica tenía como objeto demostrar el papel dirigente del proletariado en el inmediato porvenir ruso. Pero como la vía y los medios de esta discusión no podían consistir sino en probar que el curso evolutivo típico del capitalismo trazado por Marx (la acumulación primitiva) era válido también para Rusia, es decir, probando que en Rusia podía y tenía que surgir un capitalismo perfectamente definido, este debate debía poner —pasajeramente— en un mismo terreno a los portavoces de la lucha de clases proletaria y a los ideólogos del capitalismo ruso naciente. La diferenciación teórica del proletariado respecto de la masa general del "pueblo" no conllevó en modo alguno el conocimiento y la aceptación de su autonomía, de su papel dirigente. Todo lo contrario. La simple consecuencia mecánica y no dialéctica de la prueba de que las tendencias evolutivas de la vida económica rusa caminaban hacia el capitalismo, parece, en última instancia, la total aceptación de esta realidad, una estimulación, incluso, de su advenimiento. Y, sin duda, no sólo para la burguesía liberal, cuya ideología transitoriamente "marxista" resulta comprensible si se piensa que el marxismo es la única teoría económica que muestra la necesaria génesis del capitalismo a partir de la descomposición del mundo precapitalista. Esta coincidencia ha de parecerles tanto más necesaria a todos los marxistas "proletarios" que conciben el marxismo de manera mecánica y no dialéctica. Unos marxistas que no comprenden —a diferencia de Marx, que lo aprendió de Hegel, liberándolo de toda mitología y todo idealismo y haciéndolo entrar así en su teoría— que el reconocimiento de la real existencia de un hecho o tendencia no implica en modo alguno que éstos deban ser reconocidos como **realidad determinante de nuestra acción.** El deber sagrado de todo marxista no puede ser otro que mirar los hechos de frente, sin alimentar ilusión alguna respecto de ellos, en la medida, precisamente, en que para todo marxista verdadero ha de haber siempre algo más verdadero y, en consecuencia, más importante que los hechos o tendencias **aislados: la realidad del proceso general,** la totalidad de la evolución social. De ahí las siguientes palabras de Lenin: "Lo propio de la burguesía es crear e impulsar **trusts,** enviar mujeres y niños a las fábricas, arruinarlos en ellas, gastarlos y hundirlos en la mayor de las miserias. Nosotros no «reclamamos» una evolución de este tipo, no nos «adherimos» a ella; por el contrario, la combatimos. Pero, ¿cómo la combatimos? Sabemos que los **trusts** y el trabajo de las mujeres en las fábricas representan un progreso. No queremos retroceder al artesanado, a un capitalismo no monopolista y al trabajo de las mujeres en el hogar. ¡Nuestro deseo es ir a través de los **trusts** y más allá de ellos hacia el socialismo!".

Con esto queda claro el sentido de la solución leninista a todo este conjunto de problemas. Y de ello se desprende que el reconocimiento de la necesidad de un desarrollo capitalista en Rusia y el progreso histórico a él ligado, en modo alguno significa que el proletariado deba cooperar a esta evolución prestándole su apoyo. Basta con que le dé la bienvenida, ya que sólo esta evolución prepara el terreno para el advenimiento del proletariado como factor decisivo de poder. Pero también debe saludarlo como condición previa, como **supuesto básico de su propia lucha despiadada** contra el verdadero agente de esta evolución: la burguesía.

Unicamente esta concepción dialéctica de las tendencias histórico-evolutivas crea el marco teórico para la aparición del proletariado como fuerza autónoma en la lucha de clases. Porque si se acepta la necesidad de una evolución capitalista en Rusia sin más, como hicieron los precursores de la lucha ideológica de la burguesía rusa, primero, y los mencheviques,[4] después, se llega a la conclusión de que Rusia tiene, ante todo, que completar su evolución capitalista. El agente de esta evolución es la burguesía, únicamente cuando esta evolución esté ya muy avanzada y la burguesía haya barrido los restos políticos y económicos del feudalismo, poniendo en marcha en su lugar un país moderno, capitalista, democrático, etc., podrá comenzar la lucha de clases del proletariado como tal fuerza autónoma. La prematura irrupción de un proletariado con unos objetivos clasistas definidos no sólo sería inútil, dado que el proletariado apenas cuenta como factor de poder autónomo en esta lucha entre burguesía y zarismo, sino funesto para los intereses mismos del proletariado, ya que asusta a la burguesía, debilita su combatividad frente al zarismo y la arroja directamente a los brazos de éste. De manera, pues, que —por el momento— el proletariado únicamente entra en juego como fuerza auxiliar de la burguesía progresista en su lucha por una Rusia moderna.

Está de todo punto claro —por mucho que no fuera suficientemente dilucidado en las discusiones de entonces— que el problema de la actualidad de la revolución estaba en la raíz misma de toda esta controversia, que para todos aquellos protagonistas de la discusión que de manera más o menos consciente eran ideólogos de la burguesía los caminos se bifurcaban en una disyuntiva muy concreta: aceptar el hecho revolucionario como problema actual, como un verdadero problema del día para el movimiento obrero o considerarlo como un "objetivo final" más bien lejano, no llamado a ejercer una influencia determinante sobre las decisiones del momento. Es, por supuesto, más que dudoso que el punto de vista menchevique, aun cuando fuera posible asentir a la validez de su perspectiva histórica, le resultara aceptable al proletariado. Cabe preguntarse asimismo, si semejante postura de adhesión a la burguesía no podría oscurecer de tal modo la conciencia de clase del proletariado, que su desgajamiento de ella (es decir, una acción autónoma del proletariado en un momento histórico adecuado para tal cosa, incluso a los ojos de la teoría menchevique) acabara siendo ideológicamente imposible o tropezara, en todo caso, con graves dificultades. (Piénsese en el movimiento obrero inglés.) Evidentemente, esta hipótesis es ociosa en la práctica. Porque la dialéctica de la historia, que los oportunistas intentan alejar del marxismo, sigue operando eficazmente en ellos —contra su propia voluntad—; los

arroja al campo de la burguesía, y el momento histórico para la irrupción autónoma del proletariado va, en su opinión, alejándose progresivamente, relegado a una lejanía nebulosa, a un futuro irrealizable.

La historia ha dado la razón a Lenin y a los escasos heraldos de la actualidad de la revolución. La alianza con la burguesía progresista, que ya en la época de las luchas por la unidad alemana se había revelado como una ilusión, únicamente hubiera sido fecunda en el caso de que al proletariado le hubiera sido posible, como clase, seguir a la burguesía hasta, incluso, en su alianza con el zarismo. Porque de la actualidad de la revolución se deduce que la burguesía ha dejado de ser una clase revolucionaria. El proceso económico que ha protagonizado y del que ha sido la primera en beneficiarse constituye, sin duda, un progreso frente al absolutismo y al feudalismo. Pero este carácter progresista de la burguesía se ha vuelto a su vez dialéctico. Es decir, que el vínculo entre las condiciones económicas que posibilitan la existencia de la burguesía y los postulados de la democracia política, del estado de derecho, etc. (que fueron realizados, aunque sólo parcialmente, por la Gran Revolución Francesa sobre las ruinas del absolutismo feudal), se ha aflojado. La cada vez más inminente revolución proletaria hace por un lado posible **una alianza entre la burguesía y el absolutismo feudal** que garantice las condiciones económicas de vida y el proceso de expansión de la burguesía, permitiendo, al mismo tiempo, la subsistencia del predominio político de las viejas potencias. Por otro, **la burguesía, que de este modo decae ideológicamente, cede a la revolución proletaria la realización de sus antiguas reivindicaciones de tipo revolucionario.** Por muy problemática que sea esta alianza entre la burguesía y las viejas potencias, en la medida en que no es una alianza de clase basada en una positiva identidad de intereses, sino tan sólo un compromiso motivado por el común temor a una calamidad superior, no deja de ser, de todos modos, un hecho nuevo e importante. Un hecho frente al cual la "prueba" mecánica y esquemática del "necesario vínculo" entre evolución capitalista y democracia se revela como una auténtica e irremediable ilusión. Como ha dicho Lenin, "la democracia política no es, en términos generales, sino una de las **formas** posibles (aún cuando teóricamente no deje de ser la normal para el capitalismo «puro») de las superestructuras del capitalismo. Como los hechos lo demuestran, el capitalismo y el imperialismo se desarrollan bajo **cualquier** forma política, a la que pueden subordinarse perfectamente". En Rusia, en especial, este rápido viraje de la burguesía de una —aparente— oposición radical a un apoyo del zarismo ha de ser explicado en lo esencial por el hecho de que el capitalismo (que en Rusia no había tenido un desarrollo "orgánico", habiendo sido, por el contrario, simplemente transplantado al país), mostrara ya desde sus comienzos un fuerte carácter monopolista (preponderancia de las grandes empresas, papel importante del capital financiero, etc.). De lo que se desprende que la burguesía era un estrato social numéricamente más reducido y socialmente más débil que en otros países con un desarrollo capitalista de superior carácter "orgánico". Pero de tal hecho no deja de desprenderse también la creación real, en las grandes empresas, de la base material para la evolución de un proletariado revolucionario, una base creada en un tiempo mucho más breve de lo que la

esquemática interpretación del ritmo evolutivo del capitalismo ruso hubiera permitido suponer.

Pero si la alianza con la burguesía liberal se revela, por una parte, como una ilusión y el proletariado, que ha ganado a duro precio su independencia, rompe definitivamente, por otra, con el caótico concepto de "pueblo", ¿no acabará encontrándose, precisamente a causa de esa autonomía por la que tanto ha luchado, en un aislamiento insuperable, y metido, por eso mismo, en una lucha necesariamente destinada al fracaso? Esta objeción tantas veces formulada a la perspectiva histórica de Lenin y, por lo demás, tan inmediata, tendría alguna consistencia si el rechazo de la teoría agraria de los **narodniki**, es decir, el reconocimiento de la necesaria disolución de los últimos restos del comunismo agrario, no fuera, a su vez, un conocimiento igualmente dialéctico. La dialéctica de este proceso de disolución —dado que el conocimiento dialéctico no es otra cosa que la formulación conceptual de una situación dialéctico-real de hecho— radica, precisamente, en la inexorabilidad de la disolución de estas formas, no tiene sentido sino como proceso de disolución, es decir, tiene un sentido exclusivamente negativo y unívocamente determinado. No obstante, determinar el giro que tomará este proceso en sentido positivo no es posible a partir de él mismo. Depende de la evolución del entorno social, del destino de la totalidad histórica. En términos más concretos: este proceso de disolución, económicamente inevitable, de las viejas formas agrarias (tanto de las de reminiscencia feudal, al modo de los **junkers**, como de las correspondientes a un campesinado medio) puede seguir dos caminos. Con palabras de Lenin, "ambas soluciones facilitan, cada una a su manera, el pasaje a un grado técnico superior, y todas van en el sentido del progreso de la agricultura". La primera vía consiste en la radical aniquilación, en la vida campesina, de los últimos restos medievales (y aún más antiguos). La otra —la "vía prusiana", según Lenin— "se caracteriza por el hecho de que la liquidación de las supervivencias medievales en las relaciones de propiedad de la tierra no ocurre de una vez por todas, sino mediante una adaptación progresiva al capitalismo". Ambas vías son posibles y ambas representan un progreso —hablando en términos económicos— respecto de lo existente. Pero si ambas tendencias son igualmente posibles y —en cierto sentido— igualmente progresistas, ¿quién o qué habrá de decidir sobre la realización efectiva de una u otra de ellas? La respuesta de Lenin a esta cuestión es, como todas sus respuestas, clara y unívoca: la lucha de clases.

De este modo se perfilan de manera más clara y concreta los grandes rasgos del medio en el cual el proletariado está llamado a irrumpir, de modo autónomo, como clase dirigente. Porque **la fuerza decisiva** en esta lucha de clases que para Rusia significa el sentido del tránsito de la Edad Media a la época moderna **sólo puede ser el proletariado.** Los campesinos, no sólo en razón de su terrible atraso cultural, sino, sobre todo, a causa de su situación objetiva de clase, únicamente son capaces de una revuelta elemental contra una situación cada vez más insostenible. Por su situación objetiva de clases están destinados a permanecer como una capa vacilante, como una clase cuya suerte depende, en última instancia, de la lucha de clases en la ciudad, del destino de la ciudad, de la gran industria, del aparato del Estado, etc.

Unicamente en este contexto, en este sistema de interrelaciones, recae la decisión en manos del proletariado. Su lucha contra la burguesía sería quizá —en el momento histórico en cuestión— menos rica en perspectivas si ésta lograra liquidar en su exclusivo beneficio la estructura feudal del campo ruso. El hecho de que el zarismo le dificulte este propósito constituye uno de los motivos clave de su comportamiento —pasajeramente— revolucionario o, al menos, oposicional. **Ahora bien, en tanto este problema permanezca sin resolver, es posible en cualquier instante un estallido elemental de millones de campesinos esclavizados y explotados.** Un estallido elemental al que sólo el proletariado puede conferir un sentido, es decir, un sentido tal que el movimiento de masas acabe por caminar hacia un objetivo realmente ventajoso para las masas campesinas. Un estallido elemental que cree las condiciones en las que el proletariado puede emprender la lucha contra el zarismo y la burguesía con todas las posibilidades de victoria a su favor.

He aquí cómo la estructura socio-económica rusa ha sentado las bases objetivas para la alianza entre el proletariado y el campesinado. Sus objetivos de clase son diferentes. De ahí que su caótica yuxtaposición en el confuso y folklórico concepto de "pueblo" hubiera de acabar dislocándose. No obstante, sólo emprendiendo una lucha común pueden confiar en la consecución de sus objetivos de clase. De ahí que la vieja idea de los **narodniki** retorne dialécticamente transformada en la visión leninista de la naturaleza de la revolución rusa. El confuso y abstracto concepto de "pueblo" hubo de ser eliminado, pero tan sólo para que surgiera, a partir de la indagación concreta de las condiciones de una revolución proletaria, el concepto de pueblo en su acepción revolucionaria, es decir, el concepto de pueblo como **alianza revolucionaria de todos los explotados.** El partido de Lenin puede, pues, considerarse con toda justicia como el heredero de las verdaderas tradiciones revolucionarias de los **narodniki.** Ahora bien, como la conciencia y, con ella, la capacidad de dirigir esta lucha —una lucha objetivamente clasista— sólo existen **en la conciencia de clase del proletariado,** éste puede y debe ser, en la revolución inminente, la clase dirigente de la transformación social.

Notas

[1] En esta argumentación suya, Engels no hace sino desarrollar unas ideas expuestas por Marx en su prólogo a la traducción rusa (1882) del *Manifiesto Comunista,* como bien puede juzgar el lector a la luz de la siguiente cita de Marx, entresacada del citado prólogo a la versión rusa del *Manifiesto*: "Ahora la cuestión que se plantea es si la comunidad aldeana rusa (una forma de propiedad colectiva comunal que en gran parte ha sido ya destruida) puede pasar inmediatamente a la forma comunista superior de propiedad de la tierra, o si, por el contrario, tiene que pasar desde el principio por el mismo proceso de desintegración que ha determinado el desarrollo histórico de Occidente. La única contestación que hoy es posible dar a esta pregunta es la siguiente: si la Revolución rusa llega a ser la señal para la revolución obrera de Occidente, de modo que la una sea complemento de la otra, entonces la forma presente de propiedad de la tierra en Rusia puede ser el punto de partida de un desarrollo histórico". (N. del T.)

[2] Wilhelm Liebknecht (1826-1900) es una de las figuras más importantes del histórico Partido Social-Demócrata alemán. La social-democracia alemana consiguió mantener viva su presencia en Alemania durante las últimas décadas del siglo XIX a pesar de la persecución a que fue sometida por Bismarck. En 1890 —una vez derogadas las leyes antisocialistas bismarckianas— el Partido Social-Demócrata consiguió en las elecciones para el *Reichstag* casi un 20% del total de los votos. Su prestigio era enorme en todos los medios socialistas europeos. Wilhelm Liebknecht se reveló en seguida (al igual que August Bebel) como uno de los mejores oradores del partido. En los problemas planteados

en torno a los peligros de la "legalización" del Partido Social-Demócrta y de su discutida colaboración con las fuerzas burguesas, Liebknecht comenzó por adoptar una postura muy revolucionaria: "El socialismo —decía— no es ya una cuestión de teoría: es sencillamente una cuestión de fuerza, que no puede ser resuelta en el Parlamento, sino en el campo de batalla..." En 1891, sin embargo, Liebknecht había cambiado ya de postura, llegando a expresarse así en el Congreso de Erfurt: "Sé que hay otro camino, el cual, en opinión de algunos pocos de nosotros, es más corto: el de la violencia... pero ese camino conduce al anarquismo, y es culpa grande de la oposición no haber tenido en cuenta este resultado... La esencia del revolucionarismo está no en los medios, sino en el fin".

Ferdinad Lassalle (1825-1864), figura notable del socialismo reformista alemán. Orador, publicista y político. Intentó arrancar de Bismarck algunas concesiones a favor del movimiento obrero. Engels se ha referido a él (en un artículo sobre "El Capital", publicado en la revista *Der Beobachter,* Nº 303, Stuttgart, 1867, y recogido, en traducción castellana de Wenceslao Roces, en Marx-Engels: *Escritos económicos varios,* Edit. Grijalbo, México, D. F., 1962, página 219) en los términos siguientes: "En Lassalle, todo el socialismo se reducía a denostar a los capitalistas y a adular a los terratenientes feudales prusianos; precisamente lo contrario de lo que hace el libro a que nos venimos refiriendo. Su autor demuestra claramente la necesidad histórica del régimen capitalista de producción, como él llama a la fase social que estamos viviendo, y demuestra al mismo tiempo la inutilidad de la aristocracia terrateniente, que consume sin producir. Lassalle abrigaba grandes ilusiones acerca de la misión que a Bismarck le estaba reservada como instaurador del reino milenario del socialismo; el señor Marx no se recata para desautorizar a su descarriado discípulo. No sólo declara expresamente que él nada tiene que ver con todo ese «socialismo gubernativo monárquico-prusiano», sino que en las páginas 762ss. de su obra afirma

rotundamente que, si no se le sale pronto al paso, el sistema hoy imperante en Francia y Prusia no tardará en desencadenar sobre Europa el régimen del látigo ruso". (N. del T.)

[3] Se conoce con el nombre de *narodniki* (o "populistas") a los socialistas rusos del XIX anteriores a la definitiva difusión del marxismo en Rusia. Sus puntos de vista teóricos eran confusos: oscilaban entre la negación de cualquier posible planteamiento en términos de clases y los ataques al proceso de industrialización creciente de la sociedad rusa, se oponían al terrorismo de ciertas minorías políticas de su época, pero también a colaborar en una evolución, etc. Contaron con figuras de amplia resonancia, como Pedro Lavrov (1823-1900), Danielson (con quien Engels sostuvo correspondencia), Vorontsov, etc. Los socialistas *narodniki* influyeron no poco en la apreciación positiva de Marx de las posibilidades revolucionarias de la agricultura comunal autóctona rusa. (N. del T.)

[4] En la gestación del Partido Social-Demócrata ruso, cuyo Primer Congreso se reunió secretamente en Pskov, en 1898, intervinieron fuerzas socialistas muy diversas, en modo alguno unánimes en su apreciación de la situación rusa y de la política a seguir. El Segundo Congreso se celebró en Londres, en julio de 1903, siendo fijados unos puntos comunes: a) oposición a la teoría *narodniki* según la cual no se debía postular que el capitalismo industrial creciera y se desarrollara en Rusia; b) confianza, por el contrario, en que el proceso de industrialización iba a favorecer la creación y aumento progresivo de un proletariado abierto a la propaganda de la social-democracia, y c) confianza, asimismo, en la importancia de los obreros industriales —y de los intelectuales dispuestos a unirse a ellos— en la construcción de una nueva sociedad, liquidando así el vago concepto de "pueblo" alimentado por los *narodniki*.

No obstante, no había acuerdo en torno a lo que se tenía que entender como "revolución". Unos ponían el énfasis en la lucha contra la autocracia (en la que recomendaban

unirse a las fuerzas burguesas opuestas al zarismo), otros en la necesidad de hacer una revolución económica, etc. Entre las tendencias contra las que Lenin luchó desde un principio figuraban las representadas por los "marxistas legales" y los "economistas". No obstante, la división más importante producida en la social-democracia rusa fue la que tuvo lugar entre "bolcheviques" (capitaneados por el propio Lenin) y "mencheviques". Esta división tuvo su origen aparente no tanto en cuestiones de programa como de organización del partido. Lenin insistía (contra Plejánov) en la importancia de la dictadura del proletariado, en la necesidad de introducir una enorme disciplina en el partido, un partido compuesto por una vanguardia consciente, dispuesta a trabajar de acuerdo con una organización centralizada y no sujeta a vacilaciones. Un partido planteado, en suma, como un "todo organizado" cuyos miembros estuvieran sometidos a una disciplina proletaria. Los mencheviques tenían un concepto distinto del partido, al que concebían en términos de "masa", es decir, abierto a cuantos se pronunciaran a favor de sus principios (con lo que se exponían a la infiltración en sus filas de todo tipo de oportunistas e inseguros). Sobre los mencheviques y, fundamentalmente, sobre Plejánov pesaba mucho el ejemplo de la social-democracia alemana. A partir de 1905 y, con las promesas de apertura democrática por parte del zarismo, los bolcheviques censuraban a los mencheviques por estar dispuestos a aliarse con los capitalistas en la consecución y sostenimiento de un régimen democrático-burgués; no obstante, ambas facciones se unían en la lucha contra los "social-revolucionarios" (herederos de los *narodniki* o populistas agrarios).

En el Congreso de 1903 se consumó, pues, la escisión entre bolcheviques y mencheviques, con el ulterior triunfo, de todos conocido, de la línea bolchevique (representada, fundamentalmente, por Lenin). (N. del T.)

La misión histórica del proletariado consiste, pues, en romper todo entendimiento ideológico con las otras clases y encontrar su más clara conciencia de clase sobre la base de la especificidad de su situación de clase y de la autonomía de sus intereses clasistas de ella derivados. Tan sólo de esta manera estará en condiciones de dirigir a todos los oprimidos y explotados de la sociedad burguesa en la lucha común contra los dominadores económicos y políticos. El fundamento objetivo de este papel dirigente del proletariado no es otro que su lugar en el proceso capitalista de producción. De todos modos, quien imagine que la verdadera conciencia de clase del proletariado, esa conciencia suya de clase que ha de capacitarle para ocupar el papel dirigente que le corresponde, puede nacer en él de manera progresiva y espontánea, sin tropiezos ni regresiones, como **si el proletariado pudiera desarrollar ideológicamente su misión revolucionaria a partir tan sólo de su posición de clase,** no está sino aplicando de manera mecánica el marxismo y entregándose a una ilusión de todo punto contraria a la verdad histórica. Los debates en torno a Bernstein[1] han mostrado claramente la imposibilidad de una transformación económica del capitalismo en socialismo. La contrapartida ideológica de esta teoría, sin embargo, ha subsistido incólume en el pensamiento de muchos revolucionarios sinceros de Europa, sin haber sido reconocida siquiera como problema y peligro. No es que los mejores de entre ellos hayan desconocido plenamente la existencia y la importancia de este problema, que no se hayan dado cuenta de que la victoria definitiva del proletariado debe atravesar un largo camino, lleno de derrotas, siendo, además, inevitables las regresiones —no sólo materiales, sino también ideológicas— a estadios ya superados. Sabían —por utilizar la formulación de Rosa Luxemburgo— que, de acuerdo con sus premisas sociales, la revolución proletaria "no podía llegar demasiado pronto" y, sin embargo, "tenía necesariamente que llegar demasiado pronto" a efectos del sostenimiento y retención del poder (o sea, en el plano ideológico). Por mucho que en esta perspectiva histórica acerca del camino que el proletariado debe recorrer para alcanzar su liberación se sustente también la creencia de que una espontánea autoeducación revolucionaria de las masas proletarias (por acciones de masas y las experiencias que de ello se derivan), apoyada por una agitación teórica adecuada del partido, por propaganda, etc., sea suficiente para garantizar la evolución a estos efectos necesaria, no por ello se ha conseguido superar el punto de vista de la espontánea entrega ideológica del proletariado a su misión revolucionaria.

Lenin fue el primer —y durante mucho tiempo único— líder teórico importante que se decidió a atacar este problema en su dimensión teórica central y, en consecuencia, en su aspecto práctico más importante: **el de la organización.** La polémica en torno al artículo 1º de los estatutos de la organización en el Congreso de Bruselas-Londres de 1903 es conocida hoy por todos. Se trataba de dilucidar si podía ser miembro del partido todo aquel que lo apoyara y trabajara bajo su control (como querían los mencheviques), o si resultaban indispensables para ello la participación de las organizaciones ilegales, la total

entrega al trabajo del partido y la absoluta subordinación a su disciplina —concebida del modo más severo—. Las otras cuestiones organizativas, como, por ejemplo, la centralización, no eran, en realidad, sino consecuencias objetivas y necesarias de esta toma inicial de posición.

Se trata, en definitiva, de una polémica reducible al antagonismo entre los citados puntos de vista generales sobre la posibilidad, el probable desarrollo, el carácter, etc., de la revolución, aunque en aquella época era Lenin el único en vislumbrar la interdependencia de todos estos factores.

El plan bolchevique de organización hace surgir de la masa más o menos caótica de la generalidad de la clase un grupo de revolucionarios conscientes del objeto de su lucha y dispuestos a cualquier sacrificio. Pero, ¿no se corre así el peligro de que estos "revolucionarios profesionales" se desgajen de la vida real de su clase y acaben convirtiéndose, a raíz de dicha separación, en una secta o grupo de conspiradores? ¿Acaso no es este plan de organización una simple consecuencia de ese "blanquismo", que los "agudos" revisionistas pretenden detectar incluso en Marx? No es posible investigar aquí lo errado de este reproche, incluso en lo concerniente al propio Blanqui. De todos modos, ni siquiera penetran en el núcleo mismo de la organización leninista, ya que según Lenin, el grupo de los revolucionarios profesionales no ha tenido un solo momento la visión de "hacer" la revolución o arrastrar tras de sí, gracias a su acción independiente y valerosa, a la masa inerte, poniéndola frente al **fait accompli**[2] de la revolución. **La idea leninista de la organización presupone el hecho de la revolución, de la actualidad de la revolución.** Si a los mencheviques

les hubiera asistido la razón en su visión de la historia, si lo que nos hubiera aguardado fuera una época (relativamente) tranquila de prosperidad y extensión lenta y progresiva de la democracia, en la que los vestigios feudales hubieran sido barridos en los países atrasados por el "pueblo", por las clases "progresistas", los grupos de revolucionarios habrían terminado por perder toda agilidad, reducidos a sectas o simples círculos de propagandistas. El partido, en tanto que organización fuertemente centralizada de los elementos más conscientes del proletariado —y sólo de éstos— **es concebido como el instrumento de la lucha de clases en un período revolucionario.** "No es posible separar mecánicamente las cuestiones políticas de las organizativas", decía Lenin, y quien apruebe o rechace la organización bolchevique del partido, sin plantearse el problema de si estamos o no en la época de la revolución proletaria no ha entendido absolutamente nada de la esencia de la misma.

Ahora bien, desde un ángulo totalmente opuesto podría surgir sin duda la siguiente objeción: dada la actualidad de la revolución, una organización semejante ha de resultar forzosamente superflua. Quizá en la época de paralización del movimiento revolucionario haya sido útil unir en una organización, a todos los revolucionarios profesionales. En los años mismos de la revolución, sin embargo, estando las masas profundamente trastornadas, en un momento en el que sólo en unos días viven más experiencias revolucionarias y maduran más rápidamente que ayer en decenios, en un momento en el que incluso sectores de esta clase normalmente alejados del movimiento revolucionario, a pesar de que éste afectara en lo más profundo sus propios concretos intereses cotidianos,

irrumpen en la escena de la revolución, dicha organización parece inútil y falta de sentido. Porque desperdicia energías aprovechables y, cuando su influencia se extiende, paraliza el espontáneo ímpetu revolucionario de las masas.

Es evidente que esta objeción nos lleva de nuevo al problema del autodesarrollo ideológico del proletariado. El **Manifiesto Comunista** caracteriza nítidamente el vínculo existente entre el partido revolucionario del proletariado y la totalidad de la clase. Los comunistas únicamente se diferencian de los restantes partidos proletarios en dos puntos principales: por un lado, anteponen y subrayan en las diversas luchas nacionales de los proletarios los intereses que a todos ellos les son comunes, independientemente de su nacionalidad, y, por otro, en las diferentes fases que atraviesa la lucha entre proletarios y burgueses, representan siempre los intereses del movimiento proletario considerado en su conjunto. Los comunistas son, pues, prácticamente la fracción más resuelta y activa de los partidos ob os de todos los países y, teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario. Son —en otros términos— **la figura visible de la conciencia de clase del proletariado.** Y el problema de su organización se decide de acuerdo con el modo como el proletariado alcanza en verdad esta conciencia de clase y la hace plenamente suya. Todo aquel que no niegue incondicionalmente la función revolucionaria del partido habrá de reconocer por fuerza que esta apropiación por parte del proletariado de su conciencia de clase no tiene lugar de manera automática exclusivamente en virtud del proceso mis-

mo de las fuerzas económicas de la producción capitalista, ni por el simple crecimiento orgánico de la espontaneidad de las masas. La diferencia entre la concepción leninista del partido y las otras radica principalmente en su mucho más profunda y consecuente captación de la creciente diferenciación económica en el seno del proletariado (aparición de una aristocracia obrera, etc), por un lado, y, en su visión, por otro, de la cooperación revolucionaria del proletariado con las otras clases en el marco de la nueva perspectiva histórica trazada. De todo ello se deduce una importancia creciente del proletariado en la preparación y dirección de la revolución, desprendiéndose de tal en consecuencia también la función rectora del partido respecto de la clase obrera.

El nacimiento y envergadura creciente de una aristocracia obrera equivale, desde este punto de vista, a un aumento progresivo de la (siempre presente, aunque relativa) divergencia entre los intereses cotidianos de ciertas capas obreras y los verdaderos intereses de la clase considerada en su totalidad, divergencia que, por otra parte, va endureciéndose en el curso de este proceso. La evolución capitalista, que en un principio niveló y unificó de manera tan imponente a la clase obrera geográficamente dividida, separada en corporaciones correspondientes a los distintos oficios, etcétera, da lugar ahora a una nueva diferenciación. Diferenciación entre cuyas consecuencias no figura únicamente el que el proletariado deje de enfrentarse con auténtica unanimidad a la burguesía. Hay que contar, además, con el peligro de que en virtud de su creciente ascenso a un modo de vida pequeño burgués y su ocupación de puestos en la burocracia de los sindicatos o del partido, a veces incluso en los

municipios, etc., estas capas sociales obtengan —a pesar de o precisamente por su ideología aburguesada y su falta de conciencia proletaria de clase— cierta superioridad en cuanto a cultura formal, rutina administrativa, etc., sobre las restantes capas proletarias, acabando por ejercer así una influencia retrógrada sobre la totalidad de la clase. Dicho de otra manera, que su influencia en las organizaciones del proletariado ayude a oscurecer la conciencia de clase de los obreros todos, encaminándolos a un acuerdo tácito con la burguesía.

Contra este peligro no bastan la simple claridad teórica, ni la agitación y propaganda propias de los grupos revolucionarios conscientes. Porque durante mucho tiempo estos antagonismos de intereses no se manifiestan de forma verdaderamente clara para todos los obreros, hasta el punto de que, en ocasiones, incluso sus mismos representantes ideológicos no llegan a percibir que se han desviado del camino de la clase a que pertenecen. En efecto: dichas diferencias pueden quedar fácilmente ocultas a los ojos de los obreros, hasta el punto de que en ocasiones incluso sus representantes ideológicos no llegan a percibir que se han desviado del camino de la clase a que pertenecen. En efecto: dichas diferencias pueden quedar fácilmente ocultas a los ojos de los obreros, bajo la máscara de "divergencias teóricas de opinión", simples "diferencias tácticas", etc. Y el instinto revolucionario de los obreros, que a veces se descarga en grandes acciones espontáneas de masas, es incapaz de mantener la conciencia de clase al nivel alcanzado por medio de la acción espontánea, conservándola como un bien duradero para la clase obrera en su conjunto.

La autonomía, en el dominio de la organización,

de los elementos plenamente conscientes de la clase obrera resulta, aunque no fuera más que por esto, verdaderamente insoslayable. Ahora bien, el curso del razonamiento nos muestra que **la forma leninista de organización está profundamente vinculada a la previsión de inminencia de la revolución.** Porque únicamente en este contexto se revela la decisiva importancia negativa que puede, en realidad, tener toda desviación del verdadero camino de la clase obrera; únicamente en este contexto cabe medir la enorme trascendencia que para la clase obrera en su conjunto puede alcanzar toda decisión sobre problemas del momento, en apariencia de poca monta; únicamente en este contexto llega, en fin, a ser vital para el proletariado la materialización ante sus ojos del pensamiento y de la acción verdaderamente propios de su situación de clase. Ahora bien, la actualidad de la revolución no significa que la efervescencia de la sociedad, es decir, la descomposición de sus viejas estructuras haya de limitarse al proletariado; afecta, por el contrario, a todas las clases sociales. La medida auténtica de una situación revolucionaria es, en opinión de Lenin, que las capas inferiores de la sociedad "no quieran vivir el modo antiguo", y las capas superiores, a su vez, "no puedan vivir al modo antiguo"; "sin una crisis de la nación entera (que afecte tanto a los explotadores como a los explotados), la revolución no es posible". Cuanto más profunda es la crisis, más amplias son las perspectivas de la revolución. Cuanto más aumenta en popularidad, sin embargo, cuantas más capas sociales llega a afectar, tanto mayor es el número de movimientos diversos y elementales que se entrecruzan en ella, tanto más confusas y cambiantes resultan las relaciones de fuerza entre las dos

clases de cuya lucha depende —en última instancia— todo: la burguesía y el proletariado. **Si el proletariado quiere vencer en esta lucha, debe apoyar y sostener toda corriente que coadyuve a la descomposición de la sociedad burguesa, procurando integrar todo movimiento elemental, de cualquier capa oprimida, por poco claro que sea, en el movimiento revolucionario general.** Y la inminencia de un período revolucionario resulta, asimismo, visible en la búsqueda, por parte de todos los insatisfechos de la sociedad antigua, de vinculación con el proletariado o, por lo menos, de algún tipo de relación con él. En lo que no deja de haber, sin embargo, un gran peligro. Porque si el partido del proletariado no está organizado de tal manera que quede garantizada la pertinencia de su línea política como única válida para la clase que representa, los nuevos aliados que en número creciente van apareciendo en toda situación revolucionaria pueden aportar más bien que ayuda, desorden. Porque las otras clases oprimidas de la sociedad (campesinos, intelectuales, pequeño burgueses) no aspiran, como es obvio, a los mismos objetivos que el proletariado. El proletariado —si sabe lo que quiere y lo que debe desear desde el punto de vista de clase— puede rescatarse a sí mismo y a estas otras capas de la miseria social. Si el partido, intérprete combativo de su conciencia de clase, se muestra inseguro en cuanto al camino que debe seguir la clase obrera, si ni siquiera su mismo carácter proletario está garantizado en el plano de la organización, las citadas capas sociales invadirán el partido de proletariado y lo desviarán de su auténtico camino; de este modo, una alianza que, en el caso de poder contar con una organización del partido proletario perfectamente clara desde el punto

de vista de las clases, podría impulsar la revolución, acabaría haciéndola peligrar sobremanera.

La concepción leninista del partido tiene, pues, como consecuencia dos polos necesarios: por una parte, la selección más severa de los miembros en función de su conciencia proletaria de clase, por otra el más absoluto apoyo a todos los oprimidos y explotados de la sociedad capitalista, a los que debe estar unido por una relación de solidaridad. Quedan así unidos de manera dialéctica la inexorable claridad en cuanto a los fines y la universalidad, la dirección de la revolución en un estricto sentido proletario y el carácter nacional (e internacional) general de la revolución. La organización menchevique debilitaba estos dos polos, mezclándolos y rebajándolos a la categoría de meros compromisos y uniéndolos de este modo **en el partido mismo.** Se aislaba de amplias capas de explotados (de los campesinos, por ejemplo), uniendo, sin embargo, en el partido grupos de intereses muy diversos, con lo que acababa por resultarle imposible todo pensamiento y acción verdaderamente unitarios. En lugar, pues, de coadyuvar en la oscilante y caótica lucha entre las clases (ya que toda situación revolucionaria se expresa, precisamente, en un estado de caos profundo de la sociedad entera) a la edificación —lo más clara posible— **de un frente decisivo para la victoria, el frente del proletariado contra la burguesía,** así como a la agrupación en el seno del proletariado de los sectores más confusos de explotados, dicho partido se transforma él mismo en una masa poco clara de grupos cuyos intereses difieren, en última instancia, entre sí. No llega por lo general a la acción sino a fuerza de compromisos internos, a remolque de grupos que tienen una visión más clara o que son más

activos; o bien no le queda ya otro recurso que contemplar de manera fatalista el curso de los acontecimientos.

La concepción leninista de la organización entraña, pues, una **doble ruptura con el fatalismo mecanicista**: con el que concibe la conciencia de clase del proletariado como un producto mecánico de su situación de clase, y con el que no ve en la revolución misma sino el resultado mecánico de unas fuerzas económicas que se desencadenan de manera inexorable, conduciendo al proletariado casi automáticamente a la victoria una vez "maduras" las condiciones objetivas de la revolución. Porque si se hubiera de esperar a que el proletariado se lanzara consciente y unitariamente a la lucha decisiva, jamás se llegaría a una situación revolucionaria. Siempre habrá, por una parte —y tanto más cuanto más desarrollado esté el capitalismo— sectores del proletariado que asistirán pasivamente a la lucha de su propia clase por liberarse, llegando en casos extremos incluso, a pasarse al campo enemigo. La conducta misma del proletariado, por otra, su firmeza y el grado de su conciencia de clase no son en modo alguno algo que con necesidad inexorable se desprenda de la situación económica.

Es evidente que ni siquiera el mejor y más grande partido del mundo puede "hacer" la revolución. Pero la manera de reaccionar del proletariado ante una situación dada depende ampliamente de la claridad y energía que el partido sea capaz de conferir a sus objetivos de clase. **En la época de la actualidad de la revolución el viejo problema de si ésta puede o no "ser hecha", adquiere pues, un significado completamente nuevo.** Y con esta mutación de significado varía asimismo la relación existente entre clase y partido, es decir, el significado de los problemas de organización para el partido y el conjunto del proletariado. Al plantear la revolución como algo que hay que "hacer" se está, en realidad, separando de manera rígida y muy poco dialéctica la necesidad del desarrollo histórico y la actividad del partido militante. En este nivel, en el que "hacer" la revolución es algo así como sacarla por arte de magia a partir de la nada, no podemos menos de adoptar una actitud totalmente negativa. La actividad del partido en la época de la revolución debe ir, a decir verdad, por un camino muy diferente. Porque si el carácter fundamental de la época es revolucionario, una situación agudamente revolucionaria puede presentarse en cualquier instante. Prever el momento justo y las circunstancias de su aparición nunca puede ser, desde luego, una empresa rigurosamente posible. Sí lo es, en cambio, la determinación de las tendencias que llevan a ella, así como también la de las líneas maestras de la acción a emprender a raíz del desencadenamiento del proceso revolucionario. La actividad del partido es planteada a partir de este conocimiento histórico. **El partido ha de preparar la revolución.** Es decir, debe **acelerar**, por un lado, el proceso de maduración de las tendencias que conducen a la revolución (por su influencia en la línea de conducta del proletariado, así como en la de las otras capas oprimidas). Debe preparar, por otra parte, al proletariado tanto en el plano ideológico, como en el táctico, material y organizatorio para la acción necesaria en una aguda situación revolucionaria.

Con lo cual quedan situadas en una perspectiva nueva las cuestiones de organización interna del partido. Tanto la vieja concepción —representada tam-

bién por Kautsky—, de la organización como **supuesto previo** ineludible de la acción revolucionaria, como la de Rosa Luxemburgo que la considera como un **producto** del movimiento revolucionario de masas, parecen unilaterales y no dialécticas. El partido, cuya función es preparar la revolución, es a un tiempo y con igual intensidad productor y producto, supuesto y fruto de los movimientos revolucionarios de masas. Porque la actividad consciente del proletariado descansa en un conocimiento claro de la necesidad objetiva de la evolución económica; su rigurosa estructura organizativa vive en interacción fructífera y permanente con las penalidades y luchas elementales de las masas. Rosa Luxemburgo ha llegado casi, en ocasiones, a percibir lúcidamente esta relación recíproca. No obstante, ha ignorado su **elemento activo y consciente.** De ahí que no haya sido capaz de penetrar en el núcleo de la concepción leninista del partido, es decir, en su función preparatoria; de ahí que no entendiera en modo alguno los principios organizatorios de ella derivados.[3]

La situación revolucionaria no puede ser, por supuesto, un producto de la actividad del partido. Su tarea es prever el sentido de la evolución de las fuerzas económicas objetivas, prever, en fin, cuál habrá de ser la actitud de la clase obrera ante la situación así surgida. El partido debe preparar a las masas proletarias, de acuerdo con esta previsión, para el futuro, atendiendo —en la medida de lo posible— a sus intereses tanto en el plano espiritual como en el material y en el de la organización. Los acontecimientos y situaciones que van sucediéndose son, de todos modos, fruto de las fuerzas económicas de la producción capitalista, fuerzas cuya influencia determinante acontece de manera ciega, parejamente a la de las leyes de la naturaleza. Pero tampoco de manera mecánica y fatalista. Porque ya hemos visto (en el ejemplo de la descomposición económica del feudalismo agrario ruso) cómo el propio proceso de disgregación económica es, sin duda, un producto necesario de la evolución capitalista, sin que por ello sus efectos en las clases sociales, es decir, los nuevos estratos sociales a que da lugar, se basen inequívocamente en el proceso mismo —aisladamente considerado— y resulten identificables a partir de él mismo. Dependen del entorno en el que van desarrollándose. El destino de la sociedad entera, cuyos elementos forman este proceso, es, en última instancia, el factor determinante de su orientación. En este conjunto, sin embargo, las acciones de clase, ya sean elementales y espontáneas o dirigidas conscientemente, juegan un papel decisivo. Y cuanto mayor es el trastorno de una sociedad, tanto más ha dejado de funcionar adecuadamente su estructura "normal", tanto más perturbado está su equilibrio socio-económico; en suma: cuanto más revolucionaria es una situación, tanto más determinante es su papel (el de dichas acciones de clase). De ahí que la evolución general de la sociedad no discurra, en la era capitalista, de manera unívoca y rectilínea. De la acción combinada de estas fuerzas se desprenden más bien en el terreno de la totalidad social situaciones en las que puede cuajar una determinada tendencia, si la situación es justamente comprendida y consecuentemente aprovechada. Ahora bien, la evolución de las fuerzas económicas que en apariencia han llevado a esta situación de manera inexorable, si se deja escapar ésta o si no se extraen sus consecuencias, puede no seguir en modo alguno la línea anterior, toman-

do, por el contrario, un camino opuesto. (Piénsese en la situación de Rusia si en noviembre de 1917 los bolcheviques no hubieran tomado el poder y no hubieran culminado la revolución agraria. En el caso de un régimen contrarrevolucionario, aunque de un capitalismo moderno en comparación con el zarismo, no hubiera estado de todo punto excluida la posibilidad de una solución "prusiana" del problema agrario.)

Unicamente cuando se conoce bien el contexto histórico en el que debe actuar el partido del proletariado puede ser adecuadamente comprendida su organización. Organización que descansa sobre las inmensas tareas —de universal dimensión histórica— que la época de decadencia del capitalismo impone al proletariado, sobre la inmensa responsabilidad histórica que dichas tareas imponen a la capa dirigente consciente del proletariado. Como representante de los intereses globales del proletariado (y, en consecuencia, de los de todos los oprimidos, del futuro, en suma, de la humanidad), y a partir del conocimiento del conjunto de la sociedad, el partido debe unificar dentro de sí todas las contradicciones en las que se expresan estas tareas impuestas por el centro mismo de la sociedad considerada en su totalidad. Ya hemos subrayado que la más severa selección de los miembros del partido, en cuanto a la claridad de su conciencia de clase y a su absoluta entrega a la causa de la revolución, ha de ir unida a la íntegra fusión con la vida de las masas que sufren y combaten. Y todo intento de atender a una sola de estas exigencias, descuidando su polo contrario, termina en una petrificación sectaria de los grupos, incluso de los compuestos por auténticos revolucionarios. (He aquí la raíz de la lucha sostenida por Lenin contra el "izquierdismo", desde el **otzovismo** hasta el **Kommunistischer Arbeiter Partei** y más allá.)[4] Porque la severidad de sus exigencias en cuanto a los miembros del partido no es sino un medio de hacer consciente al proletariado entero (y, con él, a todas las capas oprimidas por el capitalismo) de sus verdaderos intereses, de todo cuanto realmente hay en la raíz de sus acciones inconscientes, de su pensamiento confuso y de sus poco definidos sentimientos.

Las masas, no obstante, únicamente adquieren conciencia de sus intereses en la acción, en la lucha. En una lucha cuyas raíces económicas y sociales están en perpetuo cambio, y en las que, en consecuencia, **las condiciones y los medios de la lucha se transforman sin cesar.** El partido dirigente del proletariado únicamente puede cumplir su misión **yendo siempre un paso por delante** de las masas que luchan, indicándoles así el camino. Ahora bien, sin adelantarse nunca más de un paso por delante de ellos, con el fin de seguir siendo siempre el guía de su lucha. Su claridad teórica únicamente es, pues, valiosa cuando en lugar de limitarse a la simple perfección general, puramente teórica, de la teoría la hace culminar en el análisis concreto de la situación concreta, es decir, cuando la validez teórica sólo expresa el sentido de la situación concreta. De ahí que el partido deba tener, por un lado, la claridad teórica y la firmeza suficientes como para proseguir por el camino justo, a pesar de las fluctuaciones de las masas, e incluso corriendo a veces el riesgo de un aislamiento momentáneo. Pero, por otra parte, debe seguir siendo elástico y receptivo, con el fin de iluminar en todas las manifestaciones de las masas, por muy confusas que parezcan, aquellas posibilidades revolucionarias de las mismas a cuyo conocimiento las masas no podían llegar por sí solas.

Semejante adecuación del partido a la vida de la totalidad **es imposible sin la más severa disciplina.** Si el partido no es capaz de adaptar instantáneamente su conocimiento a la situación, una situación en perpetuo cambio, se queda por detrás de los acontecimientos, de dirigente se convierte en dirigido, pierde el contacto con las masas y se desorganiza. De ahí que la organización haya de funcionar siempre con el mayor rigor y la mayor severidad, con el fin de transformar, cuando llega el momento, esta adaptación en hechos. Pero esto significa, al mismo tiempo, que esta exigencia de adaptabilidad o flexibilidad debe ser aplicada ininterrumpidamente a la organización misma. Una forma de organización que en algún caso determinado ha podido ser útil con vistas a ciertos fines, en otras condiciones de lucha puede convertirse en un verdadero obstáculo.

Porque en la esencia de la historia radica la producción constante de lo **nuevo.** Esta novedad no puede ser calculada siempre de antemano con la ayuda de alguna teoría infalible: ha de ser reconocida en la lucha, a partir de sus gérmenes, primero, siendo acto seguido aprendida a nivel consciente. La tarea del partido no es, en modo alguno, imponer a las masas un determinado tipo de comportamiento, elaborado por vías abstractas, sino **aprender,** por el contrario, incesantemente de la lucha y de los métodos de lucha de las masas. No obstante, también debe ser activo en su aprendizaje, preparando las siguientes acciones revolucionarias. Debe elevar a nivel de conciencia, vinculándolo a la totalidad de las luchas revolucionarias, aquello a lo que las masas han llegado de manera espontánea, en virtud de su instinto de clase; debe explicar a las masas sus propias acciones, como dice

Marx, y no sólo con el fin de asegurar así la continuidad de las experiencias revolucionarias del proletariado, sino para activar también conscientemente el desarrollo ulterior de dichas experiencias. La organización debe integrarse como instrumento en el conjunto de estos conocimientos y de las acciones que de ellos se deducen. Si no lo hace así, será sobrepasada por la evolución de las cosas, una evolución a la que, en tal caso, no habría comprendido y, en consecuencia, no podría dominar. De ahí que **todo dogmatismo en la teoría y toda rigidez en la organización sean funestos para el partido.** Porque, como dice Lenin: "Toda forma nueva de lucha, unida a nuevos peligros y sacrificios, «desorganiza» inevitablemente todas aquellas organizaciones que no están preparadas para esta nueva forma de lucha". Recorrer esa vía necesaria, de manera libre y consciente, adaptándose y transformándose antes de que el peligro de la desorganización sea demasiado agudo, actuando sobre las masas en virtud de dicha transformación, formándolas e incitándolas es, en realidad, la tarea del partido, tarea que a él mismo le incumbe y con mayor motivo.

Porque táctica y organización no constituyen sino las dos vertientes de un todo indivisible. **Unicamente actuando sobre las dos a un tiempo se pueden obtener resultados auténticos.** Cuando se trata de obtener resultados hay que ser a la vez consecuente y elástico, ceñirse de manera inexorable a los principios y tener la mirada abierta a todo posible giro que impongan los días. En el dominio de la táctica y en el de la organización no hay nada que sea bueno o malo por sí mismo. Unicamente la relación con el todo, con el destino de la revolución proletaria, hace que un pensamiento, una determinada medida, etc., sean justos

o errados. He ahí, a título de ejemplo, por qué Lenin —a raíz de la primera revolución rusa— combatió con idéntico rigor a quienes pretendían abandonar la ilegalidad, inútil y sectaria en apariencia, y a quienes, entregándose sin reservas a la misma, rechazaban cualquier posible forma de legalidad; he ahí por qué sentía igual tajante desdén ante la tesis favorable a una plena inserción en el parlamentarismo como a la antiparlamentaria por principio.

Lenin no solamente se mantuvo alejado de todo utopismo político, sino que jamás se hizo tampoco ilusión alguna sobre el material humano de su época. "Queremos —dice en los primeros años heroicos de la victoriosa revolución proletaria— edificar el socialismo con esos mismos hombres que han sido educados, podridos y corrompidos por el capitalismo, pero que, precisamente por eso, han sido templados por él para el combate." Las enormes exigencias que la idea leninista de la organización impone a los revolucionarios profesionales no tienen en sí nada de utópico. Y, por supuesto, tampoco nada del carácter superficial de la vida cotidiana, de la facticidad inmediata que acompaña a lo empírico. La organización leninista es dialéctica en sí misma —o sea, no es únicamente el producto de la evolución histórica dialéctica, sino al mismo tiempo su impulso consciente— en la medida en que **es a la vez producto y productora de sí misma.** Son los hombres quienes crean su partido; han de tener un alto grado de conciencia de clase y de capacidad de entrega para querer y poder participar en la organización; pero únicamente llegan a ser verdaderos revolucionarios profesionales en la organización y por la organización. El jacobino que se une a la clase proletaria, da forma y claridad a los actos de dicha

clase con la ayuda de su firme decisión y de su capacidad de acción, con su saber y su entusiasmo. Pero es siempre el ser social de la clase, la conciencia de clase que emana de él, lo que determina el contenido y sentido de sus acciones. No se trata de actuar en representación de la clase obrera, sino de una culminación de la actividad de la clase misma. El partido llamado a dirigir la revolución proletaria no se presenta como estando ya en disposición de asumir su función directiva: **no es, sino que llega a ser.** Y el proceso de interacción fructífero entre el partido y la clase se repite —por supuesto, transformado— en la relación existente entre el partido y sus miembros. Porque, como dice Marx en sus tesis sobre Feuerbach: "La teoría materialista según la cual los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y, por tanto, unos hombres diferentes han de ser producto de otras circunstancias y de una educación distinta, olvida que las circunstancias son transformadas precisamente por el hombre, y que el educador mismo ha de ser también educado". La concepción leninista del partido implica la más tajante ruptura con la vulgarización mecanicista y fatalista del marxismo. No es sino la realización práctica de su más auténtica naturaleza y de su tendencia más profunda: "Los filósofos se han limitado a **interpretar** el mundo en diferentes formas; lo que importa ahora es **transformarlo**".

Notas

[1] Eduard Bernstein (1850-1932) nació en Berlín, en el seno de una familia judía. Durante la represión antisocialista bismarckiana se refugió en Suiza y luego en Londres, donde colaboró con Engels. En 1896, Bernstein comenzó a publicar una serie de artículos en *Neue Zeit*, el periódico de Kautsky, que desataron una fuerte polémica dentro del Partido Social-Demócrata alemán, hasta el punto de merecer Bernstein varias censuras oficiales (en los congresos de Hannover, Lübeck, etc.). Sus principales interlocutores fueron Kautsky, Bebel y Rosa Luxemburgo, quien dedicó a este problema un escrito fuertemente polémico: "¿Reforma social o revolución?" (1899). La postura de Bernstein, muy atacado dentro del partido, pero no hasta el punto de dar lugar a su expulsión, fue perfilándose progresivamente como un "revisionismo" teórico.

He aquí una síntesis de sus tesis fundamentales, a la luz de sus artículos y, sobre todo, de su libro *Socialismo evolucionista* (1899):

a) El Partido Social-Demócrata alemán había adoptado una postura "utópica", en la medida en que creía posible un próximo salto brusco del capitalismo al socialismo. La sociedad capitalista no estaba, en modo alguno, en vísperas de derrumbarse. Marx se había equivocado en sus predicciones y, en consecuencia, el partido había de cambiar su táctica y su estrategia.

b) El socialismo vendría como resultado de una acumulación de pequeños cambios, al hilo de la propia evolución económica de la sociedad y atendiendo a las posibilidades de la misma. El tránsito del capitalismo al socialismo sería, pues, gradual. (Bernstein repetía en este punto las

teorías de los socialistas fabianos ingleses y, en especial, las de Sidney Webb.)

c) El factor determinante de la transición al socialismo no iba a ser la lucha de clases. Marx había unificado el determinismo en el plano económico y la actividad revolucionaria de la clase obrera; Bernstein rechazaba el determinismo: "La concepción marxista de la historia... no asigna a las bases económicas de la vida de las naciones ninguna influencia determinante incondicional respecto a las formas que toma esta vida".

d) En contra de lo sostenido por Marx, la "solidaridad social", es decir, la primacía del interés común era un factor de singular importancia.

e) La teoría marxista de la plusvalía es confusa y no explica en absoluto el fenómeno de la explotación. La concentración capitalista, por otra parte, no iba a consumarse al ritmo preconizado por Marx, de manera idéntica a como la miseria del proletariado no iba a aumentar tampoco hasta extremos insostenibles. Por el contrario, tanto el número de los capitalistas como el nivel salarial crecían. Estos errores de Marx se debían al nulo carácter científico de su doctrina. Una doctrina que en lugar de estar basada en una exacta observación de los hechos era una "vasta construcción teórica", a la que luego Marx aplicaba los hechos, forzándolos así a amoldarse a un esquema previo.

f) Los trabajadores, por último, no estaban maduros para acceder al poder, en el caso de que fuera posible contar con semejante hipótesis. La "dictadura del proletariado", además, era decididamente antidemocrática. El socialismo debía ser, en rigor, el heredero del espíritu liberal, un espíritu liberal al que venía a librar de su instrumentalización por parte de la burguesía.

g) Los social-demócratas alemanes debían revisar su internacionalismo y pensar en los derechos nacionales de Alemania y, en general, en la política nacional.

Es evidente que el revisionismo de Bernstein, en la medida en que tiene un fuerte carácter teórico, no es exacta-

mente un reformismo, cuya naturaleza es más bien práctica. De todos modos, las tesis de Bernstein fueron acogidas calurosamente por los reformistas. La doctrina de la social-democracia alemana siguió siendo el marxismo ortodoxo; no obstante, por mucho que el dogma oficial del partido no fuera alterado, el revisionismo ejerció una fuerte influencia en el pensamiento y en la conducta de no pocos líderes del partido. (N. del T.)

[2] Hecho consumado.

[3] Rosa Luxemburgo (1870-1919), de origen polaco y raza judía es una de las figuras más interesantes del marxismo centroeuropeo de su época. Intervino en las luchas de la social-democracia polaca, vivió una temporada en Zürich y se instaló al fin en Alemania, en cuyo Partido Social-Demócrata jugó un papel muy importante. Intervino en la polémica contra los revisionistas, propugnando su expulsión del partido en una serie de escritos e intervenciones que hicieron de ella uno de los representantes principales de la extrema izquierda del movimiento social-demócrata alemán. En 1917 —y a raíz de la escisión del partido en dos grandes bloques, el Partido Social-Demócrata histórico y el Partido Social-Demócrata Independiente, con la que se consumaba la vieja diferencia entre la vertiente izquierdista y la derechista del movimiento socialista alemán— Rosa Luxemburgo fundó junto con Franz Mehring y Karl Liebknecht el *Spartakusbund,* grupo de izquierda autónomo, aunque vinculado al Partido Social-Demócrata Independiente. De esta liga espartaquista surgió en seguida el Partido Comunista alemán. Rosa Luxemburgo intervino en la frustrada revolución alemana de la inmediata postguerra y fue asesinada, junto con Karl Liebknecht, por elementos derechistas en Berlín, el 15 de enero de 1919.

Durante varios decenios Rosa Luxemburgo coincidió y se alejó de las posturas leninistas en cuestiones de táctica y organización. Así, por ejemplo, en el problema del nacionalismo. Era esencialmente internacionalista y postulaba una autoridad obrera internacional por encima de las divisiones nacionales. La división de clases le parecía mucho más importante y decisiva que la de razas o lenguas. De ahí que se opusiera a la insistencia de Lenin en el derecho de autodeterminación nacional, negándose a apoyar ciertas concesiones que Lenin juzgaba imprescindibles. Las fronteras no tenían sentido para Rosa Luxemburgo, en la medida en que preconizaba una revolución mundial llamada a abolirlas.

Tampoco coincidía con Lenin en el enjuiciamiento de la relación partido-clase obrera. Postulaba un partido abierto, de organización muy democrática, sin aceptar la tesis leninista de la necesidad de una *élite* revolucionaria y una férrea disciplina para garantizar la fuerza y cohesión teórica y práctica del partido. Zinoviev sostuvo una fuerte polémica con Rosa Luxemburgo en la que ésta fue acusada de poner excesiva confianza en la "espontaneidad" revolucionaria de las masas.

La contribución teórica de Rosa Luxemburgo al marxismo está representada, fundamentalmente, por su obra *La acumulación de capital,* en la que revisa la teoría económica marxista en lo concerniente, sobre todo, a las "contradicciones del capitalismo". En este importante libro somete R. L. a examen el volumen 2º de *El Capital.* (N. del T.)

[4] A raíz de la derrota de la revolución rusa de 1905 el gobierno tomó una serie de medidas brutalmente represivas. Ante la nueva situación, los mencheviques comenzaron a insistir de nuevo en la necesidad de liquidar las organizaciones clandestinas del partido, evitando toda ilegalidad. Cierto sector de los bolcheviques, por el contrario, sostenía que la única actitud revolucionaria lícita era la de incitar a las masas a batirse en las barricadas, oponiéndose a toda participación en cualquier organismo legal, y, sobre todo, en la Duma. Proponían, concretamente, que la minoría socialdemócrata se retirase de la Duma (de ahí su nombre de *otzovistas,* del ruso *otzovat,* retirar).

Lenin combatió con igual energía la ideología de capitulación ante el zarismo de los liquidacionistas y el aventurerismo "izquierdista" de los *otzovistas.* (N. del T.)

IV EL IMPERIALISMO: GUERRA MUNDIAL Y GUERRA CIVIL

¿Hemos entrado acaso en el período de las luchas revolucionarias decisivas? ¿Es este ya el momento en el que el proletariado ha de llevar a cabo su misión transformadora del mundo, bajo la pena de su propia desaparición? En realidad, semejante decisión únicamente puede deberse a una mayor madurez ideológica u organizativa del proletariado en el caso de que esta madurez, es decir, la decisión de combatir, no sea sino una consecuencia de la situación económica y social objetiva del mundo, que empuja a actuar así. Y un acontecimiento, sea cual fuere, derrota o victoria, no puede en modo alguno decidir este problema. Es más, cuando se considera un determinado acontecimiento aisladamente, ni siquiera se puede determinar si se trata de una victoria o una derrota: únicamente en virtud de su relación con la totalidad de la evolución histórico-social es convertido un hecho aislado en una victoria o una derrota a escala histórico-universal.

De ahí que la controversia en el seno de la socialdemocracia rusa (que entonces acogía tanto a los mencheviques como a los bolcheviques), una discusión —que estalló ya durante el curso de la primera revolución y alcanzó su punto culminante una vez derrotada ésta— en torno al problema de si al hablar de la revolución se tenía que escribir 1847 (o sea, **antes** de la revolución decisiva) o 1848 (**después** de la revolución decisiva), no pudiera menos de desbordar el marco de la estricta problemática rusa. Antes de darle una solución ha de quedar resuelto el problema del carácter fundamental de nuestra época. La cuestión

más restringida, propiamente rusa, de si la revolución de 1905 fue una revolución burguesa o una revolución proletaria y de si el comportamiento proletario y revolucionario de los obreros fue o no "deficiente", no puede, en realidad, encontrar respuesta fuera de este contexto. De todos modos, el hecho mismo de que se haya planteado tan enérgicamente este problema indica ya la dirección en que debe buscarse su respuesta. Porque la escisión del movimiento obrero ruso en dos alas, la izquierda y la derecha, tiende cada vez más, incluso fuera de Rusia, a adoptar la forma de una controversia en torno al carácter general de la época. Controversia sobre si ciertos fenómenos económicos, cada vez más claramente perceptibles (concentración de capital, importancia creciente de los grandes bancos, colonialismo, etc.), son sólo estadios cuantitativamente superiores de la evolución "normal" del capitalismo, o vienen a insinuar, por el contrario, la inminencia de una nueva época del capitalismo, es decir, el imperialismo. Una controversia en torno a si las guerras cada vez más frecuentes al cabo de un período de paz relativa (la guerra de los **boers**, la hispano-americana, la ruso-japonesa, etc.), han de ser consideradas como algo "casual" o "episódico", o más bien han de ser aceptadas como signos de un período en el que irán desarrollándose guerras cada vez más violentas. Una controversia, en fin, en torno a una cuestión bien concreta: si la evolución del capitalismo ha entrado en una nueva fase de este tipo, ¿pueden bastar los viejos métodos de lucha del proletariado para hacer valer sus intereses de clase bajo condiciones diferentes? ¿Son, en tal caso, las nuevas formas de lucha proletaria surgidas antes y durante la revolución rusa —huelga de masas, insurrección armada—

simples acontecimientos de importancia local y restringida, "fallas", incluso, o "errores", o hay que ver en ellos, por el contrario, los primeros intentos espontáneos de las masas, acometidos con certero instinto de clase, para adecuar su conducta a la situación mundial?

Conocemos la respuesta práctica de Lenin a este complejo de problemas tan estrechamente relacionados entre sí. Viene expresada de la manera más clara en su lucha en el Congreso de Stuttgart —poco tiempo después de la derrota de la revolución rusa, cuando aún no se habían extinguido las lamentaciones de los mencheviques por la actitud de los obreros rusos, que habían ido, en su opinión, "demasiado lejos"— a favor de una toma de posición clara y tajante de la Segunda Internacional contra el peligro inminente de una guerra mundial imperialista, procurando orientar, además, esta toma de posición en lo concerniente a **la actitud a adoptar contra dicha guerra.**[1]

La proposición de Lenin y Rosa Luxemburgo fue adoptada en Stuttgart y más tarde ratificada por los Congresos de Copenhague y de Basilea. Lo cual significa que la Segunda Internacional reconocía oficialmente el peligro inminente de una guerra mundial imperialista y la necesidad de que el proletariado lo combatiera de manera revolucionaria. De manera pues, que, aparentemente, Lenin no estaba sólo en este punto. Tampoco en su visión, por razones económicas, del imperialismo como nueva fase del capitalismo. La izquierda en bloque, así como ciertos elementos centristas y el ala derecha de la Segunda Internacional, percibieron los factores económicos reales que iban a hacer posible la irrupción del imperialismo. Hilferding intentó elaborar una teoría económica de estos nuevos

fenómenos y Rosa Luxemburgo llegó incluso a perfilar el complejo económico global del imperialismo como fruto necesario del proceso de reproducción capitalista, integrando orgánicamente el imperialismo en la teoría de la historia del materialismo histórico y procurando de este modo un fundamento económico concreto a la "teoría del derrumbamiento". Y, sin embargo, cuando en agosto de 1914 —y mucho después— Lenin se encontró completamente solo en la defensa de su punto de vista acerca de la guerra mundial, esta soledad suya no era en modo alguno casual. Tampoco es explicable por motivos psicológicos o morales, es decir, porque muchos de los que anteriormente enjuiciaban también "adecuadamente" el imperialismo hubieran sido dominados por la cobardía, etc. No. **Las tomas de posición de las diversas corrientes socialistas en agosto de 1914 fueron la consecuencia lógica y objetiva de sus anteriores líneas tácticas, teóricas, etc., de conducta.**

La concepción leninista del imperialismo es, de manera aparentemente paradójica, una producción teórica importante, por una parte, y, por otra, no es mucho lo que, considerado como teoría puramente económica, contiene de realmente nuevo. En cierto sentido se apoya en Hilferding y, desde el estricto punto de vista económico, no puede ser comparada en cuanto a profundidad y grandeza con la magnífica prosecución de la teoría marxista de la producción realizada por Rosa Luxemburgo. La superioridad de Lenin no consiste sino en la **íntima y concreta vinculación** que ha sido capaz de establecer **entre la teoría económica del imperialismo y el conjunto de los problemas políticos del presente,** culminando así, realmente, una hazaña teórica sin parangón. Ha sido ca-

paz, en fin, de convertir el contenido económico de la nueva fase en el hilo conductor de todas las acciones concretas acometidas en un medio tan decisivo. De ahí, por ejemplo, que rechazara Lenin durante la guerra ciertos puntos de vista ultra-izquierdistas de los comunistas polacos calificándolos de "economicismo imperialista"; de ahí que consume su refutación de la idea de Kautsky del "ultraimperialismo", una teoría que confiaba en la creación de un **trust** capitalista mundial favorable a la paz, para el que la guerra mundial no sería sino una vía "casual" y en modo alguno "adecuada", especificando que Kaustky introducía una separación entre la economía del imperialismo y su política. Por supuesto que la teoría del imperialismo sustentada por Rosa Luxemburgo (y por Pannekoek y otros izquierdistas) no podía ser en modo alguno calificada como economicista en sentido estricto. Todos ellos —y Rosa Luxemburgo sobre todo— subrayan aquellos momentos de la economía imperialista en que ésta toma necesariamente un carácter político (colonialismo, industria de armamentos, etc.). Y, sin embargo, esta relación no es expuesta de manera verdaderamente concreta. Es decir, que Rosa Luxemburgo muestra de manera incomparable que como resultado del proceso de acumulación, el tránsito al imperialismo, la época de las luchas por conseguir mercados coloniales y centros de producción de materias primas, así como las posibilidades de exportación de capital, etc., resultan realmente inevitables; que esta época —la fase postrera del capitalismo— había de ser una época de guerras mundiales. Pero con ello se limita a fundamentar la teoría de la época entera, la teoría de este imperialismo moderno **en general**. Por otra parte, tampoco logra establecer un

puente entre esta teoría y las necesidades concretas del momento; sus artículos publicados bajo el rótulo de **Junius** no son, en sus aspectos concretos, consecuencia necesaria alguna de **La acumulación de capital**. El rigor teórico de su enjuiciamiento de la época entera no llega a concretarse en ella en un conocimiento claro de todas las fuerzas concretamente actuales, cuya valoración y aprovechamiento revolucionario constituye una de las tareas prácticas de la teoría marxista.

Pero la superioridad de Lenin en este punto tampoco puede explicarse a base de fórmulas manidas como "genialidad política", "clarividencia práctica", etc. Es más bien **una superioridad puramente teórica** en el enjuiciamiento del **proceso general**. Porque en toda su vida cabe encontrar una sola decisión suya que no haya sido tomada obedeciendo de manera concreta y objetiva a una toma de posición teórica previa. Y el que la máxima fundamental de esta posición no sea otra que la exigencia de un análisis concreto de la situación concreta, hace que quienes no piensan dialécticamente, sitúen el problema en el terreno de la práctica de la "Real Politik". **Para un marxista el análisis concreto de la situación concreta** no se opone a la teoría pura; por el contrario, **constituye el punto culminante de la auténtica teoría**, el punto en el que la teoría encuentra su realización verdadera, el punto en el que se transforma en praxis.

Esta superioridad teórica suya radica en el hecho de haber sido Lenin, de todos los sucesores de Marx, el que ha tenido una visión menos deformada por las categorías fetichistas de su medio capitalista. Porque la superioridad decisiva de la economía marxista sobre todas las que la han precedido y sucedido se debe

a que ha logrado, en virtud de su método e incluso en las cuestiones más complejas, en cuestiones en las que aparentemente hay que operar con las categorías económicas más puras (y, en consecuencia, más fetichistas), dar un giro a los problemas tal que más allá de las categorías "puramente económicas" resulten evidentes, en su proceso evolutivo, precisamente aquellas clases cuyo ser social viene expresado por estas mismas categorías económicas. (Piénsese en la diferencia entre capital variable y constante en contraposición a la clásica distinción entre capital fijo y circulante. Unicamente a través de estas distinciones resulta evidente la estructura clasista de la sociedad burguesa. La formulación marxista del problema de la plusvalía ha desvelado ya la división clasista existente entre burguesía y proletariado. El aumento del capital constante muestra esta relación en el contexto dinámico del proceso evolutivo de la totalidad social, arrojando luz al mismo tiempo sobre la lucha de los diferentes grupos capitalistas por el reparto de la plusvalía.)

La teoría del imperialismo de Lenin es menos una teoría de su génesis económicamente necesaria y de sus límites económicos —como la de Rosa Luxemburgo—, que una teoría de las concretas fuerzas de clase que el imperialismo desencadena y a las que en su mismo contexto hace operantes; **la teoría de la concreta situación mundial provocada por el imperialismo.** Al analizar la esencia del capitalismo monopolista, lo que en primer lugar le interesa es la situación mundial concreta y la división clasista de la sociedad a que da lugar: como las grandes potencias coloniales se reparten de facto la tierra, cómo evoluciona la división interna entre burguesía y proletariado con el movimiento de concentración de capital (capas puramente parasitarias de rentistas, aristocracia obrera, etc.). Y, sobre todo, cómo la evolución interna del capitalismo monopolista desborda —en virtud de los diferentes ritmos de los países— las "zonas de intereses" establecidas antes de manera más o menos duradera y por vía pacífica, desbordando así no pocos compromisos de este tipo, dando lugar, en consecuencia, a conflictos cuya solución sólo puede lograrse por la fuerza, es decir, acudiendo a la guerra.

En la medida en que la esencia del imperialismo es determinada como capitalismo monopolista y su guerra como evolución necesaria y manifestación de esta tendencia a una concentración cada vez mayor, camino del monopolio absoluto, van resultando más claras las diferenciaciones de la sociedad respecto de dicha guerra. Queda patente que imaginarse —a la Kautsky— que algunas fracciones de la burguesía, "no interesadas" directamente en el imperialismo, o incluso "desbordadas" por él, pueden ser movilizadas en contra suya, no es sino una ingenua ilusión. La evolución monopolista arrastra consigo a toda la burguesía, y, es más, no sólo encuentra apoyo en la pequeña burguesía —tan vacilante de por sí— sino también en algunas fracciones del proletariado (aunque este apoyo sólo sea, por supuesto, pasajero). Sin embargo, y a diferencia de lo que opinan los escépticos profesionales, no es cierto que el proletariado revolucionario acabe reducido por su inexorable oposición al imperialismo a una posición de aislamiento. La evolución de la sociedad capitalista es siempre contradictoria. El capitalismo monopolista crea, por primera vez en la historia, una economía mundial en el auténtico sentido de la palabra; su guerra, la guerra

imperialista, es por eso la primera guerra mundial en el significado más riguroso del término. Lo cual significa, sobre todo, que por primera vez en la historia los oprimidos y explotados por el capitalismo han dejado de estar solos en su lucha aislada contra sus opresores, en la medida en que son arrastrados en su existencia entera al torbellino de la guerra mundial. La política colonialista llevada a cabo por el capitalismo no se limita a explotar a los pueblos coloniales con el saqueo de sus riquezas, como hacía en los primeros tiempos de la evolución del capitalismo; ahora **transforma al mismo tiempo su estructura social, la vuelve capitalista.** Lo cual ocurre, por supuesto, con vistas a conseguir una explotación más intensa de los mismos (exportación de capitales, etc.), dando lugar, sin embargo, en los países coloniales —contrariamente, desde luego, a las intenciones del capitalismo— al comienzo de una evolución burguesa propia, cuya necesaria consecuencia ideológica no es otra que **el estallido de un movimiento combativo a favor de la autonomía nacional.** Todo lo cual aún resulta acentuado por la íntegra movilización de las reservas humanas disponibles a que la guerra imperialista obliga a los países imperialistas, arrastrando de este modo activamente a los pueblos coloniales a la lucha y llegando incluso a favorecer parcialmente una rápida industrialización de los mismos; de este modo el proceso es acelerado tanto en el plano ideológico como en el económico.

La situación de los pueblos coloniales no es, sin embargo, sino un caso extremo de la relación existente entre el capitalismo monopolista y sus explotados. La transición histórica de una época a otra jamás acontece mecánicamente; es decir, jamás ocurre

que un modo de producción irrumpa y comience a resultar históricamente efectivo únicamente cuando el anterior, al que viene a superar, haya cumplido ya plenamente su misión conformadora de la sociedad. Los modos de producción que van superándose entre sí y las formas y estratificaciones sociales a ellos correspondientes irrumpen más bien en la historia entrecruzándose y operando unos frente a otros. De ahí que ciertas evoluciones que abstractamente consideradas se parecen (por ejemplo, la transición del feudalismo al capitalismo), tengan —a consecuencia de lo diferente del contexto histórico en el que discurren— un significado y una función completamente distintos, así como una relación totalmente heterogénea respecto de la totalidad histórica social.

El capitalismo ascendente vino a favorecer la cristalización de las nacionalidades. A partir de la gran fragmentación medieval fue transformando las partes de mayor evolución capitalista de Europa en grandes naciones —al cabo de toda una serie de intensas luchas revolucionarias—. Las luchas por la unidad de Italia y Alemania fueron las últimas de estas luchas revolucionarias —objetivamente consideradas—. El hecho, no obstante, de que el capitalismo haya evolucionado en estos estados hasta convertirse en un capitalismo monopolista de carácter imperialista, y que incluso en algunos países atrasados (como Rusia o Japón) comenzara a adoptar estas mismas formas, no implica en absoluto que haya perdido su facultad de impulsar otras nacionalidades en el resto del mundo. Todo lo contrario. **La creciente evolución capitalista impulsó movimientos nacionales en todos los pueblos de Europa que hasta la fecha "habían carecido de historia".** Sólo que las "luchas por la liberación nacional"

de estos países no han podido ya discurrir como luchas contra el feudalismo o el absolutismo feudal —lo que les hubiera convertido en indiscutiblemente progresistas— sino que, por el **contrario, han de ser consideradas en el marco de la rivalidad imperialista de las grandes potencias mundiales.** De ahí que su significado histórico y la valoración del mismo dependan de la función concreta que en esta totalidad concreta les corresponda.

Marx fue perfectamente consciente de la importancia de este problema. En su época, era un problema esencialmente inglés: el de la relación anglo-irlandesa. Y Marx subrayó con la mayor energía que "independientemente de toda justicia internacional, transformar la actual unidad forzosa —es decir, la esclavitud de Irlanda— en una alianza libre y en condiciones de igualdad, si es posible, o en una separación total, si es necesario, constituye la condición previa de la emancipación de la clase obrera inglesa". Marx vio claramente que la explotación de Irlanda representaba, por una parte, un puntal decisivo del capitalismo inglés, capitalismo que ya entonces —aunque fuera el único en ello— poseía un indudable carácter monopolista, y, por otra, que la confusa toma de posición de la clase obrera inglesa daba lugar a una división entre los oprimidos, a una lucha entre unos explotados contra otros, en lugar de cristalizar en una lucha común contra los explotadores comunes; de manera, pues, que sólo la lucha por la liberación nacional de Irlanda podía coadyuvar a la creación de un frente verdaderamente eficaz en la lucha del proletariado inglés contra la burguesía inglesa.

Dentro del movimiento inglés de la época fue desatendida esta visión marxista, que tampoco pudo imponerse eficazmente en la teoría y la praxis de la Segunda Internacional. También en este caso iba a ser Lenin quien vivificara de nuevo esta teoría, pero con una vida mucho más activa y concreta de la que pudo tener Marx. Porque de tener una simple actualidad en el panorama mundial ha pasado a ser el problema central del momento, de tal modo que Lenin no se ocupa ya de él por la vía teórica, sino de manera puramente práctica. Porque todo el mundo ha de ver claramente en este contexto que el inmenso problema que se alza ante nosotros —la sublevación de todos los oprimidos a escala mundial, ya no sólo la sublevación de los obreros— **es el mismo problema que Lenin situó desde un principio enérgicamente en el propio núcleo del problema agrario ruso, contra los populistas, marxistas legales, economicistas,** etc. En todos estos casos se trata de lo que Rosa Luxemburgo ha llamado el mercado "exterior" del capitalismo, concepto con el que se alude al mercado no capitalista, tanto si está situado dentro como si está situado fuera de las fronteras políticas. El capitalismo en expansión no puede subsistir sin él, pero, por otra parte, en lo concerniente a este mercado, su función social no es otra que destruir su estructura social originaria, convirtiéndolo al capitalismo, trasformándolo en un mercado —capitalista— "interior", aunque sea esto mismo lo que ha de acabar posibilitando sus aspiraciones de autonomía, etc. Se trata, pues, de una relación dialéctica. Sólo que Rosa Luxemburgo no llegó a encontrar, a partir de esta justa y grandiosa perspectiva histórica, el camino que podía llevar a la solución concreta de los problemas concretos de la guerra mundial. Todo esto no pasó de ser, para ella, una perspectiva histórica, la caracterización magnífica y

grandiosa de toda la época, pero sólo de la época considerada en su aspecto más general. Fue Lenin quien dio el paso de la teoría a la praxis. Un paso que, no obstante —y esto no hay que olvidarlo nunca— implica al mismo tiempo **un progreso teórico** en la medida en que es un paso de lo abstracto a lo concreto.

Esta conversión a lo concreto a partir de la justa apreciación abstracta de la realidad histórica actual, a partir de la evidenciación del general carácter revolucionario del período imperialista en bloque, se agudiza al máximo en el problema del carácter específico de esta revolución. Una de las mayores hazañas teóricas de Marx fue la exacta diferenciación que introdujo entre revolución burguesa y revolución proletaria. Una diferenciación de especial importancia práctica y táctica dado el inmaduro ilusionismo de sus contemporáneos, y que venía, además, a ofrecer el único método apropiado para captar netamente los elementos verdaderamente nuevos y verdaderamente proletarios del movimiento revolucionario de la época. **En el marxismo vulgar, sin embargo, esta diferenciación acabó convirtiéndose en una rígida separación mecanicista.** Separación en la que los oportunistas se han basado para generalizar esquemáticamente el hecho de que toda revolución de la época moderna, como indica cualquier observación empírica adecuada, haya comenzado por ser una revolución burguesa, por mucho que esté penetrada de acciones, reivindicaciones, etc., proletarias. En todos estos casos la revolución es, pues, para los oportunistas, una revolución meramente burguesa. Y el deber del proletariado no es otro que apoyar esta revolución. Como consecuencia de esta separación entre revolución burguesa y revolución proletaria **el proletariado ha de renunciar, pues, a sus propios objetivos revolucionarios de clase.**

La concepción ultra-izquierdista, sin embargo, que vislumbra claramente el sofisma mecanicista de esta teoría y es perfectamente consciente del carácter revolucionario-proletario de nuestra época, cae a su vez en otra interpretación mecanicista no menos peligrosa. De la conciencia de que el papel revolucionario histórico-universal de la burguesía en la era imperialista toca ya a su fin, saca la conclusión —basándose asimismo en una separación mecanicista entre revolución burguesa y proletaria— de que **hemos entrado en época de la revolución proletaria pura.** Este punto de vista tiene la peligrosa consecuencia práctica de pasar por alto, desdeñar e incluso rechazar todos los movimientos de efervescencia y descomposición que surgen necesariamente en la era imperialista (el problema agrario, el colonial, el de las nacionalidades) y que **son objetivamente revolucionarios en relación con la revolución proletaria**; de este modo, estos teóricos de la revolución proletaria pura renuncian voluntariamente a los más auténticos e importantes aliados del proletariado; desprecian ese contexto revolucionario, que da perspectivas concretas a la revolución proletaria, y esperan, en un espacio abstracto —pensando que así ayudan a prepararla— una revolución proletaria "pura". "El que espera una revolución social pura —dice Lenin— jamás llegará a vivirla, y no pasa de ser un revolucionario verbal que no entiende la verdadera revolución."

Porque la verdadera revolución es la transformación dialéctica de la revolución burguesa en proletaria. El hecho histórico innegable de que la clase que en otro tiempo fue cabeza o beneficiaria de las grandes revoluciones burguesas se haya convertido ya en

una clase objetivamente contra-revolucionaria, no significa en modo alguno que los problemas objetivos, en torno a los que giraron dichas revoluciones, estén ya resueltos en el plano social y que las capas de la sociedad vitalmente interesadas en una solución revolucionaria estén ya satisfechas. Todo lo contrario. El giro contrarrevolucionario de la burguesía no implica únicamente su hostilidad hacia el proletariado, sino el desvío, también, respecto de sus propias tradiciones revolucionarias. **Abandona al proletariado la herencia de su propio pasado revolucionario.** Con lo que el proletariado se convierte en la única clase que está en disposición de llevar consecuentemente a término la revolución burguesa. Es decir que, por una parte, las reivindicaciones de la revolución burguesa —que aún no han perdido su actualidad— únicamente pueden culminar en el marco de una revolución proletaria, en tanto que, por otra, la realización consecuente de estas reivindicaciones de la revolución burguesa conduce necesariamente a la revolución proletaria. La revolución equivale hoy a la culminación y superación de la revolución burguesa.

El exacto conocimiento de esta situación abre una perspectiva inmensa a las oportunidades y posibilidades de la revolución proletaria. Pero esto impone al mismo tiempo esfuerzos enormes al proletariado revolucionario y a su partido dirigente. Porque para llevar a buen término esta transición dialéctica, el proletariado no ha de limitarse a poseer un adecuado conocimiento del contexto justo, sino que ha de ser al mismo tiempo capaz de superar en el terreno práctico todas sus inclinaciones pequeño-burguesas, hábitos del pensamiento, etc., que le han entorpecido la visión clara de todas estas interrelaciones. (Por ejemplo, los prejuicios nacionales.) En consecuencia, el proletariado se ve obligado a **superarse a sí mismo, convirtiéndose en líder de todos los oprimidos.** En primer lugar, la lucha de los pueblos oprimidos por su independencia nacional es una gran obra de autoeducación revolucionaria, tanto para el proletariado del pueblo opresor, que así supera paralelamente a esta conquista de la plena autonomía nacional, su propio nacionalismo, como para el proletariado del pueblo oprimido que, fiel a las consignas del federalismo, supera una vez más su nacionalismo a beneficio de la solidaridad proletaria internacional. Porque, como dice Lenin, "el proletariado lucha por el socialismo y contra sus propias debilidades". La lucha por la revolución, la utilización de las posibilidades objetivas de la situación mundial y la lucha interior por la propia madurez de la concien ia d clase revolucionaria son momentos indisolubles de un único proceso dialéctico.

La guerra imperialista procura, pues, aliados por todas partes al proletariado, **cuando lucha revolucionariamente contra la burguesía.** Ahora bien, si el proletariado no toma conciencia de su situación y de los deberes inherentes a la misma, dicha guerra le obliga —a remolque de la burguesía— a un terrible autoaniquilamiento. La guerra imperialista crea una situación en el mundo en la que el proletariado puede ponerse verdaderamente a la cabeza de todos los oprimidos y explotados, en la que la lucha por su liberación puede llegar a convertirse en guía y señal para la liberación de todos los esclavizados por el capitalismo. Y sin embargo, puede convertirse al mismo tiempo en una situación mundial en la que millones y millones de proletarios se ven obligados a matarse

unos a otros con la crueldad más refinada para favorecer y consolidar la posición monopolista de sus explotadores. Cuál de ambos destinos le toque en suerte al proletariado **depende de la visión que tenga de su papel histórico, de su conciencia de clase.** Porque "los hombres hacen su propia historia". Y no, por cierto, "en circunstancias elegidas por ellos, sino en las que encuentran inmediatamente dadas y que les han sido legadas". No se trata, pues, de que el proletariado tenga que elegir entre combatir o no, sino de que elija **a favor de qué intereses** tiene que luchar, los suyos propios o los de la burguesía. El problema que plantea la situación histórica del proletariado no es el de **una elección entre la guerra y la paz, sino el de una elección entre guerra imperialista y guerra contra esta guerra, o sea, guerra civil.**

La necesidad de la guerra civil como defensa del proletariado contra la guerra imperialista emana, como todas las formas de lucha del proletariado, de las condiciones de lucha que la evolución de la producción capitalista y de la sociedad burguesa imponen al proletariado. La actividad del partido, la importancia de la adecuada previsión teórica, únicamente alcanza a conferir al proletariado esa fuerza de resistencia o de ataque que en una situación dada posee ya objetivamente en virtud de su posición de clase, pero que dada su inmadurez en el plano de la teoría y en el de la organización no eleva a la altura de lo objetivamente posible. De ahí que aún con anterioridad a la guerra imperialista surgiera la huelga de masas como reacción espontánea del proletariado contra la fase imperialista del capitalismo, y este hecho coherente. que la derecha y el centro de la Segunda Internacional intentaron disimular por todos los medios, ha ido convirtiéndose progresivamente en uno de los pilares teóricos del ala radical.

También en este caso fue Lenin el primero en reconocer, muy pronto, ya en 1905, que la huelga general no era suficiente como arma en la lucha decisiva. Al dar a la fracasada insurrección de Moscú el calificativo de etapa decisiva, pretendiendo fijar así sus experiencias concretas frente a Plejánov, que sostenía que "no se debía haber ido a las armas", Lenin **estaba fundando teóricamente la táctica proletaria necesaria en la guerra mundial.** Porque la fase imperialista del capitalismo y, sobre todo, su culminación en la guerra mundial indican que el capitalismo ha entrado en una situación en la que ha de decidir entre su supervivencia o su desaparición. Y con su agudo instinto de clase habituado a gobernar, consciente de que paralelamente al crecimiento de su ámbito de influencia al desarrollo de su aparato estatal está disminuyendo la base social real de su dominio, se esfuerza con toda la energía de que es capaz tanto por ampliar esta base (arrastrando a ella a las capas medias, corrompiendo a la aristocracia obrera, etc.), como por aplastar definitivamente a sus enemigos mortales, antes de que éstos estén en condiciones de ofrecerle una autentica resistencia. De ahí que sea la burguesía la que "liquida" en todas partes las formas "pacíficas" de lucha de clases, formas en cuyo temporal, aunque problemático, funcionamiento, descansaba íntegramente la teoría del revisionismo, prefiriendo medios de lucha más enérgicos.. (Piénsese en América.) Se va apoderando cada vez con más energía del aparato estatal, identificándose hasta tal punto con él, que incluso las reivindicaciones de apariencia estrictamente económica de la clase obrera chocan cada vez más

intensamente contra esa pared, de tal modo que los obreros se ven obligados a luchar contra el poder estatal (es decir, por el poder estatal, aunque no sean conscientes de ello) si quieren frenar el deterioro de su situación económica y la pérdida de las posiciones ganadas. En virtud de esta evolución, el proletariado se ve obligado a acudir a la táctica de las huelgas generales, con lo que el oportunismo, ante su temor a la revolución, se siente inclinado a abandonar lo ya conseguido en lugar de extraer las consecuencias revolucionarias de la acción. La huelga general, sin embargo, es esencialmente, un medio revolucionario. Toda huelga de masas crea una situación revolucionaria de la que la burguesía, ayudada por el aparato estatal, extrae, hasta donde le resulta posible, las consecuencias que le convienen. Frente a estos medios, sin embargo, el proletariado es impotente. Incluso el arma de la huelga general le fracasa, si frente a la toma de armas de la burguesía **no acude él mismo a las armas.** Lo cual le impone el esfuerzo de armarse, de desorganizar el ejército de la burguesía —compuesto por una mayoría de obreros y campesinos—, de volver contra la burguesía sus propias armas. (La revolución de 1905 muestra numerosos ejemplos de un penetrante instinto de clase, un instinto que, sin embargo, en este punto no pasa de ser eso: un instinto.)

La guerra imperialista extrema esta situación al máximo. La burguesía pone al proletariado ante la alternativa de matar a sus camaradas de clase de otros países obedeciendo a sus intereses monopolistas, o morir por estos intereses, o derrocar al poder de la burguesía por la fuerza de las armas. Los restantes medios de lucha contra esta violencia extrema resultan impotentes, ya que están condenados a estrellarse

sin remedio contra el aparato militar de los estados imperialistas. De manera, pues, que si el proletariado quiere evadirse de esta extrema violencia, debe asumir él mismo el combate contra dicho aparato militar: destruirlo desde dentro y dirigir contra la propia burguesía las armas que la burguesía imperialista se ve obligada a dar al pueblo, utilizándolas así para acabar con el imperialismo.

Nada hay aquí de extraordinario —en el plano teórico—. Todo lo contrario. El núcleo de la situación radica en las relaciones de clase entre burguesía y proletariado. La guerra no es, según la definición de Clausewitz, sino la prolongación de la política; y lo es, efectivamente, **en todos los sentidos.** O sea, que la guerra no sólo significa, respecto de la política exterior de un estado, la más extrema y activa prosecución y culminación de la línea mantenida por el país en "tiempos de paz", sino que viene a exacerbar también al máximo, en el contexto de las diferencias clasistas internas de una nación (o del mundo), todas aquellas tendencias que en "tiempos de paz" se manifestaban activamente en el seno de la sociedad. De manera, pues, que la guerra no crea ninguna situación absolutamente nueva, ni respecto de un país ni de una clase en el interior de una nación. Su novedad radica en la transformación cualitativa de todos los problemas, cuantitativamente intensificados de manera excepcional, a que da lugar, provocando así —y sólo así— una nueva situación.

Considerada desde el ángulo socio-económico, la guerra no es, pues, sino una etapa de la evolución imperialista del capitalismo. De ahí que también sea necesariamente una etapa en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. La importancia de

la teoría leninista del imperialismo radica en el hecho de haber sido Lenin el primero en establecer, de manera teóricamente consecuente, un nexo entre la guerra mundial y la evolución general, probándolo claramente a la luz de los problemas concretos de la guerra misma. Ahora bien, como el materialismo histórico es la teoría de la lucha proletaria de clases, el establecimiento de este nexo hubiera quedado incompleto si **la teoría del imperialismo no hubiera sido al mismo tiempo una teoría de las corrientes del movimiento obrero en la era imperialista.** Por lo tanto, no bastaba con vislumbrar claramente la forma en que el proletariado debía actuar de acuerdo con sus intereses de clase en la nueva situación internacional, creada por la guerra, sino que se tenía que hacer ver al mismo tiempo cuáles eran los fundamentos teóricos de las otras tomas "proletarias" de posición frente al imperialismo y a su guerra, así como los sectores del proletariado que se adherían a estas teorías, convirtiéndolas así en corrientes políticas.

Se trataba, ante todo, de probar que estas corrientes existían en realidad como tales. Probar que la toma de posición de la socialdemocracia ante la guerra no había sido fruto de un extravío momentáneo, ni de cobardía, etc., sino la lógica consecuencia de su evolución anterior. Es decir, que **esta toma de posición tenía que ser comprendida en el contexto general de la historia del movimiento obrero,** que debía, en fin, ser analizada en relación con las antiguas "divergencias de opinión" que operaban en la socialdemocracia (revisionismo, etc.). Este punto de vista, que a la luz del método marxista debería ser de todo punto evidente (piénsese en el enjuiciamiento de las corrientes contemporáneas del **Manifiesto Comunista**) no pudo ser fácilmente aceptado por el ala revolucionaria del movimiento obrero. Ni siquiera el grupo de **La Internacional,** el grupo de Franz Mehring y Rosa Luxemburgo, estaba en condiciones de reelaborar mentalmente a fondo este punto de vista metodológico, y luego aplicarlo. Es evidente, sin embargo, que toda condena del oportunismo y de su toma de posición ante la guerra que no lo conciba como una corriente —históricamente detectable— del movimiento obrero, valorando su actualidad como el fruto orgánicamente maduro de todo su pasado, es incapaz de elevarse a la más elemental altura de una discusión realmente marxista, y es incapaz también de extraer de dicha condena sus concretas consecuencias prácticas, necesarias en el momento de la acción, así como también tácticas, aplicables al terreno de la organización.

Para Lenin, y una vez más sólo para Lenin, estaba claro desde el estallido de la guerra mundial que la actitud de Scheidemann, Plejánov, Vandervelde, etcétera, ante la guerra, **no era sino la lógica aplicación de los principios del revisionismo a la situación actual.**

Pero, ¿cuál es —en suma— la esencia del revisionismo? En primer lugar, intenta superar esa "unilateralidad" del materialismo dialéctico, en virtud de la cual éste considera la totalidad de los fenómenos del acontecer histórico-social **exclusivamente** desde el punto de vista de clase del proletariado. Su punto de vista, por el contrario, es el de los intereses de la "sociedad entera". Pero como estos intereses globales —concretamente considerados— no existen en absoluto y como lo que podría parecer tal cosa no pasa de ser el resultado momentáneo de la interacción de las diferentes fuerzas clasistas que luchan entre sí, el re-

visionista concibe **el resultado siempre cambiante del proceso histórico como un punto de partida metodológico invariable.** Con lo cual invierte también las cosas en el plano teórico. Prácticamente considerado, el revisionismo es —dado su punto de partida teórico— un compromiso constante y necesario. El revisionismo siempre es ecléctico; es decir, intenta suavizar —ya en el propio plano de la teoría— los conflictos entre las clases, neutralizándolos entre sí, con el fin de convertir su unidad —unidad que anda cabeza abajo y que, en realidad, sólo existe en su cabeza— en el criterio para enjuiciar los acontecimientos.

He aquí por qué el revisionista rechaza —en segundo lugar— la **dialéctica.** Porque la dialéctica no es otra cosa que la expresión conceptual de la evolución de la sociedad, una evolución que tiene lugar, en realidad, a fuerza de contradicciones, contradicciones (entre las clases, así como la esencia antagónica de su ser económico, etc.) que constituyen el núcleo y fundamento de todo acontecer, de tal modo que una "unidad" de la sociedad, en tanto ésta descanse sobre una estratificación clasista, no puede ser sino un concepto abstracto, el resultado —pasajero— de la interacción de estas contradicciones. Y como la dialéctica —en cuanto método— no es más que la formulación teórica del hecho de que la sociedad avanza a través de una serie de contradicciones, pasando de un contrario a otro, es decir, **revolucionariamente,** el rechazo teórico de la dialéctica implica necesariamente la ruptura total con cualquier posible comportamiento revolucionario.

En la medida en que los revisionistas —en tercer lugar— se niegan a reconocer la realidad de la dialéctica como movimiento de contrarios que da siempre

lugar a algo **nuevo,** como algo realmente existente, se ven privados en su pensamiento de la dimensión histórica, de lo concreto, de lo nuevo. La realidad que experimentan está subordinada a unas "eternas leyes de bronce" que actúan de manera esquemática y mecanicista, y que —de acuerdo con su esencia— producen siempre lo **mismo,** y a las que el hombre está sometido, por una especie de fatalidad, como a las propias leyes de la naturaleza. De manera, pues, que basta con conocer estas leyes de una vez por todas para saber cómo habrá de ir evolucionando el destino del proletariado. Suponer que pueden presentarse situaciones nuevas, no sometidas a estas leyes, o situaciones cuya resolución dependa de la decisión del proletariado, es, para los revisionistas, muy poco científico. (La supervaloración de las grandes individualidades, de la ética, etc., no es sino el complemento necesario de semejante concepción.)

Estas leyes son, sin embargo —en cuarto lugar—, **las leyes de la evolución capitalista,** y subrayar su validez intemporal y suprahistórica implica que para el revisionista la sociedad capitalista es, como para la burguesía misma, **la** realidad, es decir, una realidad inmutable en lo esencial. El revisionista no considera ya a la sociedad burguesa como algo surgido históricamente y, en consecuencia, condenado a perecer históricamente, ni a la ciencia como el medio idóneo para determinar el momento de esta decadencia y trabajar para acelerarlo, sino —en el mejor de los casos— como un medio para mejorar la posición del proletariado **dentro de la sociedad burguesa.** Todo pensamiento que vaya prácticamente más allá del horizonte de la sociedad burguesa es, para el revisionismo, una ilusión, una utopía.

De ahí que —en quinto lugar— adopte una posición política "realista". **Sacrifica en todo momento los verdaderos intereses de la clase obrera en su totalidad,** cuya consecuente defensa califica de utópica, **a los intereses inmediatos de determinados grupos.** Es evidente —incluso a la luz de estas breves reflexiones— que el revisionismo puede llegar a convertirse en una verdadera corriente del movimiento obrero únicamente porque la nueva evolución del capitalismo permite mejorar económicamente a ciertas capas obreras —aunque sólo sea pasajeramente—. Y también porque la estructura organizativa de los partidos obreros asegura a estas capas y a sus representantes intelectuales una influencia superior a la que pueden ejercer amplias masas revolucionarias —aunque no lo sean sino de manera confusa e instintiva— del proletariado.

Todas las corrientes oportunistas comparten un mismo denominador: no considerar jamás los acontecimientos desde el punto de vista de clase del proletariado, cayendo así en una "Realpolitik" ("política realista") ecléctica, ahistórica y no dialéctica; esto es lo que unifica sus diferentes concepciones de la guerra y las presenta, sin excepción, como necesaria consecuencia del revisionismo anterior. La incondicional sumisión del ala derecha respecto de las potencias imperialistas de su "propio" país es la consecuencia orgánica de una concepción según la cual la burguesía —no sin ciertas reservas, en principio— es la clase rectora de la evolución histórica y el proletariado debe apoyarla en su "papel progresista". Y cuando Kautsky califica a la Internacional de simple instrumento para la paz, inutilizable a efectos bélicos, no dice en realidad cosa muy distinta de lo que decía el

menchevique ruso Tscherewanin al estallar en lamentos a raíz de la primera revolución rusa: "En plena llama revolucionaria, sin embargo, cuando los objetivos revolucionarios parecen al alcance de la mano, qué difícil resulta esbozar la vía de una táctica menchevique razonable", etc.

El oportunismo se diferencia **en razón de las capas de la burguesía** en las que intenta apoyarse y detrás de las que procura arrastrar al proletariado. Puede ser, como en el caso del ala derecha, la industria pesada y la gran banca. En cuyo caso el imperialismo es aceptado sin condiciones como algo verdaderamente necesario. El proletariado debe satisfacer sus intereses en la guerra imperialista, en la grandeza y en la victoria de la nación "propia". O puede buscarse también una alianza con aquellos sectores de la burguesía que se ven, sin duda, forzados a participar en la evolución, pero que se sienten relegados a un segundo plano, que se someten prácticamente al imperialismo (y tienen, desde luego, que someterse a él) pero que de todos modos reniegan de su servidumbre y "desean" que las cosas vayan por otro camino; que, en consecuencia, aspiran a una pronta paz, al librecambio, al retorno a una situación "normal", etc. Sin que, evidentemente, sean capaces de oponerse nunca de manera activa al imperialismo. Por el contrario, se limitan a combatir —inútilmente— para recibir también su parte del botín imperialista (ciertos sectores de la industria ligera, la pequeña burguesía, etc.). Desde este ángulo el imperialismo parece algo "casual"; se procura llegar a una solución pacifista, a una neutralización de las contradicciones. Y el proletariado —al que el centro quiere subordinar a estas capas— debe abstenerse también de luchar activamen-

te contra la guerra. (Y no luchar equivale, en realidad, a intervenir prácticamente en la guerra.) Debe contentarse simplemente con proclamar la necesidad de una paz "justa", etc.

La Internacional es la expresión, en el plano de la organización, de la comunidad de intereses de todo el proletariado mundial. Desde el momento en que se acepta como teóricamente posible la lucha de obreros contra obreros a beneficio de la burguesía, la Internacional ha dejado prácticamente de existir. Y desde el momento en que se impone la evidencia de que esta lucha sangrienta de obreros contra obreros a beneficio de las potencias imperialistas rivales no es sino la necesaria consecuencia de la línea anteriormente mantenida por los elementos determinantes de la Internacional, no es posible hablar ya de enderezarla nuevamente por el camino justo ni de reorganizarla. Tomar nota de la existencia del oportunismo como corriente equivale a denunciar que **el oportunismo es el enemigo de clase del proletariado en su propio campo.** De manera, pues, que la eliminación de los oportunistas del movimiento obrero es la condición previa e indispensable para toda lucha victoriosa del proletariado contra la burguesía. Para preparar la revolución proletaria es, pues, absolutamente necesario que los obreros se liberen de esta influencia catastrófica, tanto en el ámbito intelectual como en el de la estructura organizativa. Y como esta lucha es, precisamente, la lucha de la totalidad de esta clase contra la burguesía mundial, de esta lucha contra el oportunismo como corriente se desprende una consecuencia necesaria: crear una nueva Internacional proletaria y revolucionaria.

El hundimiento de la vieja Internacional en la ciénaga del oportunismo ha sido la consecuencia de una época cuyo carácter revolucionario no resultaba inmediatamente visible. Su desmoronamiento y la necesidad de una nueva Internacional es un síntoma de lo inexorable del comienzo de un período de guerras civiles. Lo que no significa en modo alguno, que haya de lucharse a diario a partir de este momento en las barricadas. Significa, antes bien, que esta necesidad **puede** presentarse en cualquier momento; es decir, que la historia ha puesto la guerra civil a la orden del día. Y un partido del proletariado y, en general, una Internacional no pueden ser eficaces si no reconocen claramente esta necesidad y se deciden a preparar para ella y sus consecuencias al proletariado tanto en lo material, como en lo teórico y en el plano de la organización.

Dicha preparación debe partir de la comprensión del carácter de la época. Tan sólo cuando la clase obrera se haya percatado de que la guerra mundial es la consecuencia necesaria de la evolución imperialista del capitalismo y vea claramente que **la guerra civil es la única defensa** con que cuenta para no ser progresivamente aniquilada al servicio del capitalismo, podrá comenzar la preparación material y organizativa de dicha defensa. Y sólo cuando esta defensa sea realmente efectiva, se convertirá el sordo rumor de todos los oprimidos en una alianza con el proletariado que lucha por liberarse. De manera, pues, que el proletariado ha de comenzar por poseer una rigurosa conciencia de clase, materializada ante él de manera absolutamente visible, para convertirse con su ayuda en la cabeza y guía de la verdadera lucha de liberación, de la auténtica revolución mundial. La Internacional, que ha surgido de esta lucha y ha sur-

gido para esta misma lucha es, en consecuencia, la unificación —perfectamente clara en el terreno de la teoría y decididamente apta para la lucha— de los elementos verdaderamente revolucionarios de la clase obrera; pero al mismo tiempo es el órgano y el núcleo de la lucha de todos los oprimidos del mundo por su liberación. **Es el partido bolchevique; la concepción leninista del partido a escala mundial.** De idéntica manera a como la guerra mundial demostró en el macrocosmos de una gigantesca destrucción a escala mundial los poderes del capitalismo en decadencia y las posibilidades de lucha contra él, así Lenin vislumbró claramente en el microcosmos del incipiente capitalismo ruso las posibilidades de la revolución rusa.

Notas

[1] En los años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial la Segunda Internacional —fundada en 1889, en el centenario de la Revolución Francesa— se ocupó preferentemente del peligro cada vez más perceptible de una conflagración bélica entre las grandes potencias imperialistas. En 1907 —dos años después de la derrota de la primera revolución rusa— se celebró en Stuttgart un importante congreso de la Internacional en el que se discutieron problemas tan importantes para la lucha obrera como el del empleo de la huelga general como arma política (reclamado por los sectores más izquierdistas de la social-democracia alemana) y, sobre todo, el de la inminente guerra imperialista. Los socialistas tenían que elegir entre dos alternativas: o se entregaban a la defensa de sus países, en el caso de que éstos fueran atacados, subordinando a esta defensa su oposición a los gobiernos, o se sentían relevados de toda obligación de este tipo como consecuencia de su declarada hostilidad a los estados capitalistas. Tenían también que pronunciarse acerca del colonialismo en cualquiera de sus formas, adhiriéndose a las empresas colonialistas del momento o condenándolas tajantemente. El congreso se encontró ante cuatro propuestas no excesivamente diferentes entre sí, aunque tampoco plenamente coincidentes. La más radical (la de Gustave Hervé) era una invitación a los obreros de todos los países a rechazar todo tipo de "patriotismo burgués y gubernamental que mentirosamente sostiene la existencia de una comunidad de intereses entre todos los habitantes de un país". La propuesta de Jules Guesde, a su vez, se manifestaba contra toda posible campaña antimilitarista que pudiera distraer a la clase obrera de su objetivo

principal (la toma de poder político y la socialización de la propiedad de los medios de producción), con lo que realmente no se definía demasiado.

En opinión de Vaillant y Jaurés los partidos socialistas debían proponerse el desarme militar de la burguesía con el fin de armar a la clase obrera, es decir, a todo el pueblo. Subrayaban, además, que el primer deber de los proletarios era la solidaridad internacional, de tal modo que su obligación no podía ser otra que impedir la guerra por todos los medios, desde los parlamentarios a la huelga general y la insurrección.

Bebel, por último, definía las guerras como producto típico del capitalismo imperialista y proponía la organización de un sistema democrático de defensa que hiciera imposible toda agresión. En el caso de que por fin estallara la guerra, los obreros estaban obligados a impedir que se extendiera.

En realidad, ninguna de las cuatro propuestas definía *claramente* la política concreta a seguir. Al final del debate, Rosa Luxemburgo, Lenin y Martov consiguieron imponer algunas enmiendas (presentadas a la propuesta de Bebel), consiguiendo que el congreso proclamase la necesidad de que la clase obrera impidiera la guerra por todos los medios a su alcance, "medios que naturalmente habrán de variar con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política en general". Ahora bien, si a pesar de todo estallaba la guerra, la clase obrera debía "intervenir a fin de ponerle término en seguida, aprovechando con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista".

En 1910 se reunió un nuevo congreso socialista internacional en Copenhague. En los tres años transcurridos, las grandes potencias imperialistas habían acelerado perceptiblemente su carrera de armamentos. Los problemas a discutir eran muchos —las relaciones entre los partidos y las cooperativas, el problema de los sindicatos, el del paro, el

de la legislación obrera y social, etc.— y, no obstante, el de la guerra seguía pareciendo el más importante. Se propuso la recomendación de la huelga general de trabajadores como medio especialmente eficaz contra la guerra (sobre todo en las industrias de armamentos, en los transportes, etc.). Pero esta enmienda no logró imponerse. La propuesta aprobada en el congreso de Copenhague ratificaba los acuerdos de Stuttgart, pero acababa recomendando que los socialistas impusieran su pacifismo por vía parlamentaria en sus países respectivos, votando contra los gastos militares y navales, etc.

El comienzo de la guerra de los Balcanes, a fines de 1912 —preludio de la mundial—, hizo que se celebrara un nuevo congreso de La Internacional en Basilea. Los acuerdos de Stuttgart y Copenhague contra la guerra fueron ratificados de nuevo con toda energía. Las declaraciones a favor de la paz fueron muy numerosas; pero el congreso no pasó de recomendar a los socialistas que continuaran su labor pacifista acudiendo a "todos los medios apropiados", teniendo en cuenta que "el temor que la clase gobernante tenía a la revolución proletaria había sido una garantía para la paz" (ya que, de momento, las grandes potencias no habían intervenido prácticamente en la conflagración balcánica).

Un mes antes de la celebración, en agosto de 1914, de un nuevo congreso de La Internacional socialista en Viena fue asesinado el heredero del trono de Austria, lo que, como todo el mundo sabe, precipitó los acontecimientos. Se acordó trasladar el congreso a París, pero se acabó por renunciar definitivamente a él. (N. del T.)

La esencia revolucionaria de una época resulta especialmente evidente en la superación, por parte de la lucha de clases y de partidos, del carácter de una lucha en el interior de una organización estatal determinada, con el consiguiente desbordamiento de sus fronteras y su difusión más allá de ellas. Por una parte parece una lucha por el poder estatal, por otra, sin embargo, el Estado mismo es convertido también en **contrincante.** No se lucha únicamente **contra** el Estado, sino que el Estado mismo se revela como un **arma de la lucha de clases,** como uno de los instrumentos esenciales para el mantenimiento de un dominio clasista.

Marx y Engels subrayaron repetidamente este carácter del Estado, analizándolo en su completa interrelación con la evolución histórica y la revolución proletaria. Marx y Engels dejaron sentados en términos claros e inequívocos los fundamentos de una teoría del Estado en el marco del materialismo histórico. Y este es, precisamente, el punto en que el oportunismo —consecuente consigo mismo— más se ha alejado de Marx y Engels. Porque en cualquier otro punto era posible presentar la "revisión" de determinadas teorías económicas de tal modo que su base misma siguiera concordando a pesar de todo con la esencia del método marxista (línea de Bernstein) o bien dar a las teorías económicas sustentadas de la manera más "ortodoxa" un giro mecanicista y fatalista, nada dialéctico y no revolucionario (línea de Kautsky). Pero la simple suscitación de problemas que Marx y Engels consideraban como cuestiones básicas de su teoría del Estado equivale ya a reconocer la actualidad de la revolución proletaria. El oportunismo de todas las tendencias dominantes en la Segunda Internacional se manifestaba de la manera más clara en su nulo planteamiento serio del problema del Estado; en este punto fundamental no hay ninguna diferencia entre Bernstein y Kautsky. Todos, sin excepción, se limitaron a aceptar el Estado de la sociedad burguesa. Y cuando lo criticaban, su único propósito era combatir algunas de las formas exteriores o manifestaciones estatales que podían perjudicar al proletariado. Se enfrentaban con el Estado desde el exclusivo punto de vista de unos intereses particulares e inmediatos, sin analizar ni valorar jamás su esencia desde el punto de vista global del proletariado. La falta de madurez revolucionaria del ala izquierda de la Segunda Internacional, así como su innegable confusionismo, provenían asimismo de su incapacidad para plantearse científicamente el problema del Estado. Llegaban a veces al problema de la revolución, al problema de la lucha contra el Estado, pero sin llegar a plantear el problema de manera concreta —aunque sólo fuera a un nivel puramente teórico— ni mucho menos dilucidar sus consecuencias concretas en la realidad histórica actual.

También en este punto ha sido Lenin el único en alcanzar nuevamente la altura teórica de la concepción marxista, la pureza de la toma de posición revolucionaria frente al problema del Estado. Y aún cuando su aporte no fuera más allá de esto, no por ello dejaría de ser una aportación teórica de máximo rango. Ahora bien, la recuperación leninista de la teoría marxista del Estado no debe ser en modo alguno considerada como una reconstrucción filológica de la teo-

ría originaria o una sistematización filosófica de sus principios más puros, sino como una realización concreta de la misma, como su concretización en lo práctico-actual (fiel en esto al típico proceder leninista). Lenin vislumbró y situó **el problema del día del proletariado combativo**. Con ello se lanzó —por no salirnos de esta cuestión— por el camino de la decisiva concretización del problema. Porque el enmascaramiento oportunista de la teoría del Estado del materialismo histórico —una teoría perfectamente clara— fue objetivamente posible por no haber sido planteada esta teoría, con anterioridad a Lenin, sino de manera harto general, como explicación histórica, económica, filosófica, etc., de la esencia del Estado. Marx y Engels aprehendieron, sin duda, de las manifestaciones revolucionarias concretas de su época el progreso real de la idea proletaria del Estado (comuna), y subrayaron, desde luego, los inconvenientes de las teorías erróneas del Estado para la gestión de la lucha proletaria de clases (**Crítica del programa de Gotha**). Sin embargo, ni siquiera sus discípulos más inmediatos, los mejores líderes de la época, comprendieron la profunda **relación** existente entre el problema del Estado y su inmediato trabajo cotidiano. Para ello resultaba imprescindible el genio teórico de Marx y de Engels, capaz de vislumbrar lo actual —en un sentido histórico-universal, sobre todo— de esta relación con las pequeñas luchas de cada día. El proletariado todavía estaba en peores condiciones, por supuesto, para vincular orgánicamente este problema medular a los problemas que de manera inmediata iban presentándosele en su lucha cotidiana. El problema adquiría cada vez más el acento de un "objetivo final" cuya decisión queda relegada al futuro.

Tan sólo gracias a Lenin fue convertido ese "futuro" —también en el ámbito de la teoría— en un presente. Ahora bien, únicamente en el momento en el que el problema del Estado acaba siendo situado en el centro mismo de la problemática actual le resulta al proletariado posible dejar de considerar de manera concreta al Estado capitalista como su entorno natural inamovible y único orden social posible en su presente existencia. Esta toma de posición frente al Estado burgués es el único camino por el que el proletariado accede a una auténtica **independización teórica** respecto del Estado, convirtiéndose así su actitud frente al mismo en una simple cuestión táctica. Es, sin duda, evidente que tanto la táctica de la legalidad a cualquier precio como el romanticismo de la ilegalidad a ultranza padecen soterradamente de la misma falta de independencia táctica respecto del Estado. El Estado burgués no es considerado como instrumento de la lucha de clases de la burguesía, con el que hay que contar como un factor de fuerza real, pero **tan sólo** como tal factor de fuerza; el respeto al mismo acaba convirtiéndose en **una simple cuestión de eficacia.**

De todos modos, el análisis leninista del Estado como arma de la lucha de clases concreta el problema todavía más acabadamente. No se limita a poner de relieve las inmediatas consecuencias prácticas (tácticas, ideológicas, etc.) del adecuado conocimiento histórico del Estado burgués, sino que consigue que los rasgos concretos del Estado proletario resulten evidentes en su orgánica vinculación con los restantes medios de lucha del proletariado. La tradicional división operativa del movimiento obrero (partido, sindicato, cooperativa) se revela hoy como insuficiente pa-

ra la lucha revolucionaria del proletariado. Resulta palpable la necesidad de crear órganos capaces de reunir al proletariado entero e incluso más allá de éste a todos los explotados de la sociedad capitalista (campesinos, soldados) en masas considerables, para así dirigir su lucha. Estos órganos, los sóviets, son, no obstante, esencialmente —incluso en el seno todavía de la sociedad burguesa— órganos del proletariado que se organiza en clase. Con lo que la revolución entra en el orden del día. Porque como dice Marx: "La organización de los elementos revolucionarios como clase presupone la existencia acabada de todas las fuerzas productivas que aún podrían desarrollarse en el seno de la vieja sociedad".

Esta organización global de la clase obrera tiene que emprender la lucha —quiéralo o no— contra el aparato estatal de la burguesía. No hay elección posible: o los consejos proletarios desorganizan el aparato estatal burgués, o éste corrompe a los consejos, reduciéndolos a una existencia meramente aparente, con lo que, en definitiva, los aniquila. Se crea una situación en la que o bien la burguesía consigue aplastar por vía contrarrevolucionaria los movimientos revolucionarios de masas, reestableciendo la situación "normal", el "orden", etc., o bien surge a partir de los consejos y de las organizaciones de lucha del proletariado su propia organización de dominio, su propio aparato estatal, un aparato que también es, a su vez, una organización de la lucha de clases. Los consejos obreros revelan ya en 1905, en sus formas iniciales y menos evolucionadas, etc., su carácter: son un **contra-gobierno.** En tanto que otros órganos de la lucha de clases pueden todavía adaptarse tácticamente a una época de dominio indiscutible de la burguesía, pudiendo realizar un trabajo revolucionario en semejantes circunstancias, a la esencia del consejo obrero pertenece el estar con el poder estatal de la burguesía en una relación de rivalidad, compitiendo con él como lo que es, es decir, un nuevo gobierno. De manera, pues, que cuando Martov reconoce a los consejos como órganos de lucha, negando paralelamente su condición de posible aparato estatal, no está haciendo en realidad otra cosa que alejar la revolución, la efectiva toma de poder del proletariado, de la teoría. Cuando algunos teóricos ultra-izquierdistas, por el contrario, convierten a los consejos obreros en una permanente organización de clase del proletariado, pretendiendo que sustituyan a los sindicatos y al partido, están evidenciando que son incapaces de comprender la diferencia existente entre situaciones revolucionarias y no revolucionarias, y que no ven claramente la función verdadera de los consejos obreros. No saben que el simple conocimiento de la concreta posibilidad de los consejos obreros desborda el marco de la sociedad burguesa, es una perspectiva de la revolución proletaria, de tal modo que el consejo obrero debe ser, en consecuencia, ininterrumpidamente difundido entre el proletariado, y el proletariado ininterrumpidamente preparado para esta tarea, y que su verdadera existencia —si no quiere reducirse a una farsa— equivale ya a una lucha inexorable por el poder estatal, es decir, a la guerra civil.

El consejo obrero como aparato estatal no es sino **el Estado como arma en la lucha de clases del proletariado.** La concepción no dialéctica y, en consecuencia, no revolucionaria de los oportunistas ha deducido de la lucha del proletariado contra el dominio clasista de la burguesía y de sus esfuerzos por acceder a

una sociedad sin clases que el proletariado, en cuanto adversario, como hemos dicho, del dominio clasista burgués, debe ser asimismo adversario de cualquier otro dominio de clase; y que, en consecuencia, sus propias formas de dominio no pueden llegar a ser en modo alguno órganos de dominio y de presión clasista. Este punto de vista es, abstractamente considerado, una utopía, ya que un dominio semejante del proletariado no puede, en realidad, producirse nunca. Ahora bien, analizado más concretamente y aplicado el presente se revela como **una capitulación ideológica ante la burguesía.** La más elaborada forma de dominio de la burguesía, es decir, la democracia, figura en esta concepción como una forma preparatoria, al menos, de la democracia proletaria; la mayor parte de las veces, sin embargo, como esta democracia misma, y en la que sólo hay que esforzarse —acudiendo a la agitación pacífica— porque la mayoría de la población sea ganada para los "ideales" de la social-democracia. El tránsito de la democracia burguesa a la proletaria no es, pues, necesariamente revolucionario. Lo único revolucionario es el tránsito de formas estatales retrógradas a la democracia; en determinadas ocasiones, una defensa revolucionaria de la democracia puede resultar necesaria en la lucha contra la reacción social. (Lo falso y contrarrevolucionario de esta mecánica separación de la revolución proletaria respecto de la burguesa se evidencia de manera práctica en el hecho de que la socialdemocracia jamás ha opuesto una resistencia seria a reacción fascista alguna, defendiendo revolucionariamente a la democracia.)

A la luz de esta concepción, no solamente es alejada la revolución de la evolución histórica y presentada —acudiendo a todo tipo de transiciones más o

menos inteligentemente perfiladas— como una "progresión" hacia el socialismo, sino que el **carácter clasista burgués de la democracia es ocultado al proletariado.** Y el factor del engaño radica en **la nula concepción dialéctica del concepto de mayoría.** En efecto, como el dominio de la clase obrera representa, por definición, los intereses de la inmensa mayoría de la población, en muchos obreros se desarrolla muy fácilmente la ilusión de que una democracia formal pura, en la que la voz de todos y cada uno de los ciudadanos cuenta lo mismo, puede ser el instrumento más adecuado para expresar y defender los intereses de todos. Pero en este razonamiento se olvida simplemente —¡simplemente!— el hecho insignificante de que los hombres no son individuos abstractos, átomos aislados de un todo estatal, sino hombres concretos sin excepción, hombres que ocupan un lugar determinado en la producción social y cuyo ser social (y, mediatamente, su pensamiento, etc.), viene determinado por esta posición. La democracia pura de la sociedad burguesa excluye esta mediación, vinculando inmediatamente el simple individuo abstracto con el todo del Estado —que en este contexto se presenta de manera no menos abstracta—. Ya simplemente por este carácter formal de la democracia pura **es pulverizada políticamente la sociedad burguesa.** Lo que no implica ninguna ventaja especial para la burguesía, sino sólo la condición inexcusable de su dominio de clase.

Porque por mucho que un dominio de clase se base en última instancia en la fuerza, no hay dominio de clase que pueda sostenerse a la larga exclusivamente por la violencia. Ya Talleyrand decía que "con las bayonetas es posible hacerlo todo, salvo sentarse so-

bre ellas". **Todo dominio de una minoría está organizado socialmente de tal manera que concentra a la clase dominante, preparándola para una acción unificada y coherente, en tanto que desorganiza y fragmenta a las clases oprimidas.** En el caso del dominio minoritario de la burguesía moderna hay que tener siempre presente que la gran mayoría de la población no pertenece a ninguna de las clases decisivas en la lucha de clases, ni al proletariado ni a la burguesía; y que, en consecuencia, a la democracia pura le corresponde la tarea social y clasista de salvaguardar a la burguesía en la dirección de estas capas intermedias. (A lo que, por supuesto, corresponde también la desorganización ideológica del proletariado. Cuanto más antigua es la democracia de un país, cuanto más puramente se ha desarrollado, tanto mayor es esta desorganización ideológica, como puede verse de la manera más clara en Inglaterra y Estados Unidos.) Es evidente, de todos modos, que una democracia política de este tipo no es suficiente para estos fines. No es sino la culminación política de un sistema social cuyos restantes elementos son: la separación ideológica entre la economía y la política, la creación de un aparato estatal burocrático, que motiva que a grandes sectores de la pequeña burguesía les interese moral y materialmente la solidez del Estado, el sistema de partidos burgueses, la prensa, la escuela, la religión, etcétera. Elementos que —dentro de una división más o menos consciente del trabajo— persiguen un mismo fin: evitar que surja entre las clases explotadas una ideología que exprese sus intereses específicos, vincular a los miembros de estas clases, en su condición de individuos aislados, es decir, como simples "ciudadanos", etc., a un Estado abstracto —situado por enci-

ma y más allá de las clases—, **desorganizar,** en fin, **estas clases como tales clases,** reduciendo a sus miembros a átomos fácilmente manejables por la burguesía.

La conciencia de que los consejos (consejos de obreros y de campesinos y de soldados) constituyen el poder estatal del proletariado no es sino **la tentativa, por parte del proletariado, de trabajar,** como clase rectora de la revolución, **contra este proceso de desorganización.** El proletariado debe empezar por constituirse a sí mismo como clase. Pero ha de organizar también paralelamente a los elementos más vitales de las capas intermedias, que se revuelven instintivamente contra el dominio de la burguesía, preparándolos para la acción. Al mismo tiempo, sin embargo, es preciso quebrantar la influencia material e ideológica de la burguesía sobre los restantes sectores de estas clases. Oportunistas más inteligentes, como, por ejemplo, Otto Bauer,[1] han percibido también que el sentido social de la dictadura del proletariado, de la dictadura de los consejos, radica esencialmente **en arrancar de modo radical a la burguesía la posibilidad de una dirección ideológica de estas clases, de los campesinos, sobre todo, asegurando este papel rector —durante el período de transición— para el proletariado.** Aplastar a la burguesía, destruir su aparato estatal, acabar con su prensa, etc., son necesidades vitales para la revolución proletaria, porque la burguesía, después de sus primeras derrotas en la lucha por el dominio del Estado, no renuncia en absoluto a la recuperación de su papel rector en lo económico y en lo político, y sigue siendo durante mucho tiempo —incluso en el contexto de una lucha de clases llevada a cabo en unas condiciones diferentes— la clase más poderosa.

El proletariado prosigue, pues, con la ayuda del sistema estatal de consejos (es decir, del sistema "soviético") la lucha que antes había llevado contra el poder estatal capitalista. Tiene que aniquilar económicamente a la burguesía, aislarla políticamente, someterla y acabar ideológicamente con ella. Y tiene, al mismo tiempo, que llegar a ser para todas las otras capas de la sociedad a las que el proletariado arranca de su servidumbre respecto de la burguesía, un guía en el camino de su libertad. Es decir, que no basta que el proletariado luche **objetivamente por los intereses** de los otros sectores explotados. Su forma estatal ha de servir también para superar la apatía y fragmentación de estas capas, educándolas de nuevo, **educándolas con vistas a la acción, con vistas a su autónoma participación en la vida del Estado.** Una de las funciones más importantes del sistema soviético es la de vincular entre sí todos aquellos elementos de la vida social que el capitalismo desgarra. Y es allí donde este desgarramiento está únicamente presente en la conciencia de las clases oprimidas, debe revelar a éstas la vinculación existente entre estos elementos. El sistema soviético une, por ejemplo, inextricablemente política y economía; de este modo vincula la existencia humana inmediata, con sus inmediatos intereses cotidianos, etc., a los problemas esenciales de la totalidad. En la realidad objetiva reestablece asimismo la unidad allí donde los intereses clasistas de la burguesía imponían la "división del trabajo", la unidad, sobre todo, entre el "aparato del poder" (ejército, policía, administración, justicia, etc.) y el "pueblo". Los campesinos armados y los obreros son, como tal poder estatal, producto de la lucha de los consejos y supuesto previo de su existencia. El sistema soviético procura vincular siempre la actividad de los hombres a los problemas generales del Estado, de la economía, de la cultura, etc., luchando al mismo tiempo para que la administración de todos estos problemas no llegue a ser el privilegio de una capa burocrática cerrada y aislada del conjunto de la vida social. Al devenir así consciente la sociedad entera de la interrelación real de todos los factores de la vida social (y al unificar objetivamente en un estadio ulterior lo que hoy está objetivamente disociado —la ciudad y el campo, por ejemplo, el trabajo intelectual y el manual, etcétera—) el sistema soviético se convierte en un factor decisivo en la organización del proletariado como clase. Lo que en el proletariado de la sociedad capitalista no pasaba de ser una posibilidad, alcanza aquí existencia real; **la auténtica energía productiva del proletariado únicamente puede despertarse en toda su plenitud después de la toma del poder estatal.** Y lo que vale para el proletariado, vale también para las otras capas oprimidas de la sociedad burguesa. Tampoco éstas pueden desarrollarse realmente sino en este contexto, por más que también en este orden estatal sigan siendo dirigidas. Aunque, como es obvio, ser dirigidas en el capitalismo les suponía no poder vislumbrar su descomposición social y económica, su opresión y su explotación. Ahora, por el contrario —dirigidas por el proletariado— no solamente pueden vivir más de acuerdo con sus propios intereses, sino que se benefician también del desarrollo de unas energías que hasta ese momento habían permanecido ocultas y atrofiadas. Estos sectores son dirigidos tan sólo en la medida en que el contexto y la orientación de este desarrollo están determinados por el proletariado clase dirigente de la revolución.

Ser dirigidas tiene, pues, para las capas intermedias no proletarias, un sentido material muy distinto según ello ocurra en el Estado proletario o en la sociedad burguesa. Pero existe también una diferencia formal no desdeñable debida al hecho de **ser el Estado proletario el primer Estado de clase de la historia que confiesa abiertamente, sin tapujos, que es tal Estado de clase, es decir, un aparato de opresión, un instrumento de la lucha de clases.** Esta franqueza, esta falta de disimulo es lo que hace posible un verdadero entendimiento entre el proletariado y otros sectores de la sociedad. Pero, sobre todo, es un medio muy importante para la autoeducación del proletariado. Porque así como fue de la mayor importancia despertar en el proletariado la conciencia de que la fase de las luchas revolucionarias había llegado ya, de que la lucha por el poder estatal y por la dirección de la sociedad había ya estallado, no sería menos peligroso que esta verdad se volviera rígida por falta de espíritu dialéctico. Sería, efectivamente, muy peligroso que el proletariado, al liberarse de la ideología del pacifismo en la lucha de clases y al comprender la importancia histórica y el carácter inevitable de la fuerza, llegara ahora a hacerse a la idea de que la violencia ayuda a solucionar **todos los problemas** del dominio del proletariado en todas las circunstancias. Pero más peligroso sería aún que el proletariado llegara a creer que la lucha de clases termina con la conquista del poder estatal o, por lo menos, se apacigua al producirse ésta. El proletariado debe comprender que la conquista del poder estatal **no pasa de ser una fase** de esta lucha. Una vez tomado el poder estatal la lucha aún prosigue en toda su violencia, y no cabe afirmar en modo alguno que las relaciones

de fuerza se hayan desplazado ya decisivamente a favor del proletariado. Lenin repite incansablemente que la burguesía sigue siendo la clase más poderosa aún una vez instaurada ya la república soviética, aún una vez expropiada ya económicamente y aún incluso una vez oprimida ya políticamente. Pero las relaciones de fuerza sí que se han desplazado efectivamente en la medida en que el proletariado ha conquistado **una nueva y poderosa** arma para su lucha de clases: **el estado.** Qué duda cabe: el valor de esta arma, su capacidad de disolución, aislamiento y destrucción de la burguesía, su capacidad para ganar y educar a los otros sectores de la sociedad, asociándolos al Estado de los obreros y campesinos, su capacidad, en fin, para organizar al proletariado mismo y convertirlo realmente en clase dirigente, todo ello no se adquiere, desde luego, automáticamente por la simple conquista del poder estatal, ni se desarrolla forzosamente el Estado como medio de lucha a partir del simple acto de la conquista del poder del Estado. El valor del Estado como arma del proletariado depende de lo que el proletariado **sea capaz de hacer con él.**

La actualidad de la revolución se expresa en la actualidad del problema del Estado para el proletariado. Lo cual plantea al mismo tiempo el problema del socialismo, que en vez de una perspectiva lejana, de un objetivo final se convierte en un problema de inmediata actualidad para el proletariado. Esta proximidad tangible de la realización del socialismo se ha convertido nuevamente en una relación dialéctica, y podría ser funesto para el proletariado que esta proximidad del socialismo fuera interpretada de manera utópica y mecanicista, es decir, como si fuera su realización misma, lograda por la simple conquista del

poder (expropiación de los capitalistas, socialización, etcétera) Marx ha analizado con extrema perspicacia el tránsito del capitalismo al socialismo, indicando las mútiples formas estructurales burguesas que no pueden ser sino lentamente eliminadas y a través de una larga y costosa evolución. Lenin traza asimismo con nitidez extrema la línea divisoria respecto de la utopía. "Ningún comunista ha discutido, según creo —nos dice— que la expresión «república socialista soviética» expresa la determinación del poder soviético de realizar el tránsito al socialismo y en absoluto cualquier posible aceptación de las condiciones económicas dadas como ya socialistas." La actualidad de la revolución significa, pues, la conversión del socialismo en el punto central del orden del día para el movimiento obrero. Pero tan sólo en el sentido de que debe luchar día tras día por la realización de sus supuestos previos y que tan sólo algunas medidas concretas del día representan ya pasos concretos en el camino de su realización.

El oportunismo revela precisamente en este punto, en su crítica de la relación entre sóviets y socialismo que se ha pasado definitivamente al campo de la burguesía, que se ha convertido en un enemigo de clase del proletariado. Porque por un lado considera todas las aparentes concesiones que una burguesía momentáneamente asustada y desorganizada ha hecho al proletariado (con la intención de revocarlas tan pronto como le sea posible) como pasos efectivos hacia el socialismo. (Piénsese en las "comisiones de socialización" organizadas en Alemania y Austria en 1918-19 y hace ya mucho tiempo liquidadas.) [2] Por otro denigra a la república soviética por no haber dado vida inmediata al socialismo y por hacer, bajo formas pro-

letarias y bajo dirección asimismo proletaria, una revolución burguesa simplemente. ("Rusia como república de campesinos", "Nueva implantación del capitalismo", etc.) En ambos casos se ve claramente que para el oportunismo de toda laya **el verdadero enemigo,** el enemigo que debe ser realmente combatido es **la revolución proletaria misma.** Lo que, en realidad, no es sino la consecuente prolongación de su toma de posición respecto de la guerra imperialista. Al tratar Lenin a los oportunistas en la república soviética como enemigos de la clase obrera tampoco hace, a su vez, sino proseguir consecuentemente su crítica del oportunismo de antes y de durante la guerra. **El oportunismo forma parte también de la burguesía,** cuyo aparato moral y material debe ser destruido y cuya estructura debe ser desorganizada por la dictadura, con el fin de evitar que su influencia se extienda a aquellos sectores de clase cuya objetiva situación de clase coadyuva a su inestabilidad. Lo que agudiza al máximo esta lucha, convirtiéndola en mucho más encarnizada de lo que era en la época, por ejemplo, de la polémica suscitada por Bernstein es, precisamente, la actualidad del socialismo. El Estado, como arma del proletariado para la lucha por el socialismo y para el sometimiento de la burguesía es, al mismo tiempo, un arma para acabar con el peligro oportunista, un peligro que acecha a la lucha de clases protagonizada por el proletariado y que debe proseguir con igual violencia en la dictadura.

Notas

[1] Otto Bauer (1881-1935) figura preeminente del ala izquierda del Partido Socialista austríaco. Recién fundada la República de Austria (a raíz del desmoronamiento del Imperio provocado por el resultado de la Primera Guerra Mundial) ocupó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno. (N. del T.)

[2] La revolución de Munich y las grandes huelgas de marzo de 1919 —sangrientamente reprimidas— crearon un clima tal de protesta en toda Alemania que el gobierno comprendió la necesidad de hacer algunas concesiones a la petición de reconocimiento de los recién creados "consejos de obreros". No obstante, los socialistas —que eran mayoritarios— se oponían a cualquier posible concesión de poder político a los mismos. Aún así, el 15 de marzo de 1919 se firmó un acuerdo en Weimar creando —de acuerdo con la nueva Constitución— consejos de obreros en las fábricas y grandes complejos industriales, a los que, dado su carácter representativo, correspondería intervenir en la regulación de los problemas de la producción, así como en la confección de posibles planes de realización. Para que este acuerdo entrara en vigor, debían ser aprobadas unas leyes reglamentadoras. Al ser aprobadas éstas, sin embargo, las atribuciones de los consejos —que duraron mientras duró la República de Weimar— fueron más bien de poca monta: podían intervenir en los despidos, supervisar las cuestiones de disciplina, las condiciones de trabajo, etc.

En cuanto a la socialización, se preveían leyes para socializar las minas de carbón y las industrias de fuerzas eléctricas, pero, de hecho, jamás hubo tal socialización.

VI "REALPOLITIK" REVOLUCIONARIA

El proletariado toma el poder del Estado e instaura su dictadura revolucionaria; lo cual significa que la realización del socialismo se ha convertido en el problema del día. Un problema para el que el proletariado no estaba en modo alguno suficientemente preparado. Porque la "Realpolitik" de la socialdemocracia al ocuparse siempre de los problemas del día como tales problemas del día, simplemente, es decir, sin relacionarlos con los problemas últimos de la lucha de clases y, en consecuencia, sin apuntar nunca más allá del horizonte de la sociedad burguesa, no ha conferido al socialismo a los ojos de los obreros sino, **nuevamente**, un carácter utópico. La escisión entre el movimiento y su objetivo final no falsea únicamente la adecuada visión de los problemas cotidianos, de los problemas del movimiento obrero como tal, sino que transforma al mismo tiempo su objetivo final en una utopía. Esta regresión al utopismo se manifiesta de muy diversas formas. Sobre todo en el hecho de que el socialismo deja de presentarse a los ojos de los utopistas como un proceso en curso para parecer algo que ya es. Es decir, únicamente se analizan los problemas del socialismo —en la medida en que son planteados— desde el punto de vista de las cuestiones económicas, culturales, etc., y de las mejores soluciones técnicas imaginables para las mismas, una vez entrado ya el socialismo en la fase de su realización práctica. Pero el problema de cómo puede llegarse a una situación de este tipo, es decir, de cómo puede resultar socialmente posible, no se plantea, así como

tampoco se plantea el problema de la concreta naturaleza social de una situación de este tipo, ni el de las relaciones de clase y las formas económicas en las que se encuentra el proletariado en el momento histórico en el que se presenta la tarea de realizar el socialismo. (De manera similar a como Fourier estudió en su época muy detalladamente el funcionamiento de los falansterios, sin mostrar el camino concreto de su realización.) **El eclecticismo oportunista, o lo que es lo mismo, la supresión de la dialéctica del método del pensamiento socialista, sustrae, pues, al propio socialismo del proceso histórico de la lucha de clases.** De ahí que los contaminados por el veneno de este pensamiento no perciban los puntos previos de la realización del socialismo ni los problemas mismos de su realización sino en una perspectiva harto deformada. El error de esta posición de base es tan profundo que no sólo informa el pensamiento de los oportunistas —para quienes el socialismo sigue siendo un objetivo lejano—, sino que llega en ocasiones a alcanzar también a revolucionarios sinceros, a los que lleva a falsas concepciones. Estos últimos —buena parte del ala izquierda de la Segunda Internacional— fueron capaces de percibir adecuadamente el proceso revolucionario mismo, la lucha por el poder como proceso, en estrecha relación con los problemas prácticos de cada día, pero sin llegar a integrar en este mismo contexto la situación del proletariado después de la conquista del poder y los problemas concretos derivados de esta situación. También en este punto se revelaron como utopistas.

El realismo extraordinario con el que Lenin trató los problemas todos del socialismo durante la dictadura —y que le valió la consideración hasta de sus

propios rivales de la grande y pequeña burguesía— no es, en suma sino la consecuente **aplicación del marxismo,** de la vía histórico-dialéctica de estudio, análisis y posible solución de los problemas —ya actuales— del socialismo. Poco es lo que en los escritos y discursos de Lenin —como, por otra parte, en los de Marx— se encontrará sobre **el socialismo como hecho consumado.** Y mucho, por el contrario, sobre los **pasos** que llevan a su realización. Porque apenas podemos imaginarnos de manera concreta el socialismo en todos sus detalles como si fuera una situación ya creada. Por importante que sea el adecuado conocimiento teórico de su estructura básica, la importancia de este reconocimiento radica, sobre todo, en su condición de posible patrón de medida para los pasos dados hacia el socialismo. El conocimiento concreto del socialismo es, como lo es, por otra parte, el socialismo mismo, el resultado de la lucha que se lleva a cabo por conseguirlo; y no nos resulta accesible sino en dicha lucha por el socialismo y sólo en ella. Y todo intento de llegar a un conocimiento del socialismo por otro camino que el de su interrelación dialéctica con los problemas cotidianos de la lucha de clases, no haría de él sino una metafísica, una utopía, algo puramente contemplativo y en absoluto práctico.

El realismo de Lenin, es decir, su "Realpolitik" no es, pues, sino la definitiva liquidación de todo utopismo, la realización concreta del contenido del programa de Marx; una teoría —en suma— convertida en práctica, una teoría de la praxis. Lenin ha hecho con el problema del socialismo lo mismo que hizo con el problema del Estado: lo arrancó del aislamiento metafísico y del aburguesamiento en el que estaba sumido y lo introdujo **en el contexto global de los**

problemas de la lucha de clases. Tradujo a experiencia práctica las geniales indicaciones hechas por Marx en su "Crítica del programa de Gotha" y en otros puntos de su obra, confrontándolas con el proceso histórico y dándoles vida y concreción en la realidad histórica con una plenitud muy superior a la que hubiera sido posible en la época de Marx e incluso para un genio como Marx.

Los problemas del socialismo son, en consecuencia, los problemas de la estructura económica y de las relaciones de clase en el momento en que el proletariado toma el poder estatal. Surgen de manera inmediata de la situación en la que el proletariado implanta su dictadura. De ahí que no puedan ser comprendidos y resueltos fuera del contexto mismo de esos problemas; no obstante contienen un elemento **radicalmente nuevo,** nuevo —por este mismo motivo— en relación con esta situación y con todas las situaciones precedentes. Efectivamente: todos sus elementos pueden provenir del pasado, pero su relación con el mantenimiento y fortalecimiento del dominio del proletariado da lugar a nuevos problemas que no **podían** estar en Marx ni en otras teorías anteriores, y que no pueden ser comprendidos y resueltos sino a partir de esta situación esencialmente nueva.

La "Realpolitik" de Lenin se revela en consecuencia —analizada en su contexto general y atendiendo a su fundamento mismo— como **el punto más alto alcanzado hasta la fecha por la dialéctica materialista.** Por una parte, un análisis estrictamente marxista, sobrio y austero, pero profundamente penetrante, de la situación dada, de la estructura económica y de las relaciones de clase. Por otra, una visión extremadamente clara, no deformada por prejuicio teórico ni deseo utópico alguno, de todas las nuevas tendencias que se derivan de esta situación. Este postulado, aparentemente sencillo y que hunde, efectivamente, sus raíces de la esencia de la dialéctica materialista —que es en realidad una teoría de la historia— no resulta, sin embargo, tan fácil de satisfacer. Los hábitos mentales del capitalismo han educado a todos los hombres, y sobre todo a los de orientación científica, en la costumbre de no explicar lo nuevo sino a partir de lo antiguo, en explicar íntegramente lo actual a partir de lo pasado. (El utopismo de los revolucionarios es un intento de superar esto con las fuerzas actualmente disponibles, un intento, en fin, de saltar a un mundo absolutamente nuevo, sin comprender dialécticamente la cristalización dialéctica de lo nuevo a partir de lo antiguo.) "He ahí por qué —decía Lenin— se dejan confundir tantos por el capitalismo de Estado. Para evitar la confusión no hay que perder nunca de vista lo fundamental, es decir, que el capitalismo de Estado, tal y como lo hemos realizado, no ha sido analizado por teoría alguna, no hay bibliografía sobre él, por la sencilla razón de que todos los conceptos vinculados a esta expresión vienen referidos al poder burgués en la sociedad capitalista. Y el nuestro es un Estado que ha abandonado la vía capitalista, sin haber entrado todavía en la nueva vía."

¿Qué es, sin embargo, lo que para la concreta realización socialista encuentra el proletariado ruso que ha accedido al poder en su entorno real? En primer lugar, un capitalismo monopolista —relativamente— desarrollado, en pleno derrumbamiento a consecuencia de la guerra mundial, en un país agrícola atrasado cuyo campesinado sólo ha podido liberarse de las cadenas de los residuos feudales uniéndose a la revolu-

ción proletaria. En segundo lugar, fuera de las fronteras rusas un mundo capitalista hostil, cuya intención no es otra que dificultar por todos los medios a su alcance las cosas al nuevo Estado de obreros y campesinos, y que sería suficientemente fuerte como para aplastarlo militar o económicamente si no estuviera tan profundamente dividido por las crecientes contradicciones del capitalismo imperialista, contradicciones y rivalidades, etc., de las que el proletariado ha sabido aprovecharse siempre. (Nos hemos limitado únicamente a aludir a los dos complejos de problemas más importantes; en tan pocas páginas no podemos aspirar a analizarlos a fondo.)

La base material del socialismo como forma económica superior destinada a reemplazar al capitalismo no puede radicar sino en una reorganización de la industria, en un superior desarrollo de la misma, en su adaptación a las necesidades de las clases trabajadoras, en su transformación en el sentido de una vida cada vez más plena (supresión de la contraposición entre el campo y la ciudad, entre el trabajo físico y el intelectual, etc.). El estadio en que esta base del socialismo se encuentre condiciona, consecuentemente, las posibilidades y vías de su realización concreta. Ya en 1917 —antes de tomar el poder del Estado— determinó Lenin con toda claridad la situación económica y las tareas que ésta imponía al proletariado. "A la dialéctica histórica se debe, precisamente, que la guerra, al acelerar considerablemente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado haya aproximado sobremanera, **en virtud, precisamente, de ello,** la humanidad al socialismo. La guerra imperialista es el preludio de la revolución socialista. Y no únicamente porque la

guerra engendra, con toda su carga de horror, la sublevación proletaria —no hay sublevación capaz de crear el socialismo, si su base económica no ha madurado—, sino, sobre todo, porque el capitalismo monopolista de Estado es una perfecta preparación **material** para el socialismo, es su puerta de entrada, en la medida en que en la escala de la historia constituye precisamente ese escalón que precede al socialismo, **sin ningún otro escalón intermedio.**" En consecuencia, "el socialismo no es otra cosa que un capitalismo monopolista de Estado **organizado a beneficio** de la totalidad del pueblo, y, en este sentido, no es ya monopolio capitalista alguno". Y a comienzos de 1918: "...en el actual estado de cosas el capitalismo estatal representaría un paso hacia adelante en nuestra república soviética. Si en medio año, por ejemplo, se implantara en nuestro país sólidamente el capitalismo de Estado, ello representaría un gigantesco triunfo y la más segura garantía de que al cabo de un año el socialismo habría sido definitivamente establecido entre nosotros y sería ya invencible".

Dada la difusión de esa leyenda burguesa y socialdemócrata según la cual Lenin, una vez fracasada la tentativa "marxista doctrinaria" de introducir "de golpe" el comunismo habría firmado una transacción, llevado de su "realismo y sagacidad política", desviándose así de su línea anterior, no podíamos renunciar a citar extensamente los párrafos anteriores. La verdad histórica es, precisamente, lo contrario. El llamado comunismo de guerra, al que Lenin calificaba de "medida provisional, condicionada por la guerra civil y por la destrucción" y que "no era ni podía ser una política adecuada a las tareas económicas del proletariado", era una desviación de la línea por la que

—según sus previsiones teóricas— discurría la evolución al socialismo. Una medida condicionada, sin duda, por la guerra civil interior y exterior y, en consecuencia, inevitable, pero provisional. Pero, según Lenin, al proletariado le habría resultado funesto desconocer este carácter del comunismo de guerra, considerándolo —a la manera de muchos revolucionarios sinceros, pero que no estaban a la altura de Lenin en el plano teórico— como un verdadero paso hacia el socialismo.

Lo que importa no es, pues, la intensidad con que ostentan un carácter socialista las formas externas de la vida económica, sino, exclusivamente, el grado de dominio **efectivo** que tiene el proletariado de este aparato económico que ha hecho suyo al tomar el poder y que constituye al mismo tiempo, la base de su ser social, es decir, la gran industria, así como el grado en que pone dicho dominio **efectivamente** al servicio de sus objetivos de clase. Por mucho, sin embargo, que hayan cambiado el entorno de estos objetivos de clase y, en consecuencia, los medios de su realización, su eje general ha tenido que seguir siendo el mismo: proseguir la lucha contra la burguesía, es decir, proseguir la lucha de clases con la ayuda de esas —siempre vacilantes— capas medias (los campesinos, sobre todo). Y en este sentido no debe olvidarse jamás que a pesar de su inicial victoria, el proletariado sigue siendo la clase más débil, y lo seguirá siendo durante mucho tiempo —hasta la victoria de la revolución a escala mundial—. La lucha del proletariado ha de ceñirse, pues, en el terreno económico, a dos principios: detener, por una parte, la destrucción de la gran industria por la guerra y la guerra civil tan rápida y plenamente como sea posible, ya que sin esta

base el proletariado como clase camina hacia un abismo. Y, por otra, regular los problemas de la producción y distribución de tal modo que el campesinado, que gracias a la solución revolucionaria del problema agrario, se ha convertido en un aliado del proletariado, permanezca fiel a esta alianza obteniendo la mayor satisfacción posible de sus intereses materiales. Los medios para la realización de estos objetivos varían según las circunstancias. Pero su realización progresiva es el único camino para mantener impávido el dominio del proletariado, primera premisa del socialismo.

La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado prosigue, pues, con idéntica violencia en el frente de la economía interior. La pequeña empresa, cuya abolición y "socialización", es en este estadio, pura utopía, "engendra capitalismo initerrumpidamente, engendra burguesía día tras día, hora tras hora, de manera elemental y, también, de manera masiva". Lo importante es saber si en esta competición vencerá esa burguesía que nuevamente está formándose y acumulando o la gran industria estatal y dominada por el proletariado. El proletariado debe arriesgarse a esta competición, si no quiere, por el contrario, arriesgarse a poner a la larga en peligro su alianza con los campesinos, al estrangular las pequeñas industrias, comercios, etc. (un estrangulamiento cuya plena consecución es, por otra parte, ilusoria). A ello se une la participación de la burguesía en dicha competencia, en forma de capital extranjero, de concesiones, etcétera. Surge así la paradójica situación de que este movimiento —independientemente de sus intenciones— puede llegar a ser, en un plano económico objetivo, un aliado del proletariado, en la medida en que

ayuda a fortalecer la potencia económica de la gran industria. Nace así "una alianza contra los elementos de la pequeña empresa"; teniendo que ser, por otra parte, combatida, al mismo tiempo, con toda energía la natural tendencia del capital concesionario a convertir progresivamente el Estado proletario en una colonia capitalista. (Cláusulas en las concesiones, monopolio del comercio exterior, etc.)

Estas breves reflexiones no pueden proponerse, en modo alguno, esbozar, ni siquiera a grandes rasgos, la política económica de Lenin. Lo que aquí simplemente queda indicado debe servir para subrayar con cierta claridad **los principios** de la política de Lenin, su **fundamento teórico.** Principios que, en definitiva, consisten en mantener en pie el dominio del proletariado en un universo de enemigos subrepticios o declarados, y de aliados vacilantes. Al igual que el principio básico de su política antes de la toma de poder consistió en detectar, en el caos de las tendencias sociales del capitalismo decadente que se entrelazaban y confluían, todos aquellos factores que, explotados por el proletariado, podían convertirlo en la clase rectora y dominante de la sociedad. Lenin se mantuvo fiel a este principio durante toda su vida, sin concesiones ni desfallecimientos. Pero se mantuvo fiel a él en su condición de **principio dialéctico** —siendo no menos implacable su rigor en este punto—. En el sentido de que "la tesis básica de la dialéctica materialista es que todos los límites en la naturaleza y en la historia están condicionados y tienen, al mismo tiempo, una gran movilidad, de tal modo que **no hay un solo** fenómeno que, en determinadas circunstancias, no pueda convertirse en su contrario". De ahí que la dialéctica exija "una investigación radical del fenó-

meno social del que se trate en su evolución misma, así como una reducción de los momentos externos y aparentes a las fuerzas actuantes fundamentales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de clases". La grandeza de Lenin como dialéctico se debe a su constante aprehensión de los principios fundamentales de la dialéctica, del desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clases en su esencia más profunda, de manera concreta, sin prejuicios abstractos, pero, también, lejos de toda confusión fetichista en virtud de cualesquiera fenómenos superficiales. Se debe, en fin, a su constante reducción de todos los fenómenos con que hubo de enfrentarse, a este principio último de los mismos: **a la acción concreta de los hombres concretos (es decir, condicionados por su pertenencia a una clase determinada), en virtud de sus verdaderos intereses de clase.** La leyenda del Lenin "hábil político realista", del Lenin "maestro de las transacciones" cae en este punto, desvelándose ante nosotros el verdadero Lenin, el edificador consecuente de la dialéctica marxista.

Ante todo hay que rechazar en el análisis del concepto de transacción cualquier posible significado del término que tienda a presentarlo como una habilidad, maniobra o fraude refinado. "Las personas —decía Lenin— para quienes la política es un conjunto de pequeñas maniobras que en ocasiones rozan el engaño, no encontrarán en nosotros sino el rechazo más categórico. **Las clases no pueden ser engañadas.**" La transacción no consiste, pues, en el contexto leninista sino en aprovechar en este sentido **las tendencias evolutivas reales de las clases** (y eventualmente de las naciones, en el caso, por ejemplo, de los pueblos oprimidos) que en determinadas circunstancias y du-

rante cierto tiempo caminan paralelamente en algunos problemas de interés vital para el proletariado, a beneficio de **ambas** partes.

Las transacciones también pueden ser, sin embargo, una forma de la lucha de clases contra el enemigo más decidido de la clase obrera, es decir, contra la burguesía. (Basta con pensar en la relación de la Rusia soviética con los Estados imperialistas.) Y los teóricos del imperialismo se aferran a esta forma especial de transacciones con el fin, en parte, de elogiar —o criticar— a Lenin como "político realista no dogmático" o bien, asimismo, para justificar de este modo sus propios compromisos. Ya hemos aludido a lo erróneo del primer argumento; en el enjuiciamiento del segundo hay que tener en cuenta —como en todo problema dialéctico— la totalidad formada por el entorno concreto de la transacción. E inmediatamente resulta evidente, por este camino, que la transacción de Lenin y la de los oportunistas **parten de supuestos previos diametralmente opuestos.** La táctica de la socialdemocracia descansa —declarada o inconscientemente— en el criterio de que la verdadera revolución aún está muy lejos, en que aún no se dan las condiciones objetivas básicas para la revolución social, en que el proletariado aún no está ideológicamente maduro para la revolución, en que el partido y los sindicatos aún son demasiado débiles, etc.; de donde se extrae **la consecuencia** de que el proletariado ha de llegar a una transacción con la burguesía. Cuanto más intensamente se den las condiciones básicas objetivas y subjetivas de la revolución social, tanto más "puramente" podrá realizar el proletariado sus objetivos de clase. De este modo la transacción adquiere en la praxis el aspecto de un gran radicalismo, de un íntegro "mantener puros" los principios con vistas a los "objetivos finales". (En este contexto únicamente pueden ser englobadas, por supuesto, aquellas doctrinas socialdemócratas que de una manera u otra aún creen aferrarse a la teoría de la lucha de clases. Porque para los otros puntos de vista, la transacción no es ya un compromiso, sino una colaboración natural entre los distintos sectores profesionales para el bien de la comunidad, globalmente considerada.)

Para Lenin, en cambio, **la transacción se deriva directa y lógicamente de la actualidad de la revolución.** Si el carácter fundamental de la época entera es la actualidad de la revolución, si esta revolución —tanto en los diversos países aisladamente considerados como a escala mundial— puede estallar en cualquier momento, sin que éste pueda ser previsto con absoluta exactitud, si el carácter revolucionario de la época entera se manifiesta de manera inagotable en la creciente descomposición de la sociedad burguesa —a lo que se debe que las tendencias más diversas se sucedan y entremezclen permanentemente—, todo ello quiere decir, en fin, que el proletariado no puede comenzar y llevar a término su revolución en unas circunstancias "favorables", elegidas por él, teniendo, en consecuencia, que aprovecharse siempre de toda tendencia que, aun cuando sólo sea temporalmente, favorezca la revolución o, por lo menos, debilite a sus enemigos. Anteriormente citamos algunos pasajes de Lenin de los que se desprende lo escaso de las ilusiones que —aún antes de tomar el poder— se hacía sobre el ritmo de realización del socialismo. Las siguientes frases, tomadas de uno de sus últimos trabajos, escrito después del período de las "transacciones", indican con la misma claridad que esta previsión

jamás significó para él una interrupción de la actividad revolucionaria: "Napoleón escribió en una ocasión: **On s'engage et puis on voit.** Lo que libremente traducido significa que «primero hay que meterse seriamente en el combate y luego ya se verá todo lo demás». Así libramos nosotros también un serio combate en octubre de 1917 y luego hemos ido viendo algunos de estos detalles (desde el prisma de la historia universal evidentemente sólo unos detalles), como la paz de Brest o la «nueva política económica»", etcétera. La teoría y la táctica leninistas de las transaciones no son, pues, sino la lógica consecuencia objetiva de la visión marxista y dialéctica de la historia, según la cual son los hombres, desde luego, quienes hacen la historia, pero no en circunstancias elegidas por ellos mismos. Es el fruto de la conciencia de que la historia está produciendo siempre lo nuevo; que, en consecuencia, estos instantes históricos, puntos de intersección momentáneos de diversas tendencias, no regresan jamás en idéntica forma; que tendencias, en fin, que hoy pueden favorecer a la revolución mañana pueden serle funestas y viceversa. He ahí por qué en septiembre de 1917 Lenin propuso a los mencheviques y a los socialrevolucionarios, basándose en el viejo lema bolchevique "Todo el poder para los sóviets", actuar en común, es decir, llegar a una transacción. Sin embargo, ya el 17 de septiembre escribía: "Al final es ya demasiado tarde para proponer un compromiso. Incluso puede que los pocos días en que **aún** parecía factible una revolución pacífica hayan **asimismo** pasado ya. Sí, todo parece indicar que han pasado ya". La aplicación de esta teoría a Brest-Litovsk, a las concesiones, etc., se explica por sí misma.

Lo profundamente que la teoría leninista de las transacciones se basa en su visión central de la actualidad de la revolución aún se evidencia quizá más claramente en sus luchas teóricas contra el ala izquierda de su propio partido (después de la primera revolución y después, asimismo, de la paz de Brest en el contexto ruso, y en los años 1920 y 1921, en el contexto europeo). En estos debates la **consigna de los radicales de izquierda era el rechazo de toda transacción por cuestión de principios.** Y la tesis polémica de Lenin insiste, en lo esencial, en que el rechazo de todo compromiso equivale a **evadirse de las luchas decisivas,** implicando dicha concepción un **derrotismo respecto de la revolución.** Porque toda verdadera situación revolucionaria —como lo es paradigmáticamente la nuestra, según Lenin— se manifiesta en el hecho de no haber campo alguno de la lucha de clases en el que no vengan contenidas posibilidades revolucionarias (o contrarrevolucionarias). El verdadero revolucionario es, pues, el que es consciente de que vivimos en una época revolucionaria y extrae las consecuencias prácticas de ello, considerando siempre el conjunto de la realidad histórico-social desde este punto de vista, atendiendo intensivamente a todo, a lo grande y a lo pequeño, a lo usual y a lo inesperado, en función de su importancia revolucionaria —y **sólo** en función de ella—. Cuando Lenin calificaba al radicalismo de izquierda de oportunismo de izquierda, aludía penetrante y acertadamente a la **común perspectiva histórica** de dos corrientes tan opuestas en todo lo demás, de las cuales una abomina de toda transacción y otra, en cambio, ve en la transacción un principio de "Realpolitik" opuesto a la "rígida fidelidad a los principios dogmáticos". Perspectiva his-

tórica común que cabe cifrar en un determinado pesimismo respecto de la proximidad y actualidad de la revolución proletaria. De esta manera suya de rechazar ambas tendencias partiendo de un mismo principio se desprende que la transacción de Lenin y la de los oportunistas **no tienen en común más que el nombre**, un nombre que designa realidades radicalmente distintas y que, en consecuencia, encubre **conceptos radicalmente distintos**.

Un conocimiento adecuado de lo que Lenin entiende por transacciones y de la fundamentación teórica de la táctica de las mismas es de capital importancia para la adecuada comprensión de su método y, asimismo, de singular importancia a efectos prácticos. La transacción no es posible para Lenin sino **en interacción dialéctica con la fidelidad a los principios y al método del marxismo**; en la transacción se evidencia siempre el próximo paso real de la realización de la teoría del marxismo. De manera similar a como esta teoría y esta táctica han de diferenciarse de toda asunción rígidamente mecánica de los primeros principios, han de librarse en todo momento de caer en una "Realpolitik" esquemática e invertebrada. Es decir, que para Lenin no basta que sean justamente percibidas y valoradas **en toda su facticidad** tanto la situación concreta en la que hay que actuar como las relaciones de fuerza concretas que determinen la transacción y la necesaria tendencia evolutiva del movimiento proletario, que condiciona su orientación, sino que considera, ante todo, que constituye **un gran peligro práctico** para el movimiento obrero que semejante comprensión exacta de la realidad no entre en el marco de un conocimiento adecuado del **proceso histórico en su totalidad**. He ahí por

qué Lenin aprobó la conducta práctica de los comunistas alemanes frente al "gobierno obrero" proyectado después del fracaso del **putsch** de Kapp, es decir, la llamada oposición legal, reprochándoles, sin embargo, al mismo tiempo, de la manera más severa, que esta táctica, en sí misma justa, se hubiera apoyado en una perspectiva histórica falsa, llena de ilusiones democráticas.

La unificación dialécticamente justa de lo general y de lo particular, el reconocimiento de lo general (de la tendencia general básica de la sociedad) en lo particular (en la situación concreta) y la concreción de la teoría que se deriva de ello constituyen, pues, la idea clave de esta teoría de las transacciones. Los que no ven en Lenin sino un "político realista" inteligente y en ocasiones incluso genial, desconocen por completo la esencia de su método. Pero los que creen encontrar en sus decisiones "recetas" aplicables a toda coyuntura y "fórmulas" para una conducta práctica adecuada, aún lo desconocen más. Lenin jamás expuso "reglas generales" de posible "aplicación" a toda una serie de casos. Sus "verdades" surgen del análisis concreto de la situación concreta con ayuda de la interpretación dialéctica de la historia. De una "generalización" mecánica de sus gestos y decisiones no puede obtenerse sino una caricatura, un leninismo vulgar; es el caso, por ejemplo, de aquellos comunistas húngaros que en una situación enteramente distinta, cuando la respuesta a la nota de Clemenceau en el verano de 1919, trataron de imitar esquemáticamente la paz de Brest. Porque, como Marx censura en Lasalle: "... el método dialéctico es aplicado falsamente. Hegel jamás llamó dialéctica a la integración de una masa de «casos» en **a general principle**".

El hecho de tener en cuenta todas las tendencias existentes en cada situación concreta no significa, en modo alguno, que todas ellas hayan de gravitar con igual peso en la balanza de las decisiones. Todo lo contrario. Cada situación tiene un problema central, de cuya resolución dependen tanto los otros problemas contemporáneos como el desarrollo ulterior de todas las tendencias sociales en el futuro. "Hay que captar en todo momento —dice Lenin— el eslabón especial de la cadena al que es preciso aferrarse con todas las fuerzas para sujetar la cadena entera y preparar el tránsito al eslabón siguiente, con lo que la sucesión de los eslabones, su forma, su encadenamiento, sus diferencias internas en la cadena histórica de los acontecimientos no son tan simples y faltas de sentido como en el caso de una cadena vulgar de las que fabrica el herrero." Qué momento de la vida social es el llamado a adquirir en un instante dado semejante importancia es cosa que sólo la dialéctica marxista, es decir, el análisis concreto de la situación concreta puede ayudar a descifrar. El hilo conductor que nos permite encontrarlo es la visión revolucionaria de la sociedad **como una totalidad en proceso.** Porque únicamente esta relación con la totalidad confiere tal importancia en un momento dado al eslabón decisivo de la cadena: debe ser asido, ya que no hay otro camino para asir la totalidad. De ahí que en uno de sus últimos escritos, en el que se ocupa de las cooperativas, subraye Lenin este problema con especial energía y concreción, indicando que "mucho de lo que en los sueños de los viejos cooperativistas no era sino fantasía o romanticismo malo, se ha convertido en la más cruda realidad". Y añade: "En realidad, **sólo** una cosa nos falta: «civilizar» de tal modo a nuestra población que comprenda todas las ventajas de una participación personal en la cooperativa y se incline a colaborar en ella. **Nada** más, a decir verdad. Hoy no necesitamos ninguna otra sofisticación para proceder al tránsito al socialismo. Ahora bien, para que esto pueda ser conseguido resulta imprescindible un giro radical, un largo trecho de evolución cultural de la masa entera del pueblo". No es posible, por desgracia, proceder aquí a un análisis de todo el ensayo. De ser factible, dicho análisis —como en el de cualquier otra medida táctica de Lenin— evidenciaría que el todo viene contenido en cada uno de estos "eslabones de la cadena". Evidenciaría, también, que el criterio de la verdadera política marxista radica siempre en extraer dichos momentos del proceso general, concentrando en ellos un máximo de energía, momentos que —en un instante dado, en una fase dada— entrañan esta relación con la totalidad, con la totalidad del presente y con el problema central de la evolución futura y, por tanto, con el futuro mismo. Este enérgico asimiento del siguiente, es decir, del eslabón decisivo de la cadena, tampoco significa que ese momento tenga que ser desgajado del todo y que los otros momentos hayan de ser descuidados por su culpa. Todo lo contrario. Sólo significa que **todos los otros momentos han de ser puestos en relación** con este problema central y han de ser comprendidos y resueltos en este contexto. La interrelación que entre sí guardan todos los problemas no tiene por qué ser disminuida por esta concepción, una concepción que, por el contrario, la refuerza y hace más concreta.

Estos momentos deben su existencia al proceso histórico, a la evolución objetiva de las fuerzas productivas. Pero las condiciones de su reconocimiento y

el consiguiente desarrollo ulterior de los mismos dependen del proletariado. La tesis básica, y ya varias veces citada, del marxismo, según la cual los hombres hacen su historia, adquiere una importancia creciente en la época de la revolución, una vez tomado el poder del Estado; por mucho que, desde luego, haya de ser dialécticamente completada por la inexcusable importancia de unas circunstancias no escogidas libremente. Lo que en la práctica significa **que la función del partido en la revolución** —la idea clave del joven Lenin— **aún es más importante y decisiva** en la época de transición al socialismo de lo que pudo serlo en el período de su preparación. Porque cuanto más activa se hace la influencia del proletariado y más aumenta y mayor es su influencia sobre la marcha de la historia, cuanto más decisivas resultan —en el buen y en el mal sentido— las decisiones del proletariado para él mismo y para la humanidad entera, tanto más importante es preservar en toda su pureza la única brújula que puede guiarnos en mar tan embravecido y salvaje, es decir, **la conciencia de clase del proletariado,** confiriendo una claridad siempre creciente a este espíritu, única guía posible en la lucha. Esta importancia de la función histórica activa del partido del proletariado es un rasgo central de la teoría y, en consecuencia, de la política de Lenin, un rasgo al que no se cansó jamás de exaltar, subrayando su importancia en las decisiones prácticas. He aquí, por ejemplo, sus palabras en el XI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, cuando su polémica contra los enemigos de la evolución hacia un capitalismo de Estado: "El capitalismo de Estado es un capitalismo al que podemos frenar y cuyas fronteras podremos delimitar siempre; un capitalismo estatal

vinculado al Estado y el Estado son los obreros, el sector más avanzado de los obreros, la vanguardia, es decir, nosotros... Y cómo haya de ser ese capitalismo de Estado es algo que depende de nosotros".

De ahí que todo punto nodal en la evolución al socialismo sea siempre —y de modo decisivo— **un problema interno del partido.** Lo que está en juego es una ordenación de las fuerzas, una adecuación de las organizaciones del partido a su nueva tarea: **influir** sobre la evolución social en el sentido que se desprenda de un exacto y cuidadoso análisis de la totalidad desde el punto de vista de clase del proletariado. He ahí por qué ocupa el partido un lugar preeminente en la ordenación jerárquica de las fuerzas que constituyen el Estado —que **somos nosotros**—. He ahí también por qué este mismo partido —dado que la revolución únicamente puede triunfar a escala mundial y dado que el proletariado sólo puede constituirse realmente en clase como proletariado mundial— está incorporado y subordinado, como sección, al órgano supremo de la revolución proletaria, a la Internacional Comunista. La rigidez mecanicista que caracteriza a todos los oportunistas y pequeño-burgueses verá siempre en estas conexiones contradicciones insolubles. Esta rigidez no podrá comprender nunca cómo los bolcheviques, después de "haber regresado al capitalismo", se aferran a la antigua estructura del partido, a la vieja "dictadura antidemocrática" del partido. No podrá comprender que la Internacional Comunista no renuncie un solo instante a la revolución mundial, que intente prepararla y organizarla con todos los medios a su alcance al mismo tiempo que el Estado del proletariado ruso procura firmar la paz con las potencias imperialistas e intente que el capi-

talismo imperialista participe en la mayor cuantía posible en la reconstrucción económica de Rusia. Tampoco podrá comprender que el partido se aferra inexorablemente a su rigor interno y procure consolidarse ideológica y organizatoriamente de la manera más enérgica, en tanto que la política económica de la república soviética se esfuerza sobremanera en que su alianza con los campesinos, a los que debe su subsistencia, no sea debilitada; en tanto, en fin, que la república soviética lleva camino de convertirse, a los ojos de los oportunistas, en un Estado campesino, perdiendo así progresivamente su carácter proletario, etcétera, etc. La rigidez mecanicista del pensamiento no dialéctico es incapaz de comprender **que estas contradicciones son contradicciones objetivas, contradicciones de la época actual**; que la política del PCUS, la política de Lenin, sólo es contradictoria **en la medida en que busca y encuentra las respuestas dialécticamente exactas a las contradicciones objetivas de su propio ser social.**

El análisis de la política de Lenin nos lleva, en consecuencia, siempre a las cuestiones fundamentales del método dialéctico. Su obra entera no es sino la aplicación consecuente de la dialéctica marxista a los fenómenos ininterrumpidamente cambiantes de una época de transición gigantesca, unos fenómenos que dan vida constante a lo nuevo. Pero como la dialéctica no es ninguna teoría hecha, susceptible de ser aplicada mecánicamente a los fenómenos de la vida, sino que **existe como teoría únicamente en la medida de esta aplicación y en virtud de ella,** el método dialéctico heredado de Marx y Engels ha ganado, gracias a la praxis leninista, en amplitud y plenitud, siendo asimismo **superior su evolución teórica.**

Está, por consiguiente, plenamente justificado hablar **del leninismo como una nueva fase** en la evolución de la dialéctica materialista. Lenin no se ha limitado a revitalizar la pureza de la teoría marxista, desfigurada y debilitada durante decenios por el marxismo vulgar, sino que ha hecho evolucionar el método mismo, confiriéndole mayor concreción y madurez. Y si ahora la tarea de los comunistas radica en seguir avanzando por la senda del leninismo, este avance únicamente será fructífero si procuran adoptar respecto de Lenin una actitud similar a la sustentada por Lenin respecto de Marx. La forma y el contenido de este comportamiento vienen determinados por la evolución de la sociedad, por los problemas y deberes que el proceso histórico impone al marxismo y lo que determina su éxito es el nivel de conciencia de clase proletaria alcanzado por el partido dirigente del proletariado. El leninismo significa que la teoría del materialismo histórico aún se ha aproximado más a las luchas cotidianas del proletariado, que aún se ha vuelto más práctica de lo que podía serlo en la época de Marx.

La tradición del leninismo no puede, pues, consistir sino en mantener en pie —sin falsearla ni volverla rígida— la función viva y vivificante a un tiempo, creciente y a la vez enriquecedora del materialismo dialéctico. De ahí —repetimos— que Lenin deba ser estudiado por los comunistas de manera similar a como Marx fue estudiado por Lenin. Hay que estudiarlo para aprender el método dialéctico. Para aprender a encontrar lo particular en lo general y lo general en lo particular gracias al análisis concreto de la situación concreta; a encontrar en el momento nuevo de una situación lo que la vincula al proceso anterior

y en las leyes del proceso histórico lo nuevo que va surgiendo una y otra vez; a encontrar en el todo la parte y en la parte el todo; a encontrar en la necesidad de la evolución el momento de la acción eficaz y en el hecho, la vinculación con la necesidad del proceso histórico. El leninismo implica un nivel de pensamiento concreto, del pensamiento no esquemático ni mecanicista no alcanzado hasta la fecha; un pensamiento enteramente vertido a la praxis. Conservar esto es la tarea de los leninistas. Pero en el proceso histórico tan sólo puede conservarse aquello que está inmerso en una evolución llena de vida. Y semejante conservación de la tradición leninista es, actualmente, la tarea más noble para todo aquel que verdaderamente asuma el método dialéctico como arma en la lucha de clases del proletariado.

EPILOGO

Este pequeño libro fue escrito a raíz de la muerte de Lenin, sin ningún esbozo previo, partiendo tan sólo de la necesidad espontánea de aprehender teóricamente lo que entonces me parecía esencial, el centro mismo de la personalidad espiritual de Lenin. De ahí el subtítulo: "Sobre la coherencia de su pensamiento". Un subtítulo cuya intención era indicar que no me proponía reproducir el sistema teórico objetivo de Lenin, sino, exclusivamente, sintetizar las fuerzas motoras, de naturaleza objetiva y subjetiva, que habían hecho posible esta sistematización, su encarnación en la persona y en las obras de Lenin. Tampoco intentaba en absoluto analizar de manera completa y extensiva esta unidad dinámica a partir de su vida y de su obra.

El interés actual, relativamente crecido, que inspiran los escritos de este tipo está condicionado por razones temporales. Desde que la crítica marxista inició la crítica del período estalinista ha ido despertándose también un innegable interés por la tendencia de oposición de los años veinte. Es un fenómeno comprensible aunque —considerado de manera objetiva en el plano teórico— no deja de parecer sobremanera exagerado. Porque por muy equivocada que fuere la solución que Stalin y sus seguidores dieron a la —entonces incipiente— crisis de la revolución, no había nadie en aquella época en condiciones de ofrecer una

perspectiva rica en consecuencias teóricas y aplicable a los problemas de fases ulteriores. Quien hoy se proponga colaborar fructíferamente en el renacimiento del marxismo debe considerar los años veinte con visión histórica, es decir, como un período pasado y clausurado del movimiento obrero revolucionario; únicamente así podrá aprovechar sus experiencias y enseñanzas para la fase actual, una fase esencialmente nueva. La figura de Lenin encarna de tal manera su época —como suele ocurrir con los grandes hombres— que los resultados y, sobre todo, el método de sus manifestaciones verbales y de sus actos aún pueden tener cierta actualidad a pesar de lo sensiblemente que han cambiado las circunstancias.

Este escrito es un producto típico de la mitad de los años veinte. Como testimonio de la visión de la personalidad y del significado de Lenin, así como de su papel en el curso de los acontecimientos mundiales, sustentada entonces por un sector no desdeñable de marxistas, no carece, sin duda, de algún interés. De todos modos, no hay que perder un momento de vista que el curso de sus pensamientos estaba mucho más profundamente determinado por los puntos de vista de aquellos días —incluyendo ilusiones y exageraciones— que por la propia obra teórica de Lenin. Ya su primera frase remite a esta servidumbre temporal: "El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria". No cabe duda de que al decir esto se expresa una de las determinaciones importantes del materialismo histórico. Pero tampoco cabe ninguna duda de que no es la única, no, en todo caso, la determinación de su esencia. Y Lenin, para quien la actualidad de la revolución proletaria constituía el hilo conductor de su pensamiento y de su praxis, habría sido el primero en protestar enérgicamente contra la pretensión de encerrar y empobrecer en semejante "definición" la riqueza de contenido y de método, la universalidad social, en una palabra, del materialismo histórico.

De todos modos, son muchos los pasajes de este pequeño libro a los que cabría formular una crítica leninista. En cuanto a mí, prefiero limitarme a aludir simplemente al sentido y a la justificación de una crítica de este tipo, en la confianza de que todo lector de pensamiento sobrio tomará por su cuenta la necesaria distancia respecto del mismo. Lo que sí me parece importante es subrayar aquellos puntos en los que mi posición respecto de la obra de Lenin llegaba a resultados que incluso hoy conservan cierta justificación metodológica como momentos de oposición al estalinismo, resultados de los que se desprende que la devoción del autor a la persona y a la obra de Lenin no le condujeron por un camino extraviado. En algunas apreciaciones acerca de la conducta de Lenin viene en ocasiones implícita una crítica de la evolución ulterior, evolución que entonces apenas comenzaba a insinuarse, de manera no abierta y sólo episódica, en la dirección del Komitern de Zinoviev. Piénsese en la creciente rigidez de todas las cuestiones de organización bajo Stalin; independientemente de la situación temporal, independientemente de las exigencias de la política, la organización del partido fue convertida —¡incluso invocando a Lenin!— en un fetiche inamovible. Este es el punto en el que está en su justo centro de interés la advertencia de Lenin: "No hay que separar mecánicamente lo político de lo organizativo", advertencia glosada en el sentido del propio dinamismo político leninista. "De ahí que todo

dogmatismo en la teoría y toda rigidez en la organización sean funestos para el partido". Porque, como dice Lenin: "«Toda forma nueva de lucha, unida a nuevos peligros y sacrificios, 'desorganiza' inevitablemente todas aquellas organizaciones que no están preparadas para esta nueva forma de lucha». Recorrer esa vía necesaria, de manera libre y consciente, adaptándose y transformándose antes de que el peligro de la desorganización sea demasiado agudo, actuando sobre las masas en virtud de dicha transformación, formándolas e incitándolas es, en realidad, la tarea del partido, tarea que a él mismo le incumbe y con mayor motivo". Objetivamente considerado esto no era sino una batalla de retirada, por supuesto, de la movilidad revolucionaria de los grandes años frente a la inminente y avasalladora unformización y mecanización burocratizante.

De todos modos si hoy se pretende realmente reprimir la uniformización dogmática en todos los terrenos, no hay que buscar impulsos y ayudas en las experiencias de los años veinte sino por vía indirecta, es decir, reconociendo lo pretérito de su carácter. Para ello es preciso ver con la claridad más crítica la profunda diferencia existente entre el período actual y el de los años veinte. Claridad crítica que —como se desprende de suyo— no debe ser abandonada al considerar la obra de Lenin. Para quien no intente hacer de ella un conjunto "infalible" de dogmas la adopción de este talante crítico no disminuye lo más mínimo su grandeza secular. Hoy sabemos, por ejemplo, que la tesis leninista de que la evolución imperialista conlleva necesariamente guerras mundiales ha perdido su validez general para el presente. Lo único superado es, por supuesto, la necesidad de la evolución; pero su reducción a simple posibilidad cambia tanto su sentido teórico como, sobre todo, sus consecuencias prácticas. De modo similar generalizó Lenin también las experiencias de la Primera Guerra Mundial, "qué grande es el secreto en el que la guerra es engendrada", a las futuras guerras imperialistas, cuando, en realidad, el futuro ha ofrecido un cuadro totalmente distinto.

He aducido algunos ejemplos de este tipo con la intención, precisamente, de subrayar la verdadera singularidad de Lenin, que no tenía nada, absolutamente nada, en común con el ideal de una estatua estalinista de la infalibilidad. Por supuesto que una verdadera caracterización de la grandeza real de Lenin queda muy lejos del ámbito de este libro. Un libro mucho más sujeto a los condicionamientos temporales que su objeto. En los últimos años de su vida Lenin previó el inminente desenlace del período abierto en 1917 con una claridad incomparablemente superior a la de esta biografía suya.

A pesar de todo, hay momentos de la obra en los que parece dibujarse una visión de la verdadera fisonomía espiritual de Lenin, y esta búsqueda —entonces un tanto ciega— de la verdad va a constituir el punto de partida de las siguientes reflexiones. Se afirmaba en este libro que Lenin no era ningún investigador especializado en economía, como podían serlo, entre sus contemporáneos, Hilferding o, sobre todo, Rosa Luxemburgo, siendo, no obstante, su enjuiciamiento del período, globalmente considerado, muy superior al de aquéllos. Esta superioridad de Lenin "no consiste sino en la íntima y concreta vinculación que ha sido capaz de establecer entre la teoría económica del imperialismo y el conjunto de los pro-

blemas políticos del presente, culminando así, realmente, una hazaña teórica sin parangón. Ha sido capaz, en fin, de convertir el contenido económico de la nueva fase en el hilo conductor de todas las acciones concretas acometidas en un medio tan decisivo". De esto se dieron cuenta muchos de sus contemporáneos, hablando, en consecuencia, mucho —tanto sus seguidores como sus enemigos— de su destreza táctica, de su realismo político.

Sin embargo, con esto no se llega, ni con mucho, al núcleo mismo del asunto. Se trata, antes bien, preferentemente de "una superioridad puramente teórica en el enjuiciamiento del proceso general". Una superioridad de profunda consistencia teórica y ampliamente fundamentada. Su llamada "política realista" jamás fue la de un mero empirista, sino la culminación práctica de su conducta esencialmente teórica. Para el marxista Lenin "el análisis concreto de la situación concreta no implica la menor contraposición a la teoría «pura», sino todo lo contrario: el punto culminante de la auténtica teoría, el punto en el que la teoría ha culminado verdaderamente, el punto en el que —precisamente por eso— se ha transformado en praxis". La última de las tesis de Marx sobre Feuerbach, la tesis según la cual los filósofos ya han interpretado suficientemente el mundo y ha llegado ya la hora de transformarlo, ha encontrado su encarnación más adecuada —podría afirmarse sin temor a la exageración— en la persona y en la obra de Lenin. Marx formuló esta exigencia y la satisfizo en el ámbito de la teoría, ofreciendo una interpretación de la realidad social como base teórica adecuada para transformarla. Pero solamente en Lenin llegó a convertirse —sin superación, sin detrimento de la teoría— esta esencia

teórico-práctica de la nueva visión del mundo en una figura activa en la realidad histórica.

Por supuesto que en este escrito únicamente cabe encontrar una débil incitación para el conocimiento de la verdadera naturaleza específica de Lenin. Se nota la falta de una fundamentación teórica suficientemente rica y profunda, así como una imagen de la figura humana de Lenin. Lo único que ahora podemos hacer aquí es aludir a ello. En la cadena de las revoluciones democráticas de los tiempos modernos la figura del líder revolucionario aparece siempre polarizada: las figuras de Danton y Robespierre encarnan en la realidad y en la gran literatura (en Georg Büchner, por ejemplo) los dos polos; incluso grandes oradores populares como Lassalle y Trotski ostentan ciertos rasgos dantonianos.

Sólo con Lenin aparece algo completamente nuevo, un **tertium datur** entre ambos extremos. Lenin posee, hasta en sus reacciones nerviosas más espontáneas, la fidelidad a los principios de los viejos grandes ascetas de la revolución, sin haber caído sobre su carácter ni una sombra siquiera de ascetismo. Está lleno de alegría vital, de humor, goza de todo lo que la vida puede ofrecerle, de la caza, la pesca y el juego de ajedrez a la lectura de Puschkin y de Tolstoi, así como de la devoción a los auténticos seres humanos. Esta fidelidad a los principios puede intensificarse en la guerra civil hasta la inexorabilidad, pero sin ser informada nunca por el odio. Lenin lucha contra instituciones —y, evidentemente, contra las personas que las representan— llegando si es preciso hasta su destrucción más absoluta. Pero lo considera como una necesidad objetiva indiscutible, lamentable desde el punto de vista humano, pero de la que —en las con-

cretas situaciones en cuestión— no puede en modo alguno evadirse. Gorki tomó nota de unas palabras suyas muy características pronunciadas después de haber oído la "Appasionata" de Beethoven: "No conozco nada más hermoso que la Appasionata y podría escucharla todos los días. ¡Una música maravillosa, una música ya no humana! Me hace pensar siempre con un orgullo ingenuo y quizá infantil en lo que supone que haya seres humanos capaces de crear tales maravillas". Una vez dicho esto entornó los ojos, sonrió y añadió sin ninguna alegría: "Pero no me conviene oír música demasiado a menudo. Influye sobre el sistema nervioso y uno quisiera decir tonterías y acariciar la cabeza de unas personas que viven en un infierno y son capaces, sin embargo, de crear tal hermosura. Pero hoy en día no se puede acariciar a nadie la cabeza —le arrancarían a uno la mano a bocados—. Hay que golpear las cabezas, golperlas sin piedad —aunque en un plano ideal uno esté contra toda manipulación de las personas—. Hum, hum, nuestro oficio es endiabladamente difícil".

Incluso ante una manifestación tan espontánea y tan al nivel de sus sentimientos como ésta, hay que tener presente que no se trata de ningún arrebato de sus instintos contra su "línea de vida", sino que también en esto sigue imperativos ideológicos muy elaborados. Decenios antes de este episodio escribía el joven Lenin trabajos polémicos contra los narodniki y sus críticos, los marxistas legales. En un análisis de estos últimos muestra su objetivismo al indicar "la necesidad de una determinada serie de hechos" y el fácil peligro de "convertirse en un apologista de estos hechos" que de ello se deriva. Considera que la única salida es la mayor lógica del marxismo en la captación de la realidad objetiva, su descubrimiento de las bases sociales en los hechos mismos. La superioridad de los marxistas sobre los meros objetivistas radica en esta su mayor lógica: el marxismo "consuma su objetivismo mucho más profunda y plenamente". Únicamente a partir de esta objetividad acrecentada surge lo que Lenin llama partidismo, "situarse en toda valoración de un acontecimiento de manera tan abierta como directa en el punto de vista de un determinado grupo social". De este modo nace siempre la toma de posición subjetiva a partir de la realidad objetiva misma y vuelve en todo momento a ella.

Esto puede provocar conflictos si las contradicciones de la realidad se intensifican hasta el punto de llegar a convertirse en contraposiciones irreductibles entre sí, y todo hombre que participa en ellos debe dirimirlos por sí mismo. Existe, no obstante, una diferencia radical entre que dos convicciones y sentimientos enraizados en la realidad, en las relaciones del individuo, entren simplemente en conflicto o que el hombre sienta peligrar en el conflicto su propia existencia humana. Esto último no ocurre jamás en Lenin. Hamlet dice alabando así de manera suprema a Horacio:

Bienaventurado
quien lleve dentro de sí sangre y juicio tan bien unidos
que no caiga en el arbitrio de la suerte
y haya de seguir el compás que ésta le marque.

Sangre y juicio: tanto su contraposición como su unidad surgen como fundamento inmediato y general de la existencia humana de la esfera biológica misma. Crecidos ya hasta su concreción, ambos expresan su

ser social: la armonía o la disonancia de su posición respecto del momento histórico y, desde luego, tanto teórica como prácticamente. Sangre y juicio se unen acertadamente en Lenin, porque su conocimiento de la sociedad iba dirigido en todo momento precisamente a la acción social entonces necesaria, porque su praxis era siempre la consecuencia necesaria de la suma y del sistema de los conocimientos verdaderos almacenados hasta la fecha.

De ahí que Lenin no conozca ni de lejos nada que pueda asemejarse al narcisismo; ningún éxito le llena de vanidad, ningún fracaso de depresión. Niega que puedan existir situaciones en las que al hombre le esté negado reaccionar prácticamente. Pertenece a los grandes hombres que —precisamente en la praxis vital— acertaron en lo esencial. A pesar de todo, o precisamente por eso, apenas ha habido otro que haya pensado de manera tan sobria y escasamente patética sobre las faltas posibles o reales: "Inteligente no es, precisamente, el que no comete faltas. No hay tales hombres y no puede haberlos. Es inteligente el que no comete demasiadas faltas esenciales y, en todo caso, sabe como corregirlas rápidamente". Esta concepción extremadamente prosaica de la habilidad en la acción expresa su posición esencial de manera más adecuada que cualquier posible confesión patética. Su vida es una acción constante, una lucha sin cuartel en un mundo en el que, según sus más profundas convicciones, no hay situación insoluble alguna, ni para él ni para el enemigo. De ahí que el hilo conductor de su vida no sea otro que este: estar siempre armado y preparado para la acción, para la acción adecuada.

De ahí que la sobria sencillez de Lenin haya ejercido una influencia tan intensa sobre las masas. A diferencia, una vez más, de los anteriores tipos de grandes revolucionarios, era un orador popular incomparable, absolutamente libre de la menor sombra de retórica (piénsese en este contexto también en Lassalle y Trotski). Tanto en su vida privada como en la pública sentía Lenin la más decidida aversión contra todo lo exagerado, sofisticado y ampuloso. Y no deja de ser asimismo característico que esta oposición humana y política a todo lo "exorbitante" tuviera en él un fundamento filosófico-objetivo: "Porque toda verdad cuando se la exagera... puede convertirse en un absurdo, sobre todo cuando se desbordan los límites de su validez; en estas ocasiones, no tiene más remedio que convertirse, desde luego, en un absurdo".

Aún resulta más plástica si cabe esta conducta de Lenin en las discusiones en torno a la paz de Brest-Litovsk. Que en el plano "político realista" le asistía la razón frente a los comunistas izquierdistas que, amparándose en el internacionalismo, exigían que se prestase ayuda a la inminente revolución alemana, dando lugar así a una guerra revolucionaria, y que estaban dispuestos a poner para ello en juego la existencia de la república soviética rusa, es un hecho histórico ampliamente conocido en la actualidad. Lo acertado de su praxis se debía, sin embargo, a un análisis teórico muy profundo de la especificidad del general proceso evolutivo de la revolución. La prioridad de la revolución mundial sobre todos los acontecimientos aislados es, decía, una verdad legítima (y, en consecuencia, también práctica), "si no se descuida el largo y difícil camino que lleva a la completa victoria del socialismo". Pero considerando la especificidad teórica de la concreta situación de entonces, añade a continuación: "Toda verdad abstracta se

convierte en una frase si se la aplica a **todas y cada una** de las situaciones concretas". Verdad como fundamento de la praxis y fraseología revolucionaria se diferencian, pues, entre sí, por el grado de su aplicabilidad a la especificidad de la situación revolucionaria en ese momento necesaria y posible. El sentimiento más elevado, la devoción más desinteresada se convierten en mera fraseología si la esencia teórica de la situación (su especificidad) no permite praxis revolucionaria alguna auténtica. En la primera revolución, a raíz de la derrota del alzamiento armado en Moscú, Lenin combatió enérgicamente el punto de vista de Plejánov, que insistía en que "no se debía haber empuñado las armas", sosteniendo que también esa derrota favorecía el proceso general.

Toda fácil analogía, toda confusión de lo abstracto con lo concreto, de lo histórico-universal con lo actual, lleva a la fraseología; así, por ejemplo, la comparación de la Francia de 1792-93 con la Rusia de 1918, tantas veces hecha en el curso de los debates sobre la paz de Brest. Y así también la obligación en que se vio Lenin de preguntar a los comunistas alemanes que a raíz del **putsch** de Kapp (1920) elaboraban unas tesis muy inteligentes y autocríticas como normas a seguir en el caso de que volviese a ocurrir: ¿Cómo sabéis que la reacción alemana pretenderá repetirlo?

Para poder actuar así, la vida de Lenin ha sido un constante proceso de estudio y aprendizaje. Una vez estallada la guerra del 14 y después de ciertas aventuras con la policía logró instalarse en Suiza; una vez allí decidió aprovechar bien estas "vacaciones" estudiando la **Lógica** de Hegel, por ejemplo. O también cuando, viviendo ilegalmente en casa de un obrero a raíz de los acontecimientos de julio de 1917, le

oyó alabar a éste el pan al sentarse a la mesa: "La verdad es que «ésos» no se atreven ahora a darnos pan malo". Lenin quedó sorprendido y encantado de este "enjuiciamiento clasista de los días de julio". No pudo menos de pensar en sus propios análisis complicados de aquellos acontecimientos y de las tareas por ellos impuestas. "En el pan no se me había ocurrido pensar, a mí, un hombre que jamás había pasado necesidad material... A eso, que está en la base de todo, a la lucha de clases por el pan, llega el pensamiento a través del análisis político, siguiendo un camino extraordinariamente complejo y tortuoso." Durante toda su vida no dejó, pues, Lenin de estudiar, siempre y en cualquier lugar, fuera la lógica de Hegel o el juicio de un obrero sobre el pan.

El estudio permanente, el dejarse instruir siempre de nuevo por la realidad, es un rasgo esencial de la absoluta prioridad de la praxis en la línea leninista de conducta. Ya esto, pero sobre todo su manera de estudiar, abren un abismo insondable entre él y todos los empiristas y "políticos realistas". Porque Lenin no se limita a aludir a la totalidad como fundamento y patrón de medida con intención polémica y pedagógica. Se impone a sí mismo exigencias mucho más severas que a los más apreciados de sus compañeros de lucha. Universalidad, totalidad y unicidad concreta son las determinaciones decisivas de la realidad en la que se debe y se tiene que actuar; de ahí que el nivel de aproximación a su conocimiento fundamente la auténtica eficacia de toda praxis.

Por supuesto que la historia puede dar lugar a situaciones que contradigan las teorías hasta la fecha conocidas. Pueden incluso surgir situaciones que hagan imposible toda actuación de acuerdo con los prin-

cipios —unos principios verdaderos y como tal reconocidos—. Ya con anterioridad a octubre de 1917 previó Lenin justamente que en una Rusia tan atrasada económicamente resultaría imprescindible una forma de transición del tipo de la ulterior "nueva política económica". La guerra civil y las intervenciones obligaron, no obstante, a los sóviets a implantar el llamado comunismo de guerra. Lenin se inclinó a la necesidad de lo fáctico, sin renunciar por ello a sus convicciones teóricas. Llevó a término el "comunismo de guerra" impuesto por la situación de la mejor manera que le fue posible, sin llegar a considerarlo un solo momento —al igual que la mayoría de sus contemporáneos— como una auténtica forma de transición al socialismo, con la firme decisión, en fin, de regresar, inmediatamente después de la guerra civil y de la intervención, a la línea teóricamente válida de la "nueva política económica". En ninguno de ambos casos actuaba como empirista ni como dogmático; simplemente como un teórico de la praxis, un práctico de la teoría.

De modo similar a cómo **¿Qué hacer?** puede ser considerado a la manera de un título simbólico para la completa actividad de Lenin como escritor, viene a constituir el pensamiento básico de esta obra una síntesis anticipada de su visión del mundo. Afirma que las huelgas, como forma espontánea de la lucha de clases, por muy bien organizadas que estén, únicamente realizan gérmenes de la conciencia de clase latente en el proletariado. Falta en ellas el "conocimiento de la insoluble contradictoriedad existente entre sus intereses (los de los obreros, G. L.) y los del régimen político y social contemporáneo en bloque". Una vez más indica la totalidad la dirección

justa de la conciencia de clase en su dedicación a la praxis transformadora: sin referencia a la totalidad no hay praxis histórica justa. El conocimiento de la totalidad no es, de todos modos, espontáneo. Ha de venir siempre "de fuera", es decir, ha de ser ofrecido teóricamente al que actúa.

La omnipotencia dominante de la praxis únicamente resulta, pues, realizable, sobre la base de una teoría de naturaleza omnicomprensiva. La totalidad objetivamente desarrollada del ser es, como Lenin sabe muy bien, infinita, y, en consecuencia, no puede ser jamás adecuadamente aprehendida. Parece surgir así de la infinitud del conocimiento y del imperativo siempre actual de una acción oportuna e inmediata una especie de **circulus vitiosus**. Sin embargo, lo insoluble en un plano teórico abstracto puede ser cortado —prácticamente— como los nudos gordianos. La única espada apta para ello es una conducta humana que una vez más sólo podría ser caracterizada con palabras de Shakespeare: "Estar siempre disponible lo es todo". Entre los rasgos característicos de Lenin, uno de los más fructíferos es esta constante dedicación suya al estudio teórico de la realidad, unida al mismo tiempo a su disponibilidad para la acción. Lo cual determina el estilo singular y aparentemente paradójico de su comportamiento teórico: jamás considera clausurado su estudio de la realidad y, sin embargo, lo que así había hecho suyo estaba en él de tal modo dispuesto y ordenado, que la acción le resultaba factible en todo momento.

Yo tuve la suerte de ser testigo de uno de estos incontables instantes de Lenin. Era en 1921. La comisión checa del III Congreso del Komintern estaba reunida. Los problemas eran extremadamente com-

plejos y las opiniones, inconciliables. De pronto entró Lenin. Todos le rogaron que manifestara su opinión sobre los problemas checos. Se negó; había intentado estudiar el material con un poco de sistema pero se habían interpuesto ciertos asuntos urgentes de Estado y el tiempo sólo le había alcanzado para hojear rápidamente los dos periódicos que llevaba, plegados, en un bolsillo de la chaqueta. Unicamente después de numerosos ruegos accedió a exponer la impresión, al menos, que había sacado de ambos periódicos. Entonces Lenin los sacó y comenzó un análisis apresurado, improvisado y nada sistemático, partiendo del artículo de fondo y acabando en las novedades del día. Y este esbozo improvisado fue, en realidad, el más profundo análisis imaginable de la situación checoeslovaca en aquel momento y de las tareas del Partido Comunista.

Por supuesto que Lenin —como hombre de la disponibilidad y de la permanencia— se inclinó siempre por la prioridad de la praxis en esta relación dialéctica entre teoría y praxis. Lo hizo de manera sorprendente en el final de su principal obra teórica del primer período revolucionario: **El Estado y la revolución.** Lo escribió en el refugio en el que se había ocultado ilegalmente a raíz de los días de julio y no pudo llegar a acabar el último capítulo sobre las experiencias de las revoluciones de 1905 y 1917; la evolución de la revolución no lo permitió. En su epílogo escribió Lenin: "Resulta más útil y es más agradable tomar parte en las experiencias de la revolución, que escribir sobre las mismas". Son unas palabras escritas con la mayor sinceridad. Sabemos que estaba siempre esforzándose por recuperar lo perdido. Que no lo consiguiera no es cosa suya, sino del curso de los acontecimientos.

Una de las mutaciones más importantes del comportamiento humano en los últimos siglos ha sido la motivada por la fuerte influencia ejercida por el ideal del "sabio" estoico-epicúreo sobre nuestras convicciones éticas, políticas y sociales. Una influencia que ha implicado, paralelamente, una profunda transformación interior: la densidad del componente práctico-activo de este tipo ejemplar se ha acrecentado muy por encima del modelo antiguo. El permanente estado de disponibilidad de Lenin constituye la última etapa de esta evolución, la última, la más evolucionada e importante. El que hoy, en un momento en el que la manipulación devora la praxis y la desideologización la teoría, no sea este ideal excesivamente estimado por los "expertos" es algo que, juzgado a la luz del curso de la historia universal no pasa, desde luego de ser un episodio. Más allá de la importancia de sus obras y de sus acciones, como encarnación del permanente estado de disponibilidad, la figura de Lenin representa un valor inextinguible: el de un nuevo tipo de ejemplar enfrentamiento con la realidad.

Budapest, enero de 1967.

Lenin y los problemas del período de transición

Traducción castellana de
Manuel Sacristán

La revolución proletaria no era en Rusia ninguna encarnación "clásica" de la transición histórico-universal en el sentido de Marx. De acuerdo con los supuestos teóricos de Marx, una revolución así se tenía que producir primero en los países capitalistas más desarrollados. Además de lo cual Marx suponía que una revolución proletaria sería esencialmente un acontecimiento universal para todo el mundo civilizado. Si pasamos provisionalmente por alto esa segunda característica de la forma "clásica" de la revolución, aparece como primer problema del que ocuparse la realización del socialismo en un país económicamente atrasado y, por lo tanto, atrasado también socialmente. Lenin no ha puesto nunca en duda que la revolución rusa era algo extraordinario que no correspondía plenamente a los presupuestos del marxismo. Cuando en su estudio sobre la "enfermedad infantil del comunismo" trata la significación internacional de la revolución rusa, subraya con razón, enérgicamente, el alcance de ese acontecimiento. Pero no se olvida de añadir en seguida: "Como es natural, sería un grave error exagerar esa verdad y ampliarla a más que unos cuantos rasgos básicos de nuestra revolución. También sería un error el ignorar que tras la victoria de la revolución proletaria en un país progresado, aunque **sólo** sea en uno, lo más probable es que se produzca un cambio rápido, y poco después Rusia deje de ser un país modelo para convertirse de nuevo en un país atrasado (en el sentido del socialismo y del sistema soviético)".

No es muy difícil comprender claramente en qué pensaba Lenin al hablar de ese rápido cambio que probablemente se produciría con la victoria de la revolución proletaria en un país capitalista adelantado. La transformación de una sociedad capitalista en una sociedad socialista se presenta ante todo como una cuestión económica. Cuanto más desarrollado esté el capitalismo en el país en que triunfe una revolución proletaria, tanto más directa, resuelta, rápida y adecuadamente podrán realizarse en su economía las tareas específicas del socialismo. En cambio, en un país atrasado desde ese punto de vista, había que poner inevitablemente al orden del día una serie de cuestiones que, desde el punto de vista puramente económico, habrían sido por su esencia, en un esquema normal, meras tareas de desarrollo del capitalismo. Se trata de dos problemas que constituyen en la realidad económica un complejo único: el grado de desarrollo cuantitativo y cualitativo de la gran industria en los campos de la producción masiva, decisivos en todo caso, y la distribución de la población entre las ramas decisivas de la producción, de tal modo que se puedan asegurar el equilibrio dinámico necesario, la interacción y el desarrollo superior, el funcionamiento normal de la agricultura y de la industria en los varios sectores de la vida económica. Pero en 1917 nadie ponía en duda que la producción capitalista del imperio ruso estaba aún muy lejos de ese estadio.

Si se reconocen esos hechos, ¿hay que inferir de ellos que el derrocamiento violento del régimen capitalista en los grandes días de octubre fue un "error", como se esforzaron por probarlo desde el primer momento los teóricos socialdemócratas? Creemos que no. Las grandes decisiones históricas, las decisiones revolucionarias, no son nunca arbitradas de modo "puramente teórico" por unos científicos en su cuarto de trabajo. Son, por el contrario, respuestas a alternativas que el pueblo puesto en movimiento impone en la realidad, desde la vida cotidiana hasta las grandes resoluciones de los partidos y de sus dirigentes. La concreta condición empírica de las situaciones en las cuales había que tomar las decisiones correspondientes había sido ante todo planteada por la primera guerra mundial imperialista. Aunque todas las resoluciones de la segunda internacional apuntaban a una resistencia contra la guerra y a la conquista del socialismo en la crisis bélica, los partidos socialistas se sometieron en sus actos, con pocas excepciones, a la guerra imperialista. Tampoco la revolución de febrero, la caída del zarismo, alteró en nada esa línea; al contrario: la continuación de la guerra se convirtió en una tarea central de los partidos recién llegados al póder, los mencheviques y los socialrevolucionarios. Por eso la lucha de los bolcheviques por el poder estatal coincidió naturalmente con el imperioso deseo de millones de seres humanos de que se terminara inmediatamente la guerra. Esta cuestión real, exasperadamente actual, que movía a la mayoría de la población, se convirtió así en un momento o aspecto decisivo de las concretas alternativas de octubre: en las circunstancias de aquel momento, la inmediata terminación de la guerra no se podía producir sino derrocando el régimen democrático-burgués. (La entera historia de la democracia de Weimar, hasta la llegada de Hitler al poder, muestra qué consecuencias sociales habría tenido el aplazamiento de aquella decisión hasta la derrota militar definitiva.)

Pero la base de la decisión de la alternativa de

octubre en el terreno de la política interior no es un mero Sí o un mero No al derrocamiento del poder burgués. En aquel momento llegó también a su exacerbación extrema el problema central del desarrollo social de Rusia en el siglo XIX, la liquidación de los restos, aún consistentes, del feudalismo, la constitución de un campesinado explotado ya de un modo no puramente feudal, sino también capitalista: pese a la encarnizada resistencia del régimen "democrático", aumentaban ininterrumpidamente las insurrecciones campesinas, las distribuciones espontáneas de la tierra. También, pues, en este terreno se planteaba la cuestión del mismo modo: era fácticamente imposible conseguir una solución real del problema campesino, entrado en su fase aguda, sin derrocar el régimen democrático-burgués. Había dos problemas vitales de la sociedad rusa que habían madurado hasta la explosión y que, aunque desde un punto de vista abstractamente teórico no eran de carácter directamente socialista, sin embargo, dadas las concretas circunstancias del momento, no podían obtener solución satisfactoria para la gran mayoría de las masas trabajadoras más que a través de un derrocamiento revolucionario de la burguesía. El octubre de 1917 presentaba, pues, una situación revolucionaria en el más amplio sentido de la expresión: las clases dominantes no podían ya seguir dominando al modo antiguo, y las masas oprimidas, las masas explotadas, no querían seguir viviendo en la vieja situación. (Lo cual es la descripción de la situación revolucionaria por Lenin.) La decisión de 1917 no se puede siquiera poner en discusión sin aducir ese trasfondo social.

No hay ninguna duda, a la luz de esos datos, de que estaba políticamente justificada la decisión de proceder a una solución no clásica de la transición al socialismo. Pero ni la más fundada justificación de los motivos podía eliminar de la faz de la tierra las consecuencias económicas. Es verdad que éstas no mostraron ser cuestiones centrales del desarrollo ulterior sino al cabo de algunos años. Por de pronto la joven República de los Consejos hubo de librar una lucha por su existencia contra el imperialismo alemán, y luego contra varios ejércitos intervencionistas. En esa lucha se manifestó una fuerza, una resolución de las masas, una capacidad de dar de sí dirección político-militar excelente, que aumentaron y profundizaron en amplios ambientes de todo el mundo la atracción del joven Estado socialista. Una vez terminada con éxito la guerra civil la problemática económica de aquella forma no clásica que había tenido su origen se situó manifiestamente en el centro de la vida soviética.

Al enfrentarse con estos problemas, Lenin no dejó de subrayar que se trataba de algo esencialmente nuevo: "Ni siquiera a Marx se le ocurrió la idea de escribir una sola palabra sobre esto", decía en 1922. A primera vista el problema parece ser puramente económico, y Lenin remite repetidamente a las consecuencias económicas prácticas del mismo. Pero al mismo tiempo ve el centro decisivo de la problemática en el hecho de que la situación causada por la guerra civil ha resquebrajado y hasta destruido la alianza entre el proletariado y los millones y millones de campesinos: "La tarea fundamental a la que se tiene que subordinar todo lo demás, la tarea decisiva de la Nueva Política Económica [NEP] es el establecimiento de la alianza que hemos empezado a construir (muy mal, muy torpemente, pero de todos modos empezada, sobre la base de una economía so-

cialista completamente nueva, de una nueva contribución y de una nueva distribución) entre la economía socialista del proletariado y la economía campesina, que es la economía de millones y millones de campesinos". Ya esa formulación de objetivos muestra que Lenin, pese a no haber hablado nunca del tema desde un punto de vista teórico general, había captado en lo esencial, con práctica intuición, el carácter específico del socialismo como formación. Mientras que en anteriores formaciones el cambio de la estructura económica solía producirse (sociológicamente considerado) con necesidad espontánea (lo que no excluye en modo alguno, como es natural, el que las acciones económicas de los individuos se presentaran como práctica conscientemente dirigida, aunque a menudo con falsa consciencia), la primera gran acción hacia la transición socialista, la socialización de los medios de producción, su concentración en las manos de la clase obrera, tuvo como consecuencia inevitable la necesidad de una toma de consciencia social de los actos sociales referidos a la totalidad de la economía. Por esa vía, precisamente, los actos sociales habían de dejar de ser dominadores del desarrollo social de los hombres para convertirse en servidores suyos. La estructura social de cada caso y su transformación han de corresponder con consciencia social, por obra de la economía así dirigida, a las funciones del socialismo como etapa preparatoria del comunismo, y han de preparar a éste en el ser y en la consciencia. Lenin ve, pues, con toda claridad que el problema, por él acertadamente reconocido, de la perturbación de la correlación entre la ciudad y el campo afecta en realidad a todo el marco: con la destrucción de la propiedad privada capitalista de los medios de producción ha de empezar

un período nuevo de la actividad social de los hombres. Desde un punto de vista económico objetivo, el mero crecimiento espontáneo de la vida económica de los hombres ha de ser ahora conscientemente dirigido y regulado por ellos, con lo que adquiere una actualidad ya ineliminable la tercera tesis de Marx sobre Feuerbach, que "el educador mismo tiene que ser educado".

El órgano de esa autoeducación del hombre —que, vista en la perspectiva histórico-universal, es autoeducación para el real ser-hombre en el sentido de Marx— es la democracia socialista. Con ello la evolución económico-social del género humano ha planteado una cuestión que sólo Lenin hasta ahora —entre todos los sucesores de los clásicos— ha tomado como problema central de la transición y ha intentado poner como fundamento de sus objetivos concretos. La afirmación de que el educador mismo, la capa social dirigente de la revolución socialista, tiene que ser educada se dirige, por una parte, contra el utopismo que cree que el desarrollo de la humanidad se puede situar en un estadio perfecto, abolidor de toda problemática, por medio de cierta útil comprensión supuestamente superior; y, por otra parte, se orienta contra la concepción mecánica del materialismo histórico que pretende entender cualquier solución como simple producto espontáneo y necesario del desarrollo de la producción. El mundo de la economía ("el reino de la necesidad") es para Marx, de un modo jamás abolible, la base de la autoproducción del género humano a la que ha llamado "reino de la libertad". Al determinar el contenido esencial de este reino de la libertad como "humano despliegue de energía que se es fin en sí mismo" Marx ha dicho al mismo tiempo

con claridad que una tal práctica ha de distinguirse cualitativamente de la economía (incluso en el más amplio sentido de esta noción), por lo que no puede nacer como simple producto espontáneo-necesario de ella, pese a que —viva contradicción innovadora en la vida histórico-social— dicha práctica vital "no puede florecer más que sobre la base de aquel reino de la necesidad".

El carácter no clásico de la revolución de 1917 se basa, pues, ante todo, en que el socialismo ha de ser realizado en una etapa de la evolución en la cual la altura económica fácticamente presente de la producción y la distribución se encuentra aún muy lejos de poder servir como base ni siquiera para una preparación concreta del "reino de la libertad". Hay, pues, que insertar un período intermedio en el cual se compense el atraso económico, un período intermedio en el cual el rápido y profundo despliegue de la economía ha de ocupar el lugar central en la dirección, ya consciente, de la vida social. Es evidente que Lenin está contemplando esa situación cuando, como hemos mostrado, dice que si el socialismo triunfara en un país económicamente progresado, éste tomaría a Rusia la función rectora y orientadora en la construcción del socialismo.

El gran problema central de semejante construcción no "clásica" del socialismo, no formulado hasta ahora teóricamente por nadie —ni siquiera por Lenin—, el gran problema central de una tal preparación del comunismo, consiste, pues, en lo siguiente: ¿qué naturaleza ha de tener en semejante fase de transición la relación entre la práctica puramente económica —llamada simplemente a recuperar el atraso— y las acciones, las instituciones, etc., que tienden directamente a un contenido socialista, a promover la democracia proletaria? Está claro —y Lenin no lo ha perdido nunca de vista— que la anterior teoría, en las obras mismas de Marx y Engels, no ha dado ni podía dar ninguna respuesta teórica a esa cuestión de proporciones. Lo que la teoría había asentado tiene un peso decisivo desde el punto de vista ontológico-social: que el objetivo buscado, el "reino de la libertad", aunque sin duda es cualitativamente distinto del económico "reino de la necesidad", no se puede levantar sino sobre el fundamento de éste. Con esa afirmación se enuncia al mismo tiempo la dependencia social en la relación entre la sobrestructura y la base, y la diferencia cualitativa de las determinaciones consideradas. Pues el "reino de la libertad" es ya mucho más que lo que en las sociedades de clase cumple la función de sobrestructura. El salto ontológico se prepara ya en el hecho de que en el socialismo las posiciones teleológicas que fundamentan la práctica económica han de tener siempre y cada vez más resueltamente un carácter social unitario y directo.

Socialismo y (aún más) comunismo son, pues, formaciones en las cuales el todo de la sociedad y de su desarrollo se encuentra cada vez más intensamente sometido a un activo poner unitario y teleológico, y pierde cada vez más la estructura capitalista por la cual la creciente concentración social de tales posiciones teleológicas espontáneas puede producir, en última instancia, una causalidad normalmente funcional del todo. No hay ninguna duda de que también en este terreno hay transiciones y formaciones intermedias: ya Engels las registró a propósito de las sociedades anónimas, y Lenin ha ampliado esa observación al caso de los monopolios. Pero tales fenómenos de

transición o intermedios no deben oscurecer, pese a lo correcta que sea su aducción, el salto entre ambas formaciones: la novedad esencial para el desarrollo de la humanidad consiste en que el movimiento de la economía se puede regular ahora de un modo unitariamente teleológico, o sea, en que la teleología crece desde su anterior condición de mero momento de un desarrollo social causalmente puesto hasta convertirse en categoría central determinante del proceso, aunque sin poder abolir, como es obvio, el carácter causal-legaliforme del proceso mismo. Por eso tiene buena fundamentación ontológico-social, incluso en este contexto, la calificación de "reino de la necesidad" que Marx aplica también a esta regulación del proceso económico-social. Pues la economía sigue siendo el proceso material de reproducción de la sociedad y del hombre en ella, proceso en el cual el individuo no deja de ser, en última instancia, objeto, y en el cual la función de su inteligencia, de su intelección del proceso, no puede sino limitarse a la captación materialmente recta de las posibilidades objetivas óptimas. No hay en ese nivel espacio para actividades que puedan servir como fines en sí de la especie humana. Pero, desde luego, todo eso no debilita en nada el carácter del salto consumado con la socialización de los medios de producción: en primer lugar, con el cambio socializador se elimina el fenómeno social de que individuos o grupos consigan poner las funciones sociales de la economía al servicio de sus intereses privados; en segundo lugar, y en íntima relación con lo primeramente dicho, se produce la posibilidad objetiva de poner conscientemente el desarrollo económico al servicio de los superiores intereses de la especie, lo cual no puede ser sino a lo sumo un subproducto

no intencionado en el caso de la propiedad privada de los medios de producción.

Los planteamientos de Lenin intentan siempre subordinar a medidas promotoras de la socialidad general socialista incluso los esfuerzos por superar de un modo puramente económico el atraso de Rusia, que mostraba ya, por las consecuencias de la guerra mundial y de la guerra civil, dimensiones catastróficas: esto muestra la profunda intelección de ese contexto por Lenin, su pasión de poner el conocimiento, y hasta el mero barrunto de la estructura de la situación, al servicio del futuro "reino de la libertad". Partimos de su concepción al decir que Lenin ha visto el peligro central de la crisis de transición en la posibilidad de que se resquebrajara e, incluso, meramente, de que se relajara la relación entre el proletariado y el campesinado. En su pensamiento, el socialismo era una comunidad social y socialmente consciente (hecha consciente) de todos los trabajadores, para elevar su existencia material y espiritual mediante el trabajo propio y la experiencia propia, hasta darle la plenitud de sentido social de una colaboración racional.

Cuestión de segundo orden es hoy la de si los planes que Lenin formuló eran entonces prácticamente realizables y, de serlo, en qué medida. No se olvide nunca que en el curso de la concreción de la NEP se manifestó muy pronto la crisis mortal de su enfermedad, la incapacidad creciente de realizar un trabajo organizativo, regular y permanente. La mayor parte de los elementos de su actividad de ese periodo que nos son conocidos tiene el carácter de meras propuestas experimentales. Y Lenin no se hacía ilusiones acerca de ese carácter de sus formulaciones. En todo caso, a cada momento era menos capaz de seguir de

80.—11

un modo real y concretamente práctico su realización, así como de analizar, controlar y corregir autocríticamente el planteamiento a partir de los problemas resultantes de la práctica. Lenin mismo ha considerado explícitamente todos esos actos como intentos de comprender según sus tendencias más internas una realidad social naciente y de aprovechar el conocimiento así conseguido para preparar la existencia socialista de los trabajadores. El carácter experimental de todas las medidas por él planeadas se expresa ya en la circunstancia de que la economía planificada central, que más tarde sería el elemento básico del sistema, tiene aún un lugar de poquísima importancia en sus concepciones de la época. Pero una cierta metodología, cuya significación teórica sigue hoy día sin invalidar, muestra cómo quería realizar Lenin la aspiración concreta: se trata de la consciencia de un experimentar intelectual en el marco de circunstancias cuyo carácter teórico-legaliforme no está todavía, ni de lejos, en claro. Por eso creemos que la frase de Napoleón I tantas veces citada por Lenin —"on s'engage et puis l'on voit"— podría seguir siendo hoy un sano contrapeso metodológico contra muchas fantasías planificadoras que, por su abstracta apodicticidad (muy a menudo basada en extrapolaciones con poco fundamento), se alejan al ser manipuladas kilómetros y kilómetros de la previsión eficaz de las tendencias reales.

Lenin ha previsto en cierta medida ese peligro. No es casual que durante todo el período agudo de su enfermedad su preocupación principal fuera la creciente burocratización de la vida soviética en el Estado y en el partido. Si se estudian atentamente los escritos de Lenin del período preparatorio de la revolución se percibirá fácilmente que para él la actividad autónoma de los trabajadores, desde la esfera de la vida cotidiana hasta la de la gran política, constituía un rasgo capital de su maduración para un cambio socialista. Pero Lenin tuvo que contemplar —y hasta tuvo que contribuir a ello— el que en la guerra civil las tareas de necesaria urgencia, ante todo las militares (pero también las civiles, a causa de la supremacía práctica del momento militar sobre ellas), tomaran formas cada vez más burocratizadas. Una de sus preocupaciones principales tras el victorioso final de la guerra civil fue precisamente el desmontar aquellas formas durante la restauración de la vida normal de la sociedad. Esta tendencia se manifestó del modo más claro en la discusión de la cuestión sindical. Mientras que Trotski propagaba un plan de estatalización de los sindicatos (por así decirlo), con objeto de poder aprovechar sus capacidades organizativas para aumentar la producción —cosa que parecía tanto más obligada cuanto que en un Estado obrero la protección particular de los trabajadores frente a su propio Estado tenía la apariencia de una superfluidad—, Lenin subrayó que aquel Estado era en realidad "un Estado obrero con excrecencias burocráticas". Por lo cual resumía su punto de vista del modo siguiente: "Nuestro presente Estado es de tal estructura que el proletariado organizado en su totalidad tiene que protegerse, y que hemos de utilizar las organizaciones obreras para proteger a los obreros contra su Estado, y para proteger nuestro Estado por medio de los trabajadores". Todo el que conozca los escritos y las cartas de Lenin de sus últimos años, sabrá lo tenaz y encarnizadamente que ha librado esa batalla en todos los terrenos de la vida estatal y social, así como que

se propuso expulsar del partido a colaboradores a los que, por lo demás, estimaba (como Orzonikidze) porque, apelando a conductas propias de la guerra civil, lesionaban los principios de la democracia proletaria.

Pero ya mucho antes había tomado Lenin una posición teórica acertada y resuelta acerca de estas cuestiones. En su desarrollo principal sobre la cuestión de la democratización socialista, en **Estado y Revolución,** Lenin toca el tema de la "extinción del Estado". Esta extinción no se puede producir sino porque "los hombres liberados de la esclavitud capitalista, de las innumerables crueldades, brutalidades, vilezas y contradicciones de la explotación capitalista, se **acostumbrarán** paulatinamente a observar sin violencia, sin constricción, sin sumisión, **sin el particular aparato coactivo** llamado Estado, las reglas más elementales de la convivencia social, conocidas desde antiguo y repetidas en todos los preceptos". También en este punto, como siempre, Lenin se concentra sobre la cuestión que concretamente le solicita. Lo que conlleva el que ni siquiera aluda al problema marxiano —mucho más amplio de horizonte— del "reino de la libertad", sino que se limita exclusivamente a la cuestión de la extinción del Estado. Pero, si se considera el texto de un modo metodológico general, se aprecia que la toma de posición de Lenin se orienta al complejo total. Es ante todo importante el que tome en cuenta también aquí la entera vida cotidiana de los hombres. Lenin está muy lejos de querer imponer a la democracia del socialismo lo que se podría llamar la impronta del **citoyen.** Inmediatamente antes del paso citado, Lenin se expresa negativamente al respecto (aunque por referencia a otros aspectos de la problemática), negando que la democracia del socialismo "sea simplemente una ampliación de la democracia" burguesa. Es precisamente lo contrario. Ante todo, porque no ha de ser una sobrestructura idealista del materialismo espontáneo de la sociedad burguesa, sino un factor material del movimiento del mundo social; no, desde luego, sobre la base de sus múltiples limitaciones naturales —como ocurrió en la polis antigua— sino fundado en el ser social-material que aquí ha de consumarse. Por eso su tarea consiste en penetrar de un modo real la entera vida material de todos los hombres, en expresar su socialidad como producto de la actividad propia de todos los hombres, desde la vida cotidiana hasta las cuestiones decisivas de la sociedad. En las épocas revolucionarias agudas este movimiento actúa de abajo a arriba y de arriba a abajo con explosiva espontaneidad. Recuérdese que las grandes cuestiones decisivas de la vida de los soviets rusos, en la política internacional igual que en la interior, pusieron en movimiento la opinión pública del mundo entero, no sólo de Rusia. La situación no es la misma en los períodos "más consolidados", en los cuales es inevitable, por ejemplo, que se sustraigan en gran parte a la opinión pública nacional los secretos militares.

La cuestión que ahora ponemos en el centro de nuestras consideraciones es: ¿cómo consigue realizarse la democracia socialista en la vida cotidiana de los hombres? Lenin aduce la habituación como motor principal de la extinción del Estado, puesto que ella permite a los hombres desarrollar su convivencia sin necesidad de violencia, constricción y opresión. Pero la habituación no es en sí misma más que una categoría "sociológica" sumamente general que ha de des-

empeñar una función importante en toda sociedad; considerada de modo tan general, es completamente neutra respecto de aquello a lo cual haya que habituarse y del modo, por lo tanto, como la habituación haya de actuar luego en la práctica cotidiana de los hombres. Por eso lo que Lenin dice aquí rebasa, en mucho, semejante generalidad sociológica abstracta. Lenin alude a un proceso teleológico-social en el cual todas las acciones, instituciones, etc., del Estado y de la sociedad apuntan a habituar a los hombres a los modos de comportamiento por él indicados. Ciertos elementos de ese proceso existen, naturalmente, en toda sociedad. Pero toda la estructura del derecho, por ejemplo, es con necesidad objetiva en la sociedad de clases de tal naturaleza que los hombres se habitúan espontáneamente a los modos de comportamiento que, siguiendo a Marx, podemos describir como conformes a reglas y mandamientos destinados primordialmente a limitar la acción de los demás, no la propia: ésta queda sometida al egoísmo económico del individuo. La habituación a la acción jurídica refuerza, pues, necesariamente el egoísmo de la vida cotidiana, la consideración del semejante como mera limitación de la existencia y de la práctica propias. También sabemos que, en opinión de Marx, el derecho burgués sigue vigente en el período del socialismo, no, ciertamente, sin determinadas modificaciones. Por lo tanto, para que la habituación a la sociedad así configurada y funcionante despierte en los hombres —tendencialmente: en todos los hombres— las habituaciones aludidas, tiene que intervenir en la realidad social algo no producido de un modo simplemente espontáneo-económico. Tiene que ser revolucionado desde los fundamentos, en la vida cotidiana, no sólo lo ideológico, sino también y, ante todo, el ser y el hacer material. Ya el **Manifiesto Comunista** contrapuso sociedad burguesa y comunismo en el sentido de que en la primera predomina el pasado sobre el presente, y en el segundo el presente sobre el pasado. Pero eso significa que en la sociedad burguesa la fundamentación última de la práctica humana no deja para las decisiones de ésta —en lo esencial— más que un ámbito delimitado con necesidad objetiva dentro del automovimiento de la base material, mientras que en el segundo han de cobrar posibilidad real como fundamentos vitales ciertos objetivos, ante todo los capaces de transformar cualitativamente dichos fundamentos.

Así, pues, la dialéctica interna de la doctrina leniniana de la habituación tiene desde el primer momento una de sus intenciones esenciales en el intento de contribuir a realizar ese dominio del presente sobre el pasado. Por eso, incluso en la época del comunismo de guerra, Lenin ha seguido y apoyado con atención crítica y positiva todo movimiento social que apuntara en esa dirección. Su apasionada lucha contra las tendencias burocráticas no se basa sólo en el hecho de que consiguió penetrar muy críticamente y con gran anticipación la impotencia última de la manipulación burocrática, sino también —y acaso ante todo, si se atiende al aspecto subjetivo— en la comprensión de que toda burocratización contiene necesariamente la tendencia a consolidar el dominio del pasado sobre el presente, por medio de la rutina producida por la práctica burocrática. Por eso Lenin ha visto en el movimiento de los llamados "sábados comunistas" esas intenciones de rebasar el dominio del pasado mediante la actuación autónoma de la acción social, capaz de llevar hacia la democracia socialista,

de preparar el "reino de la libertad" a través de un proceso necesariamente largo y abundante en contradicciones y recaídas. Esas tendencias tienen siempre, sin duda, como fundamento imprescindible la economía de cada caso; ésta es su punto de partida necesario y su determinación material correspondiente; pero las tendencias mismas no son productos mecánicos de la situación económica procedente del pasado y basada en él, sino conatos de realización provisional del dominio del presente sobre el pasado. Por eso Lenin se expresa del modo siguiente acerca de la esencia social de los sábados comunistas: "Pero nuestro orden social no tiene todavía en sí nada de comunista. Lo «comunista» empieza sólo en el momento en que aparecen los **subbotniks**, o sea, cuando empieza a haber en gran escala un trabajo gratuito, no normado por ninguna autoridad, por ningún Estado, y realizado por los individuos para bien y utilidad de la comunidad".

No es casual que precisamente esas posiciones de Lenin desencadenaran una afirmación entusiasta y universal por la transformación socialista. Todo el mundo tenía a la vista la situación desesperada de la economía del joven Estado soviético. Lenin reaccionó a esa situación desesperada con un realismo sin compromisos para descubrir y revelar las insuficiencias y los retrasos, etc., pero sin dejar nunca de mostrar una profunda comprensión de las menores mociones sociales orientadas a la realización o a la experimentación de futuras tendencias socialistas, y considerando siempre como cuestión prácticamente central de la construcción del socialismo la imprescindible democratización socialista. Esa fue precisamente la base humana de las entusiastas adhesiones conse-

guidas. Vale la pena observar, en cualquier caso, que esa tendencia de Lenin, aunque no se entendiera siempre su nuevo nervio democrático, tuvo también profunda influencia fuera de Rusia, por causa de su orientación a la realización de los hombres como tales. Permítaseme remitirme al artículo que escribí entonces sobre "La misión moral del Partido Comunista",* que estudia precisamente esas opiniones de Lenin sobre los sábados comunistas, aunque sea todavía uno de mis textos que interpretan el marxismo con ciertas ataduras idealistas.

Puesto que Lenin subrayó siempre, frente a las vulgarizadas teorías de la socialdemocracia, que con la extinción del Estado se extingue también la democracia, que el comunismo realizado es una formación en la cual la cuestión de la democratización no puede ser ya actual, su toma de posición acerca del período de transición, una concepción profundamente democrática, pero de democracia socialista, ha sido olvidada con mucha frecuencia. Es verdad que el interés que tiene la ideología burguesa en reconducir a Lenin las deformaciones estalinianas de la democracia en el socialismo realiza en este terreno una función nada despreciable. La política conservadora que mantiene los principios de Stalin por vía burocrática y la de la "guerra fría" ideológica tienen en común la tendencia a reconducir todo lo posible a Lenin la teoría y la práctica de Stalin. Sólo la crítica marxista de la actividad de Stalin puede poner de manifiesto la discontinuidad práctica y teórica que existe realmente entre Lenin y Stalin. Esa crítica mostraría también históricamente que Stalin no ha representado en modo

* Recogido en el Vol. 2 de la edición castellana de las *Obras completas*. (N. del T.)

alguno en las grandes cuestiones estratégicas una línea más leniniana que la de sus opositores. Así, por ejemplo, a su vuelta a Rusia, Lenin tuvo que criticar por igual a Kamenev y a Stalin por su misma mala interpretación del carácter de la revolución; y en el problema de los sindicatos, Stalin representa la línea de Trotski, no la de Lenin.

Mas al llegar al problema de la continuidad es instructivo comprobar dónde y en qué contextos actúa en el pensamiento de Lenin una valoración positiva de la continuidad. A más de un lector habrá sorprendido sin duda la cita en la cual Lenin considera las regulaciones de la convivencia y la colaboración humanas como algo en modo alguno nuevo, radicalmente nuevo, como tendencias vitales surgidas por vez primera en el curso del proceso revolucionario, sino como fuerzas elementales, activas desde hace milenios, aunque no puedan conseguir su auténtica universalidad social sino en el socialismo. En este punto se manifiesta la metodología de Lenin, que tan profundamente le emparenta con Marx y tan radicalmente le separa de Stalin y de sus sucesores: es el principio de la vinculación orgánica del reconocimiento de la continuidad de determinadas tendencias procesales históricas con su cambio funcional necesariamente radical en las transiciones y transformaciones revolucionarias. La auténtica refutación metodológica de cualquier utopismo descansa precisamente en esa concepción de la continuidad histórico-universal: el utopismo lanza al mundo algo radicalmente nuevo que corresponde a las leyes de la "razón"; el marxismo, por el contrario, hace mutar el proceso mismo histórico-social, llegado a determinados puntos de inflexión, en novedad; y lo que entonces ha de aparecer

en el mundo no es, en el más profundo sentido humano, algo que jamás existiera, sino que, "meramente", determinadas actitudes, determinados modos de comportamiento, etc., que hasta entonces no se habían podido realizar sino ineficazmente, como "excepciones", alcanzan una universalidad pan-social. También aquí se produce un salto, se realiza una transformación revolucionaria; pero ésta levanta "meramente", por generalización social, a una altura hasta entonces insospechada, momentos del ser social del hombre que estaban ya presentes y hasta activos a su modo. Lenin describe ese proceso en sus reflexiones sobre la habituación. Pero no se trata sólo de una descripción, sino de su metodología marxista general. Sobre esto ha dicho explícitamente él mismo: "El marxismo ha conseguido su importancia histórico-universal de ideología del proletariado revolucionario por el hecho de que no ha rechazado en modo alguno las más valiosas conquistas de la era burguesa, sino que, por el contrario, se ha asimilado y ha elaborado todo lo valioso producido por el desarrollo más que bimilenario del pensamiento humano y de la cultura humana".

Tal vez no era superfluo aludir al menos a ese aspecto del marxismo de Lenin, pues a partir de él se aprecian dos aspectos de su contraposición a importantes tendencias falsas. Por una parte, contra quienes piensan que no hay históricamente más que la alternativa entre lo viejo y lo nuevo, entre el estancamiento y la aparición de una novedad radical y sin transiciones. (Las observaciones de Lenin se orientan directamente contra tendencias de ese tipo, como lo fue en su época la "Proletkult". Y no será inútil decir explícitamente que en la teoría zdanovista del marxismo éste aparece como una novedad radical, lo que

quiere decir que el marxismo de Zdanov no estaba muy lejos de las concepciones futuristas en arte.) Por otra parte —y al mismo tiempo— Stalin y sus sucesores teóricos —los que hoy se hacen tan a menudo la ilusión de haber terminado definitivamente con aquel "culto de la personalidad"— incurren generalmente en una fetichización de la continuidad. Se suele creer (o afirmar, al menos) que las indiscutibles conquistas del período pasado que se considere impiden por principio una ruptura radical con sus métodos. Pero este punto de vista es tan ahistórico y tan poco marxista como el antes mencionado.

Lenin no ha dejado en ninguna parte una receta infalible para resolver sistemáticamente los problemas de la transición, del mismo modo que tampoco le fue posible asimilar simplemente alguna receta que hubieran dejado Marx y Engels. Es, por lo tanto, ocioso fantasear acerca de cómo habría podido dominar concretamente la problemática de la transición si hubiera vivido durante algún tiempo más con capacidad de trabajo, o hasta qué punto habría contado con la posibilidad objetiva de descubrir y realizar soluciones ejemplares para la problemática dominante de la esencia no "clásica" de la revolución rusa. Creemos, a pesar de todo, que nuestro intento de iluminar los principales fundamentos materiales y de método de su práctica en aquella época será de alguna utilidad. No nos proponíamos dar una historia de todo ese período. (Historia que, desde luego, sería muy bien venida.) Pero lo acuciantemente necesario es hoy un claro conocimiento de la ruptura radical que los seguidores de Lenin han consumado respecto de los fundamentos metódicos de éste; en esa ruptura se tenía que producir inevitablemente otra bastante general con el marxismo, aunque la gran mayoría de quienes dirigieron la acción en ese período estuvo profundamente convencida de que aplicaba el auténtico método marxista-leninista a la realidad presente. De lo que se sigue con naturalidad, y de un modo no menos falso objetivamente, la ilusión de haber llevado adelante las más profundas intenciones de Lenin.

Esta obra, publicada
por Ediciones Grijalbo, S. A.,
se terminó de imprimir en los talleres
de Romanyà Valls, Pza. Verdaguer, 1,
Capellades (Barcelona)
el día 15 de octubre
de 1974.

COLECCIÓN 70

Títulos publicados en España:

2. A. Gramsci, *La formación de los intelectuales*
10. R. Luxemburgo, *Reforma o revolución*
27. C. Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*
32. A. I. Oparin, *El origen de la vida*
35. J. Plejanov, *El papel del individuo en la historia*
37. F. Engels, *Para leer «El capital»*
57. C. Marx, *La acumulación originaria del capital*
61. Mao Tse-Tung, *Las contradicciones*
71. J. Martí - F. Castro, *De Martí a Castro*
72. C. Marx - F. Engels, *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*
78. N. S. Spiridonova - L. A. Cherkasova, *Rasgos económicos del imperialismo*
80. G. Lukács, *Lukács sobre Lenin: 1924-1970*
84. C. Marx - F. Engels, *«El capital» visto por su autor*
100. C. Marx, *El método en la economía política*
112. Mao Tse-Tung, *La guerra revolucionaria*

lenin

GEORG LUKACS

Este pequeño trabajo de Georg Lukács escrito a raíz de la muerte de Lenin, cuando la revolución bolchevique atravesaba por uno de sus períodos cruciales, constituye una brillante y lúcida muestra del marxismo revolucionario de la década de los veinte. En él, el autor quiso fijar, a grandes trazos, aquello que a los ojos de un pensador materialista y militante constituía ya entonces la enseñanza principal, el legado más importante de Lenin a la revolución internacional del proletariado, a saber: el modo ejemplar como vinculó dialécticamente la acción práctica y la teoría.

Lenin, como sugiere el autor, pudo comprender, más allá de las apariencias, el verdadero sentido de la historia para retomar concretamente el hilo conductor de la lucha de clases y plantear, en circunstancias de muy diversa índole, el problema clave de la "actualidad de la revolución" y dirigir acertadamente la actividad política de las masas.

No obstante el tiempo transcurrido desde su primera edición alemana, el estudio que ahora presentamos al lector, inédito en nuestra lengua, servirá, a no dudarlo, para una comprensión más profunda de la obra de Lenin, cuyo centenario se celebra este año.

Georg Lukács garantiza, sobradamente, el valor y la seriedad de este volumen.

COLECCION 70